

Compiladora Ángeles de Dios Martina

Ernesto J. A. Maeder

Textos publicados en Revista Criterio

(1967-2015)

2019

Compilacion

Resistencia-Chaco- Argentina

Maeder, Ernesto J.A.

Ernesto J. A. Maeder. Textos publicados en Revista Criterio : 1967-2015 :
compilación / Ernesto J.A. Maeder ; compilado por Angeles de Dios de Martina.
- 1a edición para el profesor - Resistencia : Ángeles de Dios, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-86-2034-3

1. Compilación. 2. Artículos Periodísticos. 3. Personaje. I. Dios de Martina,
Angeles de, comp. II. Título.

CDD 070.44

© 2019

Primera edición

Diseño y maquetación: Cristian Toullieux

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

Editado en la Argentina por Ángeles de Dios de Martina

Prohibida la reproducción total o parcial, incluyendo fotocopia, sin la autorización expresa de sus editores

ISBN 978-987-86-2034-3



9 789878 620343

Índice

Introducción	1
Textos reseñas bibliográficas	9
Los trabajos sobre temas históricos y cómo realizarlos, por Manuel Benito Somoza, Buenos Aires, Fundación Nuestra Historia, 1972, 146 páginas.	9
La Cristiada, por Jean Meyer; Siglo XXI México, 1973-74, 3 volúmenes.	10
Memorias, por Joseph Mindszenty, Emecé, Buenos Aires, 1975, 758 páginas.	12
Historia crítica de la historiografía socioeconómica argentina del siglo XX, por Horacio Juan Cuccorese, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1975, 438 páginas.....	14
Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios en la Argentina en el siglo XIX (1810-1910), Resistencia, UNNE, Dirección Bibliotecas, 1974 /1975, 2 volúmenes.....	16
Memorias. (Historia de un historiador a la fuerza), por Julio Irazusta, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1975, 238 páginas.	17
Buenos Aires. Del centro a los barrios (1870-1910), por James R. Scobie, Solar-Hachette, Buenos Aires, 1977, 368 páginas.	19
El matrimonio en Indias. Realidad social y regulación jurídica, por Daisy Rípodas Ardanaz, Buenos Aires, FECYC, 1977, 454 páginas.	20
Savonarola, reformador y profeta, por Álvaro Huerga, Madrid, BAC, 1978, 329-330 páginas.	22
Itinerario de la Virgen Egeria, por Agustín Arce, Madrid, BAC, 1980, 184 páginas.	23
Breve Historia de la Argentina, por Julio Irazusta. Bs. As., Ed. Independencia, 1981, 303 páginas.....	24
El Catecismo del IIIº Concilio Provincial de Lima y sus complementos pastorales (1584-1585), por Jorge G. Durán. Estudio preliminar, textos y notas. Prólogo de Mons. Jorge Novak y presentación del P. Cayetano Bruno SDB, Bs. As., UCA, 1982, 532 páginas.....	26
Historia de la Inquisición en España y América. 1º El conocimiento y el proceso histórico de la institución (1478-1834), por Joaquín Pérez Villanueva y Bartolomé Escadell Bonet, Madrid, BAC y CEI, 1984, 1548 páginas.	28
Guaraníes y jesuitas de la tierra sin mal al paraíso, Lucía Gálvez, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, 412 páginas.	30
Historia de la Iglesia argentina desde la conquista hasta fines del siglo XX, Roberto Di Stéfano y Loris Zanatta, Buenos Aires, Grijalbo-Mondadori, 2000, 604 páginas.....	32
Un perdurable homenaje. De la diferencia entre lo temporal y lo eterno, por Juan Eusebio Nieremberg SJ. Traducido en lengua guaraní por Joseph Serrano SJ.	35
Reseñas biográficas	36
Guillermo Furlong: Una vida ejemplar.....	36
Antonio Ruiz de Montoya, apóstol de los guaraníes (1582-1652).....	42
Evangelización y lengua aborígen en Alonso de Barzana (1530-1592)	49
Un evangelizador criollo: Roque González de Santa Cruz (1576 -1628)	56

Textos de opinión y cartas de lectores de su autoría	66
Los inundados	66
Acerca de “No se olviden de los inundados”	72
La primera época de la iglesia rioplatense.....	74
Textos unificados Cartas de Lectores.....	78
Acerca de “No se olviden de los inundados”	78
Acerca de “Herramientas tributarias...”	80
Acerca de “Universidad, lo académico y lo político”	81
Reseñas y comentarios acerca de su obra	83
Nómina de gobernadores civiles y eclesiásticos de la Argentina durante la época española) (1500-1810), por Ernesto J. A. Maeder, Resistencia Universidad Nacional del Nordeste, 1972, 174 páginas.....	83
Historiografía argentina (1958-1988), una evaluación crítica de la producción histórica Argentina, Bs. As., Comité Internacional de Ciencias Históricas, Comité Argentino, 1990, 625 páginas.....	84
Misiones Guaraníticas, Editorial Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, 1996.	86
Historia de la conquista de las provincias del Paraguay, Río de La Plata y Tucumán del Padre Pedro Lozano, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2010, 2 tomos, 1294 páginas.	87
Misiones del Paraguay. Conflictos y disolución de la sociedad guaraní (1768-1850).....	88
Recuerdos de la vida universitaria en la Facultad de Humanidades. Un centro de irradiación cultural.....	90
Obituario de Ernesto J. A. Maeder, por Ángeles de Dios de Martina.....	92
Índice biográfico institucional	93

Introducción

Este trabajo es la continuación de una trilogía iniciada por esta autora hace dos años que aspira a recoger parte de la extensa obra periodística del Dr. Ernesto J. A. Maeder dispersa en diferentes medios de la Argentina. La primera de ellas, editada en 2017 en versión digital, incluye más de un centenar de escritos periodísticos de El Litoral de Corrientes, Norte y Primera Línea de Resistencia¹; la segunda, en edición, a cargo del Instituto de Investigaciones Geohistóricas Conicet, Resistencia, comprende notas sobre el Chaco, pueblos de indios y Misiones Jesuíticas publicadas en el diario local El Territorio (Chaco) y una en La Gaceta de Tucumán (década de 1980). A estos trabajos preliminares, agregamos este tercer aporte de textos editados en la revista argentina Criterio² (1967 a 2015), que comprenden más de tres décadas de su vida.

Las fuentes utilizadas para este trabajo fueron: copias de sus escritos originales pertenecientes a su colección privada; ejemplares de la revista obrantes en la Biblioteca del IIGHI –Instituto de Investigaciones Geohistóricas– de Resistencia, cuya colección fuera donada oportunamente a esta institución por el historiador; ejemplares de la Biblioteca Central de la Universidad Nacional del Nordeste y colecciones privadas.

Como es sabido, el doctor Maeder tuvo una intensa vida intelectual que abarcó no sólo la investigación, la docencia y la publicación de más de un centenar de obras de consulta, referentes de temas fundamentales en la historiografía argentina, sino además, una extraordinaria producción de notas en revistas especializadas; artículos periodísticos destinados al público en general y, en este caso, la revista Criterio que hoy nos ocupa. Su obra y pensamiento han quedado plasmados en una producción periodística dispersa en diferentes medios de difusión.

La finalidad de esta nueva antología, como fuera señalada en las ediciones antes aludidas, es continuar con el rescate de escritos publicados por el historiador y lograr, en lo posible, un corpus de material de consulta acerca de la multiplicidad de trabajos que emprendiera. Los temas abordados en esta antología incluyen una variedad de asuntos: históricos, religiosos, políticos, realidad del país, conflictos de actualidad, opinión personal acerca de ellos y comentarios de autores en torno a sus obras. Al final del trabajo se incluye una nota referida al fallecimiento del historiador ocurrido en la ciudad de Buenos Aires el 10 de marzo de 2015 en el recinto de la Academia Nacional de la Historia.

¹ Reseñas bibliográficas del Dr. Ernesto J. A. Maeder El Litoral (Corrientes) Primera Línea y Norte Chaqueña (Resistencia) (1982-2015) Ángeles de Dios de Martina (Compiladora) Colección e Books. Antiguos Jesuitas en Iberoamérica. CONICET. Universidad Nacional de Córdoba. Director Carlos A. Page. Libro digital, 2017.

² *Criterio*. Revista de actualidad, política, religión y cultura fundada en Buenos Aires, Argentina. (1928 a la fecha). Frecuencia mensual.

La metodología utilizada ha sido la localización de las notas en la revista *Criterio*, selección, ordenamiento, transcripción y unificación, a fin de divulgar sus escritos entre los concedores de sus investigaciones o con destino al lector común, diferentes aspectos de su prolífera obra.

Publicaciones en *Criterio*

Colaborador asiduo de la revista, las notas iban precedidas de su nombre y debajo mención a la ciudad de Resistencia, indicadora de su lugar de residencia. En la década del 70, la revista solía señalar: "El autor es Miembro de Número de la Academia Nacional de la Historia", o en otras oportunidades, "Investigador Superior del Conicet Resistencia". En ocasión de publicar textos referidos, por ejemplo, a la Convención Reformadora de la Constitución Nacional (1994) oportunidad en que se suprimió el régimen del Patronato sobre la Iglesia Católica, *Criterio* consignó al pie de página: "El autor ha sido convencional constituyente (Acción Chaqueña) en la Convención Reformadora de la Constitución Nacional."³

En la revisión de ejemplares efectuada en el período precedentemente mencionado, algunos años contienen intervenciones frecuentes; en otros, más esporádicas coincidentes con el tiempo en que ocupó distintos cargos jerárquicos: Rectorado de la Universidad Nacional del Nordeste (1969-1970) y posteriormente, en el gobierno de la provincia del Chaco, Subsecretario de Educación del Chaco (1976-1978) y Ministro de la misma cartera: (1979 a marzo 1981). Por estas circunstancias el período mencionado en el título: (1967-2015), es discontinuo.

Similar situación se observa en los años en que publicara parte de su prolífera obra, entre ellas Nómina de gobernadores civiles y eclesiásticos de la Argentina durante la época española (1500-1810) ,en 1971; Historia económica de Corrientes en el período virreinal.1776-1810, en 1981; Los bienes de los jesuitas. Destino y administración de las temporalidades del Río de la Plata (1767-1813), en 2001; ediciones documentales; capítulos de libros y una extensa nómina de artículos en revistas y actas de congresos.⁴

Dada la variedad de temas abordados por el doctor Maeder en esta publicación, el trabajo se ha organizado en diferentes secciones a fin de ordenar las modalidades de sus colaboraciones: a) Registro bibliográfico con título de la obra, fecha de publicación y texto completo de las mismas; b) Notas biográficas, título, fechas y textos; c) Notas de opinión sobre diferentes cuestiones, fechas y textos; d) Notas de opinión y Cartas de Lectores; e) Comentarios y reseñas acerca de sus obras y f) Índice biográfico (con inclusión de autores citados en pie de página, epígrafes o comentaristas de sus notas). De este modo,

³ *El fin del Patronato*, N°2147, 22.12.1994 pp. 747-748-749

⁴ María Laura Salinas en *Misioneros e historiadores* en: "Entre los Jesuitas del Gran Chaco. Compilación de Joaquín Camaño SJ. y otras fuentes documentales del S.XVIII". Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, 2016 pp. 43 a 53.

queda registrado el volumen y la diversidad de bibliografía a la que accedió o hizo referencia en esos textos, y la posibilidad de ampliar el conocimiento del tema tratado a quien le interese.

Los escritos destacan, como fuera señalado en las publicaciones anteriores de esta trilogía, por su erudición, conocimiento de varias disciplinas, reflexiones o interpretaciones surgidas de la multiplicidad de lecturas e investigaciones relacionadas con diferentes temáticas, consulta de archivos y conocimiento de fuentes históricas.

En esa variedad de asuntos, además de los correspondientes a la producción de autores argentinos o extranjeros, divulgó regularmente la edición de nuevas publicaciones relacionadas con diferentes temas, entre ellos los vinculados con la Iglesia Católica, al culto, congresos, sínodos o protagonistas destacados de la misma. Hombre creyente, de fe, no dejó de señalar e ilustrar, cuando el caso lo requería, respecto de cuestiones relacionadas con la Iglesia. En este sentido, sus ideas, propuestas, o labor de historiador, se extendieron tanto a aspectos apostólicos, testimoniales y creencias con profundas y valiosas reflexiones. Estudioso desde hacía varias décadas, de temas vinculados a las Misiones Jesuíticas, varios textos (reseñas bibliográficas, notas biográficas de protagonistas relevantes u otros ensayos), hacen referencia con frecuencia, a las investigaciones emprendidas para esos años, al contacto con archivos, bibliotecas o entrevistas con estudiosos o especialistas en esa temática.

Las Misiones Jesuíticas fueron abordadas con diversos textos. Respecto de este tema, ilustramos nuestro escrito con una carta de lectores del doctor Pedro J. Frías al referirse a la obra *Misiones Guaraníticas* (Universidad Católica Argentina, 1996) quien escribió entre otros conceptos: “Maeder es un historiador afortunado. Vecindado en el Chaco, director del Instituto de Geohistoria, pudo documentar e ilustrar la ocupación del territorio en el atlas de calidad sobresaliente. Las misiones guaraníticas le ofrecieron su pasado, fascinante desde que las viejas diatribas fueron desalojadas por la admiración a una transculturación tan respetuosa de la índole aborígen”. Más adelante, finaliza su nota afirmando: “Una bibliografía sorprendente no perturba el texto. Es un libro para recordar”.⁵

En la sección *Libros* de la revista *Criterio*, aparecían con regularidad reseñas bibliográficas de su autoría que abordaron obras históricas, de carácter religioso, ensayos, memorias, temas urbanísticos, servicios bibliotecarios, historiografía argentina, conflictos armados, como el caso de la guerra cristera (México, 1920-1929, y 1932-1938), o institucionales como la regulación jurídica del matrimonio en Indias.

La lectura de sus escritos, permite conocer los autores que lo sorprendieron o gratificaron intelectualmente. Escribió por ejemplo “de deleitosa lectura” al referirse a *Memorias (Historia de un historiador a la fuerza)* de Julio Irazusta. Señaló en este caso, por ejemplo: “traza con mano diestra y con una amenidad que va ganando lenta pero seguramente al

⁵ Pedro J. Frías. *Criterio*, N°2207, 13.11.1997, p. 655

lector". En otras, destacaba que fueron narradas con particularidades sobresalientes como la del cardenal Joseph Mindeszenty: "cuyas memorias se tornan un documento biográfico y un testimonio histórico de singular valor de nuestra época y sobre la vida de la iglesia húngara en particular". Disfrutaba de las lecturas de diferentes temas y autores, y dejaba testimonio no sólo del asunto reseñado en la obra, sino de las calidades del escritor, sus múltiples conocimientos en la materia, orientación política o religiosa cuando el caso lo requería.

En otros textos manifestaba la esperanza "de saborear un segundo tomo de sus escritos" en particular, cuando se trataba de novelas históricas con mención tanto a escritores argentinos como extranjeros. El conocimiento de obras literarias de distintos autores del pasado y del presente, le permitía analizar y comparar escritos de variados historiadores o escritores, relacionar personajes o protagonistas, con semejanzas o referencias acerca de los mismos.

Estos juicios valorativos se extendían, en algunas ocasiones, a las cualidades literarias de los cronistas y a las características de las ediciones. Destacaba el diseño, reproducción de imágenes, colorido u otros aspectos que la hacían "atrayente y placentera". En otros casos, dejaba constancia de lo contrario: impresión o ilustraciones de mediana calidad o "desaliño tipográfico".

Textos biográficos

Los escritos de carácter biográfico como los del P. Antonio Ruiz de Montoya, Guillermo Furlong, Alonso de Barzana, Roque González de Santa Cruz y otros misioneros o sacerdotes, destacan por la importancia de los datos biográficos aportados y las condiciones personales que distinguían a los mismos, reveladores de las fuentes y bibliografía consultadas. Agregaba a esos textos detalles de la personalidad del protagonista, descripciones sociales, geográficas, entorno político y religioso de esos años. Algunas notas fueron escritas en homenajes conmemorativos del nacimiento de figuras de interés histórico, labor misional y lingüística como Alonso de Barzana, quien además de misionar en el Chaco - fue un políglota excepcional y compilador de obras que permitieron rescatar las lenguas indígenas.⁶ Respecto de este jesuita, rescatamos unas palabras del escrito de Maeder, revelador del conocimiento de su trayectoria y la admiración que le deparara: "Así pasó Barzana por estas tierras inhóspitas, y así vivió entre aquellas gentes abandonadas. Todos le pedían que volviera, como remedio insustituible, y tironeado por esas demandas escribía exponiéndoles sus limitaciones físicas y su corazón abierto".⁷

⁶ Evangelización y lengua aborigen a Alonso de Barzana (1530-1592). Revista Criterio, 26.11.1987, N° 1998.

⁷ *Ibidem*, p.664

En la nota referida a “Antonio Ruiz de Montoya, apóstol de los guaraníes”, rescata su labor como “misionero y superior de las reducciones del Guayrá”, donde además de reseñar la evangelización, recoge aspectos de su vida como “cronista y abogado de las misiones” entre otros cargos desempeñados en la Compañía.⁸ En alusión a sus publicaciones, observa: “Editados entre 1639 y 1640, esos libros son hoy una verdadera joya de la cultura guaraní, y la obra acabado de su más calificado interlocutor. Tuvo la desventura que una buena parte de la edición se perdiera en Lisboa después del alzamiento, razón por la cual se convirtieron hoy en una rareza bibliográfica”.⁹

Otro ejemplo acerca de las crónicas biográficas, lo constituye la correspondiente al mes de mayo de 1974 titulada: *Guillermo Furlong. Una vida ejemplar* publicada en oportunidad del fallecimiento de este jesuita, historiador y científico. El extenso escrito revela la profunda admiración por el mismo, el conocimiento cabal de sus escritos, peculiaridades y trato asiduo entre ambos. El intercambio de trabajos y hasta – estimamos- no sólo la identificación y empatía de los investigadores, sino el intercambio intelectual que le validó su amistad, constituyó un particular privilegio. Accedió de este modo a documentación, fuentes y bibliografía de la orden relacionada a la obra misional y al conocimiento, de primera mano, acerca de esa temática.

El texto aludido, escrito al correr de su pluma, fue redactado –percibimos- no sólo con la evocación de su figura, sino con emoción, profunda admiración, reconocimiento a esa vida consagrada al estudio y a la investigación. Maeder tuvo oportunidad de conocer, en sus frecuentes encuentros con Furlong, además de información histórica de su interés, acceso a sus múltiples y profundos conocimientos relacionados a las misiones jesuíticas, otros aspectos de su vida personal y familiar, costumbres, religiosidad y hasta hábitos de estudio. El aporte del cronista a su recuerdo, constituye una página erudita de particular valor testimonial y literario.

Similar modalidad biográfica abordó y expuso, respecto del evangelizador criollo Roque González de Santa Cruz (1526-1628)¹⁰ en oportunidad de haber sido santificado por el Papa Juan Pablo II en 1988. Esta circunstancia, permitió la actualización acerca de su vida, temprana vocación y obra apostólica. Fundador de pueblos, hombre sobresaliente desde tiempos de su sacerdocio, misionero y mártir en 1628, su beatificación había sido declarada en 1934.

Destacamos – como es sabido- que además de los escritos reveladores de sus vastos conocimientos acerca de la obra jesuítica, otros tantos, rescatan los correspondientes al resto de las órdenes religiosas que iniciaron la evangelización en América, entre ellos los franciscanos, mercedarios, dominicos o el clero secular. Obispos y misioneros fueron los encargados no solo de la evangelización, sino de organizar los sínodos diocesanos en

⁸ Antonio Ruiz de Montoya, apóstol de los guaraníes (1585-1652) Revista Criterio, 13.6.1985, N° 1945.

⁹ *Ibidem*, p.272

¹⁰ Un evangelizador criollo: Roque González de Santa Cruz (1576-1628). Criterio, 14.7.1988, N°2010.pp332-337.

distintas capitales entre otras funciones asignadas por sus obispos o autoridades de la orden. Señaló la labor de gobernantes y visitadores que “colaboraron activamente en las misiones”, cooperando desde sus distintos cargos y funciones. Y observó: “sin olvidar las instrucciones reales como la dirigida por Felipe II al adelantado Ortiz de Zárate, en que reclama la necesaria cooperación y armonía del gobernador con la obra de evangelización”.¹¹

Maeder contribuyó –en la revista que nos ocupa- al conocimiento y difusión de la historiografía eclesiástica y la evangelización de los pueblos americanos. Es de interés mencionar, por ejemplo, el escrito antes aludido: *La primera época de la Iglesia rioplatense* donde aborda, en su decir: “La vida inicial de la Iglesia rioplatense fue muy modesta, pero supo sobreponerse a las dificultades, organizar su pastoral y enviar a figuras verdaderamente apostólicas a formar misiones que se constituyeron en ejemplos de los que se enorgullecerá la Iglesia hispanoamericana”.¹² De igual modo señala el aporte significativa de la edición de *Monumenta Catechetica Hispanoamericana (siglos XVI-XVIII)* de Juan Guillermo Durán. En la misma destaca –entre otros conceptos- la relevancia de esta publicación dedicada a los “primeros catecismos, confesionarios y sermonarios”, y agrega: “tal como su título lo indica, constituye una colección ordenada de textos de esa literatura misional escrita y publicada en América a lo largo de los siglos XVI y XVIII”.¹³

Observamos que los textos biográficos fueron acompañados con notas al pie de página donde citaba no sólo autores de referencia, sino información complementaria y ampliatoria de algunos estudiosos o temas vinculados a otras disciplinas. Agregaba datos o comentarios de carácter erudito relacionados entre sí o materias de estudio de otras especialidades, y si el caso lo requería, interpretaciones personales con alusión a obras o personajes de la literatura universal o fuentes que enriquecían su escrito. Los textos biográficos sobresalen de igual modo no sólo por ser ilustrativos sino atractivos y de lectura amena tanto para el especialista como para el lector común.

Textos de opinión y *Carta de lectores* de su autoría

Estos escritos comprenden una diversidad de temas en los que el historiador abordaba, al correr de su pluma y pensamiento, asuntos reveladores de los distintos temas que lo preocupaban. Algunas presentaciones están precedidas sólo del título del tema expuesto, otras, como *Carta de Lectores*. En ellos, Maeder, como el nombre de este subtítulo señala, dejaba asentadas sus opiniones personales que podían incluir desde conflictos contemporáneos, fenómenos o catástrofes provinciales (inundaciones en el Chaco), o aquellos propios de su calidad de investigador, estudioso y lector. Un ejemplo

¹¹ La primera época de la iglesia rioplatense. N° 2083/84, 26.12.1991, p. 693.

¹² *Ibidem*, pp.690-696.

¹³ Monumenta Catechetica Hispanoamericana (siglos XVI-XVIII). N° 1967. 26.6.1986, p.322.

de ello, es el párrafo final de la nota anteriormente mencionada: *La primera época de la Iglesia rioplatense*. En este sentido reflexiona y deja su testimonio de hombre de fe: “Después de los primeros tanteos, junto a errores y fracasos, se podía advertir que la obra de sus obispos, clérigos y misioneros estaba ya a la vista, y había dado los primeros frutos. Y que sobre ellos, como un pampero sobrenatural había soplado el Espíritu, completando de ese modo la obra siempre imperfecta de los hombres”.¹⁴

Otro asunto llamativo respecto de situaciones que afectan al país o a sus regiones, es el artículo antes mencionado relacionado a las inundaciones en el Chaco donde advierte: “esta gran inundación ha vuelto a poner en evidencia la importancia y al mismo tiempo, la fragilidad de esta parte del país. El nordeste es una región cuya ubicación geográfica requiere un sostenido apoyo de la Nación para que pueda emerger de sus limitaciones actuales y desarrollarse en consonancia con el país y los estados fronterizos con que limita”.¹⁵

Destacamos en este sentido, que ningún tema de su entorno le fue indiferente o ajeno a su vocación de historiador, y la importancia de dejar testimonio escrito de los hechos o situaciones observadas.

El apartado *Comentarios y reseñas acerca de sus obras*, comprende textos referidos a algunas de sus publicaciones y la valoración de especialistas que incluyen al investigador como protagonista relevante de distintas obras. Al respecto, cabe mencionar los conceptos de Marcelo Montserrat en relación a la Historia de la Conquista del P. Lozano, cuando escribió: “Por otra parte, era lógico esperar que la excelencia académica de la obra -en versión completa de dos volúmenes que incluye dos capítulos que faltan en la edición de Andrés Lamas- fuese tributaria de don Ernesto J. A. Maeder uno de los historiadores más rigurosos y cultos de su generación que la ha coordinado y dotado de un rico estudio preliminar”. Y al finalizar puntualiza: “...ahora debemos agradecer a don Ernesto J. A. Maeder y a su enjundioso equipo el haberse deslizado con tanta pericia en la azarosa estela de los memoristas”.¹⁶

Similar valoración expresa Patricia V. Mejalelaty en sus comentarios de la obra *Historiografía Argentina (1958-1988). Una evaluación crítica de la producción histórica argentina*. En este texto menciona a varios sobresalientes historiadores, entre ellos a Ernesto J. A. Maeder. Agrega en esta compilación de ponencias expuestas en unas jornadas celebradas en Paraná, acerca de “la profundidad y dinamismo” que varias de ellas destacan. Manifiesta entre otros conceptos: “El texto en cuestión no está dirigido al público general. Su grado de especialización lo convierte en una herramienta fundamental tanto para el estudiante de historia como para el investigador. En él se podrá

¹⁴ La primera época de la iglesia rioplatense. N° 2083, 25.12.1991, p.696.

¹⁵ *Los inundados*, 9.6.1983, N°1903, p. 257.

¹⁶ *Historia de la conquista de las provincias del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* del P. Pedro Lozano, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2010 en *Criterio* N° 2365, noviembre, 2010, p. 500.

hallar un *who is who* en la labor histórica, así como una expresa referencia a los centros de investigación existentes en el país...”.¹⁷

Por último, el *Índice biográfico e institucional* que completa esta compilación, registra los nombres de los protagonistas mencionados en las notas, los autores de las mismas y los nombrados en pie de página o en citas aclaratorias de las reseñas. La alusión a *Institucional*, aspira a dejar asentadas las vinculaciones institucionales con las que se relacionó directa o indirectamente y dieron marco a su trabajo.

Con estas reseñas, tanto las correspondientes a diferentes publicaciones, como a las de carácter biográfico u otros temas, deseamos contribuir no sólo a su rescate, sino a la difusión de su extensa obra publicada en diarios y revistas, en algunos casos conocida o ignorada por la dispersión de medios en que fuera impresa. Quedan pendientes de relevamiento otros escritos en medios locales o nacionales donde expuso asuntos tanto de su especialización, como de carácter regional, educativo o relacionado a cuestiones argentinas.

Destaca, quien esto escribe que, en su carácter de compiladora, tuvo el privilegio de acceder a un material de trabajo cuyo proceso de búsqueda, rescate, ordenamiento y compilación, constituyó un camino de aprendizaje permanente. La lectura ineludible de los escritos relevados y la diversidad de temas publicados en las décadas estudiadas, dispersos en numerosos ejemplares de *Criterio*, aspiran a integrar parte del patrimonio escrito del historiador editado, como en este caso, en esta revista. El abordaje de diferentes asuntos, información acerca de documentos publicados en esos años, novedades editoriales, biografías, notas de actualidad, opiniones ciudadanas o cartas de lectores, constituyen de por sí, una fuente de conocimientos múltiples y valiosa lectura.

Como expresáramos en una de las publicaciones anteriores: “El doctor Maeder, se constituyó en el difusor del trabajo de cientos de historiadores, escritores, investigadores de diversas ciencias, estudiosos o religiosos quienes por medio de sus escritos trascendieron con sus aportes”.¹⁸ Esta tarea, permitió apreciar no sólo su vasta labor intelectual respecto de los temas vinculados a la Iglesia o a las Misiones Jesuíticas, sino a una diversidad de asuntos de su interés o inquietudes, como historiador y como ciudadano argentino atento a la realidad de su provincia adoptiva y a la del país.

¹⁷ Historiografía argentina (1958-1988). Una evaluación crítica de la producción histórica argentina. Compilación de ponencias. Patricia V. Mejalelaty. *Criterio*, N° 2065, 14.3.1991, p. 70.

¹⁸ Reseñas bibliográficas del Dr. Ernesto J. A. Maeder. *El Litoral* (Corrientes, Primera Línea y Norte Chaqueña (Resistencia) (1982-2015) Ángeles de Dios de Martina (Compiladora) Colección e Books. Antiguos Jesuitas en Iberoamérica. CONICET. Universidad Nacional de Córdoba. Director Carlos A. Page. Libro digital, 2017 ob. cit. p. 9.

Textos reseñas bibliográficas

14 de junio de 1973, N° 1669, 301 p.

Los trabajos sobre temas históricos y cómo realizarlos, por Manuel Benito Somoza, Buenos Aires, Fundación Nuestra Historia, 1972, 146 páginas.

Este libro póstumo del Dr. Manuel Benito Somoza, que fuera hasta hace pocos meses profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, tuvo por objeto reunir en normas, consejos y ejemplos oportunos un conjunto de reglas que sirven para orientar la investigación y la redacción de los trabajos históricos. Apoyado en una vasta experiencia docente, la obra está dirigida tanto a estudiantes universitarios como a los investigadores para quienes constituye un utilísimo y cómodo repertorio de consulta.

En la bibliografía argentina no abundan obras de esta naturaleza. Antes al contrario, la mayoría de los libros conocidos o son traducciones de obras ya clásicas (Fonck, Bauer) o libros no adaptados totalmente a nuestras realidades de trabajo (Lasso de la Vega, García Villada). Las contribuciones locales, en ocasiones excelentes (Sabor, Tanodi, Cassani y Pérez Amuchástegui) cubren sólo aspectos muy específicos de este trabajo intelectual. Por esta razón, la obra de Somoza llena satisfactoriamente una necesidad real que, por otra parte se acrecienta día a día ante el aumento de la producción histórica argentina y la imposibilidad de que todos sus interesados realicen seminarios donde aprendan y ejerciten las técnicas adecuadas.

La obra se ocupa de las formas de estudio e investigación, las técnicas del fichado, la organización del material, los recaudos críticos en el manejo de las fuentes y la descripción de cómo llevar a cabo la organización y redacción del trabajo. Concluye con una oportuna indicación de normas para la impresión de las monografías. El libro de Somoza, escrito con sencillez, fundado en la experiencia y pensado con sentido pedagógico, está llamado a constituirse, por su objeto, en el mejor auxiliar de los estudiosos que deseen iniciarse en las técnicas de la investigación histórica.

11 de septiembre de 1975, N° 1723, 510 p.

La Cristiada, por Jean Meyer; Siglo XXI México, 1973-74, 3 volúmenes.

El tema de la guerra cristera de México es hoy un asunto casi desconocido entre nosotros. Las noticias periodísticas de la prensa de los años 30, algunos folletos editados por *Difusión*, alusiones en la literatura nacionalista y temas de fondo en las novelas *El poder y la gloria* y *Caminos sin ley*, de Graham Green, y *Su majestad Dulcinea*, de Jerónimo del Rey, es todo lo que queda de aquella contienda, y esto sólo entre lectores adultos y de buena memoria. La gran mayoría, por el contrario, ignora de qué asunto se trata.

Sin embargo, la guerra de los cristeros constituye un episodio de enorme vigencia, ya que los católicos mexicanos vivieron 40 años antes que las izquierdas latinoamericanas el problema de la opción entre la vía violenta y la vía pacífica para la conquista del poder. Y lo vivieron en las dimensiones de una guerra de masas campesinas, alzadas en defensa de su fe contra un gobierno despótico y sectario, en un conflicto cruento y apasionado que desgarró México entre 1926-1929 y luego entre 1932-1938.

Jean Meyer, actualmente investigador del *Centre National de la Recherche Scientifique*, estudió minuciosamente este tema entre 1965 y 1969, y lo elaboró como tesis doctoral que sostuvo en Nanterre a fines de 1971. La obra, traducida al castellano por *Siglo XXI* en un texto por momentos difuso, pero cálido, fue distribuida en tres volúmenes con cerca de 1200 páginas. El primero, titulado *La guerra de los cristeros*; el segundo, *El 'conflicto' entre la Iglesia y el Estado, 1926-1929*, y el tercero, *Los cristeros, su ejército, y los factores de su reclutamiento, su gobierno, su guerra, su ideología y su religión*. Este último volumen no fue distribuido con los otros dos y hasta hoy nos ha sido imposible obtenerlo.

La guerra de los cristeros, minuciosamente referida por Meyer, alcanza en esta obra las dimensiones de una epopeya campesina, una verdadera *Gesta Dei per Mexicanos*: “Sin armas, sin dinero y sin jefes, los cristeros, llamados así por irrisión a causa de su grito ¡Viva Cristo Rey! emprendieron una guerra de guerrillas, una guerra revolucionaria que puso seriamente en peligro el gobierno del presidente Calles;...guerra implacable como todas las que oponen un pueblo a un ejército profesional,...prefiguración de todas las guerras revolucionarias del. Siglo XX.”

En la obra se describen las alternativas del conflicto, como consecuencia de las restricciones impuestas al culto católico, las operaciones militares desarrolladas entre ejércitos numerosos, el celo religioso de los cristeros y el conmovedor apoyo popular de que gozaban los rebeldes y el clero perseguido, los *padrecitos*, en contraposición con la brutalidad de la represión federal. Se describe, también las figuras de algunos jefes gubernamentales como Cedillo, Amaro o el despótico Garrido Canabal o los grandes caudillos cristeros como Enrique Gorostieta, Reyes Vega o Jesús Degollado, entre otros. En el segundo tomo se lleva a cabo un detallado análisis de las relaciones entre la Iglesia

y el Estado mexicanos desde la independencia, así como un estudio cuidadoso de la crisis y ruptura bajo el régimen de Calles, los discutidos arreglos de 1929, la violación posterior de los mismos y la grosera persecución del gobierno entre 1932-1938, hasta la pacificación lograda bajo el gobierno realista de Cárdenas.

El autor ha trabajado su tema en base a una bibliografía muy amplia y a toda clase de fuentes documentales. No sólo ha recurrido a los testimonios escritos de los archivos públicos y eclesiásticos, no todos accesibles, sino que también ha reunido, información oral de testigos y protagonistas supervivientes, en 500 entrevistas. Y, en encuestas dirigidas a 400 cristeros y 200 agraristas. Todo ello brinda a sus fuentes una vibración particular, casi una emocionada evocación que gana al autor y se contagia al lector. Sin embargo, el análisis realizado es detallado, crítico, profundo y sorprendentemente original en sus conclusiones, ya que traza una historia desde un ángulo inusual, dando preferentemente la palabra a los que jamás hablaron. Un caso ejemplar de recreación histórica, donde tanto la hipocresía de la historia oficial de la revolución mexicana como la evocación hagiográfica ceden ante un texto de notable valor y de gran riqueza documental. Si bien el autor comprende y enaltece los ideales de la lucha cristera, es particularmente severo al juzgar el papel cumplido por el gobierno, la embajada norteamericana y la jerarquía mexicana en el conflicto.

La ilustración gráfica que acompaña la obra es pobre en mapas, pero conmovedoramente elocuente en los testimonios gráficos seleccionados. En suma, una obra viva y densa, erudita y sugestiva sobre este desconocido capítulo de la historia hispanoamericana. Una historia donde Iglesia y Estado, fe y poder protagonizan un gigantesco combate cuyas consecuencias todavía están a la vista.

30 de diciembre de 1975, Nº 1729, 758 p.

Memorias, por Joseph Mindszenty, Emecé, Buenos Aires, 1975, 758 páginas.

El testimonio de un hombre que ha sufrido con integridad la cárcel, la humillación y el destierro debe ser leído siempre con respeto. Pero cuando a ello se añade que el protagonista es una figura de verdadero relieve como el cardenal Mindszenty, sus memorias se tornan un documento biográfico y un testimonio histórico de singular valor sobre nuestra época y sobre la vida de la Iglesia húngara en particular.

El cardenal nació en 1892, de padres agricultores de larga prosapia húngara a que se refiere con orgullo. Ordenado sacerdote en 1915, fue párroco de Zelagerzeg durante 25 años. Después de esa etapa su carrera eclesiástica lo llevó al obispado de Verzprem, y en 1945 al arzobispado de Esztergom como primado de Hungría. En 1946 ya era cardenal de la Iglesia. En 1948 fue detenido y procesado bajo el cargo de alta traición y condenado a prisión perpetua. Liberado el 29-X-1956, se asiló el 4-XI en la embajada de los Estados Unidos en Budapest, luego de la represión soviética. Allí permaneció hasta 1971 en que dejó su asilo y viajó a Roma. Su antigua sede fue declarada vacante en 1974. El anciano cardenal falleció en Viena el 6-V-1975 a los 83 años de edad.

Sus memorias son el resultado de una larga experiencia pastoral, vivida con pasión al servicio de su pueblo y de la Iglesia. El texto pone de manifiesto un hombre de temperamento enérgico y mente cultivada, austero, veraz e intransigente en las cuestiones que a su entender afectaban a la Iglesia y que fue consciente en todo momento de su responsabilidad histórica como primado de Hungría. En las memorias se yuxtaponen textos pastorales y correspondencia, recuerdos de su vida familiar, de su parroquia y episcopado, junto con los conmovedores testimonios de sus largos años en prisiones y en el exilio. Surge así la figura de un verdadero jefe religioso y de un líder nacional, una figura cuya autoridad ennoblecida por los sacrificios y su trágico destino, se identificó totalmente con la propia historia nacional.

A través de su lectura aparecen los grandes temas que dominaron la vida del cardenal. Singularmente su preocupación por el destino de la Iglesia húngara, sobre cuyo futuro no oculta una visión pesimista, perceptible en los hechos que llevaron a su alejamiento de la sede en 1974 y que son referidos en la última parte del libro (ver también *Criterio*, Nº 1687, del 14-III-1974). El otro sentimiento dominante es el de la patria, que fluye constantemente, enriquecido por su versación histórica y su atenta comparación entre el pasado y el presente.

Sin embargo, sus mejores páginas, quizá las más intensas y emotivas, son aquellas que dedicó a la vida en la cárcel y al recuerdo de su madre. Las humillaciones, las torturas, el peso de la enfermedad y del aislamiento sufrido en 1919 - 1944 a manos de los nazis y desde 1949 a 1956 bajo el poder comunista, no trasuntan rencor ni desesperanza, sino más bien reflexiones constantes sobre el destino del hombre y agudas observaciones sobre las siete prisiones que atravesó. Pero donde tal vez este hombre reservado y

dueño de sí mismo muestra mejor su generosa fisonomía interior, es en las páginas dedicadas al recuerdo de su madre, admirable anciana sobre cuyos rasgos ha escrito el cardenal textos conmovedores por la hondura de su amor filial y por la belleza antológica de su composición.

Las memorias, tomadas por *Emecé* de la edición alemana, con algún desaliño tipográfico, constituyen en suma, un relato vigoroso, un testimonio elocuente y una autobiografía cabal de un líder de nuestro tiempo. Líder que como el mismo lo expresa en el prólogo de sus *Memorias*, “no habla para cosechar los frutos de sus sufrimientos o de sus heridas. Mi única finalidad al publicar estas memorias es advertir al mundo el destino que puede depararle el comunismo. Sólo quiero mostrar que el camino ignora la dignidad del hombre y si exhibo mi cruz es con la única finalidad de llamar la atención del mundo sobre la cruz de Hungría y de su Iglesia”.

27 de mayo de 1976, N° 1740, 285-28 pp.

Historia crítica de la historiografía socioeconómica argentina del siglo XX, por Horacio Juan Cuccorese, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1975, 438 páginas.

La historia de la historiografía argentina cuenta con algunas obras fundamentales que, en las últimas décadas han contribuido a ordenar y juzgar críticamente el vasto conjunto de libros acumulados en esta disciplina. Carbia (1940), Cardozo (1959), Julio y Ricardo Caillet Bois (1960), escribieron trabajos importantes en este orden, a los que recientemente se agregaron otros estudios parciales debidos a Clifton Kroeber (1964) y Alberto Pla (1972).

A ellos se añade ahora una obra maciza debida al historiador platense Horacio J. Cuccorese, dedicada a llenar un importante vacío en este tema. El autor, profesor de historia de la historiografía y de historia económica argentina en la universidad de La Plata, tiene una vasta experiencia en estos temas de los cuales se ha ocupado en sus varios libros sobre historia económica, financiera y del transporte. Discípulo de Carbia ha asumido con convicción una tarea de ordenamiento y esclarecimiento crítico que en este tema resultaba ya absolutamente necesario.

El libro ha sido concebido de acuerdo a un método tendiente a lograr un estudio completo de la bibliografía de cada autor tratado, con respeto por la presentación objetiva de los hechos y su tiempo, e interpretación serena, crítica y comprensiva de las obras. Conforme a estos criterios Cuccorese se propuso además, ilustrar con textos seleccionados el pensamiento del autor bajo estudio y dar en cada caso un juicio de valor sobre las obras.

A partir de estos principios, el libro se ha dividido en tres partes. En la primera se analiza el nacimiento y desarrollo de la historia socioeconómica argentina. La segunda está dedicada a la llamada "nueva escuela histórica", mientras que la tercera se centra en la vertiente de la historia económica nacionalista.

Una primera apreciación parece indicar que el autor ha dedicado su atención a autores ya fallecidos. La ausencia de comentarios sobre la obra de Aldo Ferrer, Bagú o Giberti, entre otros, muestra un criterio respetable en la selección, aunque de todos modos discutibles, ya que obras como *La historia de la tierra pública*, de Miguel A. Cárcano, casi única en el tema, fue editada en 1916. Por otra parte, la omisión de autores como Luis R. Gondra, Raúl A. Molina o William Bliss, ya desaparecidos, sugieren que el criterio selectivo pudo reposar también en otras consideraciones.

Los primeros capítulos, referidos a Juan Agustín García, Juan Álvarez, Juan B. Justo y José Ingenieros, constituyen en todos los casos, estudios completos que ordenan, actualizan y mejoran monografías y enfoques anteriores dedicados aisladamente a cada

uno de ellos. En el caso de Ingenieros, tal vez el más necesitado de un análisis crítico, el juicio de Cuccorese lo ubica, con razón, como un diletante de la historia argentina.

Igual mérito posee su estudio sobre la “nueva escuela histórica”, algunas de cuyas figuras como Molinari y Ravignani creemos que merecían mayor espacio, dada la calidad de algunas de sus monografías de índole económico social. En cambio, son luminosos y de gran interés los capítulos referidos a Levene y sobre todo a Emilio A. Coni, cuya importancia es adecuadamente revalorizada.

Sin embargo, las páginas dedicadas a Raúl Scalabrini Ortiz y Ricardo M. Ortiz son las que concitan el mayor interés y novedad del lector. Sobre la obra del primero, Cuccorese discierne claramente entre el valor cívico de sus denuncias sobre el imperialismo británico y la calidad intrínseca de sus trabajos históricos que merecen, a su juicio reparos y observaciones a pesar de la originalidad de los mismos. Para Cuccorese en definitiva Scalabrini Ortiz procede, no como un historiador, sino como un fiscal de la república.

Las obras de Ricardo M. Ortiz merecen también al autor otro análisis detallado, donde juzga su producción anterior, sus ideas y sobre todo la calidad de su *Historia económica argentina* (1955) trabajo éste que, a pesar de observaciones de detalle y de fondo, considera una obra de conjunto valiosa, aunque escrita sin disponer de los materiales. y las monografías de base suficientes para una construcción acabada.

El libro de Cuccorese, en definitiva, constituye una importante contribución a la historia de la historiografía argentina contemporánea. Dedicado a los estudiantes universitarios, su obra es valiosa para todos, tanto por el denso y cuidadoso análisis de los autores incluidos, como por el lugar conferido a Scalabrini y Ortiz, de tanta influencia en la formación de la opinión histórica actual. El balance es, en todos los casos, erudito, valiente y altamente necesario para el mantenimiento de un juicio crítico y actualizado y fundado sobre este tema tan controvertido. La edición de la Universidad de La Plata, ilustrada y muy pulcra, está desmerecida por erratas que afean la edición.

24 de junio de 1976, Nº 1742, 348 p.

Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios en la Argentina en el siglo XIX (1810-1910), Resistencia, UNNE, Dirección Bibliotecas, 1974 /1975, 2 volúmenes.

Esta interesante obra, dedicada, a estudiar las bibliotecas argentinas durante el siglo XIX y principios del XX, constituye un logrado esfuerzo de la profesora Sabor Riera en el campo de la investigación histórica y bibliotecológica. Si bien la autora ha procurado ceñirse a la historia de las bibliotecas, ha creído con toda razón que ello no era posible lograrlo, sin ubicar ese tema dentro del marco histórico, educacional y cultural de cada época.

La obra está formada por dos tomos. El primero comprende el período 1810-1852 y en él se ha tratado brevemente la época hispánica, y extensamente la época independiente, desglosada en varios capítulos dedicados a la Biblioteca Pública de Buenos Aires, y el período 1810-1830, para luego atender la época de Rosas. El segundo tomo está ceñido al período 1852-1910 y sus capítulos se detienen en la organización nacional, la generación del 53, el impulso bibliotecario de la década del 70, la era progresista y positivista del fin de siglo, la Biblioteca Nacional, las bibliotecas universitarias y por fin el siglo XX.

En la primera parte se recoge, en general con mucho acierto, la historia de la cultura argentina en su relación con el libro. Un buen ejemplo del tratamiento impreso por la autora a los temas lo brinda el capítulo que reseña las polémicas suscitadas sobre el fundador de la Biblioteca Nacional, explicado con sobriedad y sentido de las proporciones. En cambio, nos parece excesivo el espacio dedicado a la vida y obra de Pedro de Angelis, en relación con el escaso lugar concedido al estudio de su biblioteca, a través de su catálogo.

En la segunda parte, sin duda de mayor atractivo ya que el tema es en parte inédito, sobresalen los capítulos dedicados al período sarmientino, a la historia de la Biblioteca Nacional, y la época del centenario. Es verdad que podría reprochársele que el espacio concedido a las bibliotecas universitarias es algo breve (por ejemplo, en el caso de la Facultad de Derecho de Buenos Aires) que pudieron tratarse con más detalle bibliotecas como la de Mitre, del Colegio del Salvador o de la Sociedad Científica Argentina; que las ediciones de *La Cultura Argentina* son coetáneas de la Biblioteca Argentina de Ricardo Rojas, esta última con tantos o mayores méritos que aquella.

Pero todo esto es cuestión de detalle. La obra no desmerece en absoluto, pese a estas u otras observaciones, ya que está bien organizada, se apoya en excelente información y es la más completa en su género. Sólo cabe, junto con el elogio para su autora, esperar un tercer tomo que cubra el período posterior a 1910. Ojalá la profesora Sabor lo aborde en breve, porque su aporte será, no sólo bienvenido, sino que completará una obra de verdadera calidad en la materia.

8 de julio de 1976, N° 1743, 382 p.

Memorias. (Historia de un historiador a la fuerza), por Julio Irazusta, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1975, 238 páginas.

Los libros de memorias suelen prometer el regalo de una lectura placentera y el atractivo que siempre suscita la aventura de una vida. Este es el caso de las memorias de Julio Irazusta, señalado desde mucho tiempo atrás como patriarca del revisionismo histórico en la Argentina y mucho menos conocido como hombre de saber universal, excelente escritor argentino de probado valor cívico.

Entrerriano, nació en Gualeguaychú en 1899, tiene en su haber una extensa producción intelectual que inicialmente se desgrano en revistas y periódicos, y que después se afirmó en el ensayo y la investigación histórica. Le pertenecen, entre otros trabajos, su magna *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia* (1941-1961, en 5 tomos); *Tomas de Anchorena* (1950), sus ensayos sobre Tito Livio, Burke y Rivarol (1951), sus *Ensayos Históricos* (1952); *La monarquía constitucional en Inglaterra* (1970), y otros, entre los cuales no faltó la polémica con Ricardo Rojas o con Ernesto Celesia. Su reciente incorporación a la Academia Nacional de la Historia en 1971, dio lugar a un reconocimiento público a esa vasta labor intelectual.

En sus *Memorias*, que subtítulo “Historia de un historiador a la fuerza” traza con mano diestra y con una amenidad que va ganando lenta pero seguramente al lector, la primera etapa de su vida. En ese período de formación intelectual que transcurrió entre 1910 y 1940, alcanzo a definir con claridad el rumbo de su actividad y a percibir también los riesgos que acarreaba el ejercicio cabal de la misma. Desfilan así los primeros años vividos en el campo entrerriano, el recuerdo afectuoso de su padre, su bachillerato en Buenos Aires y La Plata, su paso por la Facultad de Derecho; la bohemia literaria y el posterior abandono de sus estudios regulares en la universidad. Junto con las experiencias vividas y los recuerdos de la vida intelectual del Buenos Aires del 20, surge el perfil de un joven ávido de lecturas, de poca salud, y cuya vocación de escritor aún no se halla definida. En los capítulos siguientes se refiere a sus viajes a Europa donde permaneció entre 1923 y 1927, procurando, con raro acierto, adquirir una sólida formación humanística que alcanzo en largas estancias en Oxford, Londres y Roma. Sus lecturas de los clásicos, de los filósofos y de los mejores escritores de su tiempo, el contacto con la vida de las grandes ciudades europeas y el diálogo con un selecto número de maestros dieron a Irazusta una preparación inmejorable para su oficio de escritor hacia el que avanzaba gradualmente. El regreso a la Argentina en 1927 lo enfrentó con problemas y realidades que rápidamente lo empujaron a encontrar su destino ensayista político e historiador con que hasta entonces ni había soñado, según sus palabras.

Un capítulo está dedicado a Luis Doello Jurado quien tuvo significativa importancia en su formación y a quien evoca con admirado y cordial recuerdo: “He oído a muchos

admirables conversadores en varios idiomas: Santayana, Berenson, Pearsal Smith, Desmond Mac Carthy y a nuestro gran Leopoldo Lugones, cuyas charlas eran una fiesta. A mi entender, Doello los superó”.

Con toda su riqueza esta carga de recuerdos y de crónica intelectual se amplía y gana en interés en los últimos capítulos, en los cuales se refiere a su participación en *La Nueva República*, vocero del nacionalismo, las expectativas y frustraciones ante la revolución del 30, la suerte que le cupo a su libro *La Argentina y el imperialismo británico* (1934) que redactó con su hermano Rodolfo, y su vuelco definitivo a la historia y la política en qué centro toda la actividad de su vida madura. Las *Memorias* de Irazusta, de deleitosa lectura, dejan la esperanza de saborear un segundo tomo. Sus páginas, para sorpresa del lector desprevenido revelan, no tanto la imagen del historiador revisionista, sino la gestación de un escritor cultivado y exigente, la sencillez de una vida diáfana, el porte de un humanista sólido y la crónica de un testigo calificado de la vida política argentina.

25 de enero de 1979, N° 1803/4, 41 p.

Buenos Aires. Del centro a los barrios (1870-1910), por James R. Scobie, Solar-Hachette, Buenos Aires, 1977, 368 páginas.

El reciente libro de James R. Scobie, *Buenos Aires. Del centro a los barrios (1870-1910)*, constituye uno de los mejores trabajos, no sólo de la historia de la ciudad de Buenos Aires, sino de historia urbana que se haya escrito en nuestro país. Como su título indica, no cubre todo el proceso de la ciudad sino que se refiere a un período bien delimitado, en el cual la ciudad creció y se transformó, por fuerza de la concentración económica y política de una gran urbe moderna. El subtítulo, *Del centro a los barrios*, alude a la compleja red de comunicaciones que fue uniendo sutilmente diversos puntos del ejido urbano, hasta formar la densa malla de la ciudad.

Scobie es un investigador ya veterano y de mucha solvencia profesional, No sólo por sus anteriores monografías en historia argentina, en las que viene trabajando desde hace casi 20 años, sino por la especial atención que ha prestado, tanto a las cuestiones políticas como a las económicas y sociales. En lo que se refiere a la historia urbana, además de este libro editado en inglés en 1974 y cuya versión castellana comentamos hoy, se añade su estudio sobre 3 ciudades argentinas (Corrientes, Mendoza y Salta) frente a la gravitación porteña, entre 1850. y 1914, ya en su fase final de elaboración.

El libro comprende capítulos dedicados a estudiar muy rápidamente la historia bonaerense antes de 1910. Luego, y con más detalles, pasa revista a la imagen de Buenos Aires entre 1870 y 1910 oscilando todavía entre grandes contrastes que la asemejaban a París o la retrotraían a la gran aldea de mediados del siglo. El emplazamiento del puerto, los ferrocarriles y la capitalización de la ciudad; la importancia de la plaza de Mayo como centro de la ciudad; la espectacular influencia del tranvía en el ensanche urbano, y el análisis de la estructura social, cultural, económica y burocrática de la ciudad, completan el cuadro ofrecido por Scobie.

Sin embargo, cada uno de estos capítulos da lugar a un nutrido y matizado conjunto de temas, cuya relación entre sí se muestra coherente y segura a lo largo del libro. No falta ahí el repaso de la evolución urbanística, las condiciones del trabajo y la vivienda, el transporte, la formación de los barrios, etc. Hay páginas admirables sobre el conventillo, o el estudio de las tarifas del tranvía, o la sagaz distinción entre barrio, vecindario y cuadra, cuyos matices diferenciales Scobie ha sabido captar con agudeza y describir con maestría.

El libro, rico en datos, cuadros estadísticos, fotos y bibliografía es denso, y a la vez claro sin digresiones inútiles y con un estilo sintético ejemplar. Al margen de su calidad historiográfica se lee con agrado e interés creciente, y para cualquier porteño que baya conocido al menos el eco de aquella Buenos Aires del primer tercio del siglo, será sin duda, un libro inolvidable y una guía segura para sus recuerdos y nostalgias.

26 de abril de 1979, Nº 1810, 221 p.

El matrimonio en Indias. Realidad social y regulación jurídica, por Daisy Rípodas Ardanaz, Buenos Aires, FECYC, 1977, 454 páginas.

Suele ocurrir que en el campo de la historia social y la historia del derecho se pone a veces de manifiesto una tendencia a encerrarse cada una en su propio horizonte, como si creyeran que cada escuela puede trabajar de espaldas a la otra, ignorando sus mutuos avances y la estrecha relación que existe entre sociedad y derecho. Ello es así porque, si algunos de los primeros abusan de las generalizaciones sin matices y de un sociologismo que descarna la historia en meras estructuras y cifras, varios de los segundos, atenedos demasiado morosamente a los textos legales, parecen confundir la vida social con el contenido de las normas. Esta advertencia sirve para señalar, de entrada, que el libro de Rípodas Ardanaz *El matrimonio en Indias. Realidad social y regulación jurídica* constituye uno de los mejores ejemplos de equilibrio y complementación entre ambas escuelas, así como también un acabado exponente de lo mucho que mutuamente pueden enriquecerse ambas perspectivas cuando se trabaja un tema con la solvencia, erudición y profundidad que muestra este libro.

La autora, que es profesora en la UBA y erudita conocedora de la historiografía hispanoamericana, señala en el prólogo que el tema del matrimonio “constituye una suerte de mirador desde el que es dable contemplar la realidad indiana desde una perspectiva nueva que enriquece y matiza la visión que de ella tenemos”. Es así que, dejando de lado por conocida toda la legislación castellana y canónica sobre la institución matrimonial común a España y América, avanza en el análisis de la peculiar realidad social y jurídica de las Indias “a lo largo de tres centurias pródigas en Iniciativas tendientes a ordenar un mundo - nuevo al comienzo, y siempre diverso- reacio a dejarse encerrar en las pautas discurridas para el viejo”.

La primera parte del libro está dedicada a describir el contexto social, mientras que la segunda parte se refiere a distintos aspectos de la institución aplicada en Indias, tales como -la aptitud para el sacramento (esponsales, trámites, impedimentos y consentimiento, sin olvidar las interdicciones regias para el casamiento de los funcionarios); el estado matrimonial y la quiebra del mismo. Un rico y bien seleccionado apéndice documental e iconográfico, así como una vasta y detallada bibliografía edita e inédita complementan el volumen.

A pesar de que el tema puede parecer o primera vista destínalo a historiadores o canonistas, la lectura del mismo resulta cautivante y de mucho interés para cuantos se interesen en la historia de la institución matrimonial y su contexto socio jurídico. Hay allí páginas admirables, tanto por la densidad del análisis, la cantidad y variedad de fuentes consultadas, así como por la gracia del lenguaje empleado, preciso y no pocas veces fechado de arcaísmos que ayudan a la evocación de una sociedad pasada. Algunos ejemplos, un poco al azar, como los referidos a los casamientos dentro de la clase

privilegiada, donde a fines del siglo XVIII aparece ya a colisión entre los intereses familiares y los sentimientos afectivos de no pocos novios, o en el análisis cuidadoso de la poligamia indígena; el frecuente caso de bigamia entre los pasajeros a Indias o las patéticas consecuencias de la marginación de negros y castas, constituyen una lectura sugerente, rica en ejemplos sobre las particularidades de la vida familiar en este período de la historia hispanoamericana.

Esta lectura es, además, doblemente recomendable en estos mismos momentos, en que la Iglesia ha indicado con énfasis que se preste una especial atención al matrimonio y la familia. La perspectiva histórica y jurídica que proporciona el sólido libro de la doctora Rípodas Ardanaz servirá para conocer mejor -y con hechos, no en abstracto- la evolución del matrimonio en nuestra sociedad colonial. Y constatar también que, aún en aquellos lejanos tiempos y dentro de una sociedad jerarquizada y compleja como la indiana, el amor y la libre vocación de los esposos para el matrimonio, hallaron en no pocos doctores y misioneros, libros y leyes, la comprensión y el amparo que este sacramento requería del Estado y de la Iglesia.

14 de junio de 1979, N° 1813, 329.330 pp.

Savonarola, reformador y profeta, por Álvaro Huerga, Madrid, BAC, 1978, 329-330 páginas.

La Biblioteca de Autores Cristianos de Salamanca acaba de editar una obra de mérito y singular oportunidad, dedicada al famoso dominico Fray Jerónimo Savonarola (1452-1498). No se trata propiamente de una biografía convencional, ni tampoco de un mero estudio de la época sino que dando por conocidos estos aspectos, se ha procurado más bien ahondar en la personalidad y el pensamiento del reformador y profeta de Florencia.

El autor, profesor de historia de la espiritualidad en la Universidad Pontificia Santo Tomás de Aquino en Roma, confiesa en su prólogo que desde tiempo atrás se había sentido atraído por la figura del frate. Aborda esta labor apoyado en sus estudios anteriores sobre la época, cuyas fuentes maneja con soltura, eficacia y buen sentido crítico. En este libro, dominado por la pregunta acuciante: ¿qué fue Savonarola? ¿Santo?, profeta, mártir, hereje, fanático, soberbio, alucinado, héroe de la libertad, tirano, precursor de la democracia?, campea no sólo un buen estudio del tema, sino también una fibra afectiva, y aún apasionada por la dramática vida de aquel hombre singular. Este sentimiento, que no llega a desbordarse, invade al lector y enriquece un libro que sin él, pudo ser un ejercicio más de erudición histórica.

La obra se refiere escuetamente a la biografía de Savonarola y a los acontecimientos de su época. Las partes dominantes del libro atienden a explicitar cómo concebía aquel su plan de reforma en la orden, en la ciudad y en la Iglesia así como también con nutrido apoyo de textos, seguir su conflicto con Roma, su correspondencia, su predicación, los efectos de la excomunión, sus reacciones, sus últimos escritos y un detallado análisis de sus últimos pasos del proceso y de su muerte.

Quizá el rasgo más distintivo del libro de Huerga es haber buscado con particular esmero ordenar y descubrir el pensamiento savonaroliano en cada una de las etapas de su vida. Conoce muy bien la “espesa selva bibliográfica” que rodea la figura del fraile y ha procurado, a través de los testimonios coetáneos y de sus escritos, rescatar con fidelidad el ambiente y su personalidad humana y religiosa.

Los capítulos reflejan un cuidadoso y acertado análisis de su pensamiento. Y sus sermones, cartas, sus intervenciones son recreadas con oportunos textos, que permiten acercarnos a la personalidad del fraile y de su lenguaje vigoroso. Por otra parte, el autor ha percibido con claridad la actualidad que posee Savonarola en nuestro mundo. “Muchos continúan viendo en él, no el creyente alineado en la disciplina y obediencia preignaciana sino al creyente que protesta contra los conceptos eclesiásticos extra evangélicos”. Ha procurado estudiarlo como hombre, como profeta y como reformador, y aunque los problemas planteados sugieren no pocos paralelos, no deja de prevenir al lector frente a los riesgos de una comparación simplista con nuestro tiempo.

9 de abril de 1981, Nº 1857, 184 p.

Itinerario de la Virgen Egeria, por Agustín Arce, Madrid, BAC, 1980, 184 páginas.

La reciente edición del piadoso itinerario que la virgen Egeria realizó a Tierra Santa a fines del siglo IV coincidió con nuestro regreso de aquellos lugares. Frescas aún las impresiones que nos había dejado nuestro propio peregrinaje, no dudamos en leer con verdadero interés este antiguo y poco difundido texto de la literatura cristiana.

La obra fue preparada por Agustín Arce, buen conocedor del cercano Oriente y editada por la BAC con la pulcritud habitual. Se trata de una versión paralela del texto latino y su traducción castellana, enriquecida por un estudio preliminar con precisiones bibliográficas y eruditas que proporcionan elementos de juicio suficientes para una correcta ubicación de la época y los protagonistas.

Según esos testimonios, Egeria fue una ilustre dama gallega vinculada a la familia del emperador Teodosio. Su fervor religioso y el apoyo imperial la impulsaron a visitar Tierra Santa y brindar a su monasterio detalles del itinerario cumplido, así como una descripción de la vida eclesial de las cristiandades del Oriente.

Como parte del manuscrito se ha perdido, quedan solo datos de su paso por Egipto, Arabia y Siria, con precisiones más abundantes sobre Jerusalén. En esos lugares conoció la vida de los anacoretas y de los monasterios, así como muchos lugares venerables citados en el Viejo y el Nuevo Testamento. Incluye en sus páginas abundantes noticias sobre la liturgia jerosolimitana.

Algunos temas tienen para el lector moderno particulares resonancias. Así, por ejemplo, la descripción de la catequesis del bautismo, cuando la admisión al sacramento no era fácil y la preparación de los catecúmenos rigurosa; las ceremonias de la Semana Santa en Jerusalén, o la visita al sepulcro de Job. Es conmovedor ver como Egeria procuraba cumplir su peregrinaje no solo con visitas a los lugares históricos, sino también con oraciones y meditación: "Hicimos allí la oblación -dice en un pasaje- y una oración fervorosísima y se leyó el lugar correspondiente en el libro de los Reyes, pues siempre había procurado yo con el mayor cuidado que al llegar a cualquier lugar se nos leyera el pasaje correspondiente".

La reedición del Itinerario de la virgen Egeria es un suceso doblemente útil, ya que sirve a eruditos y a peregrinos. Para los primeros guarda preciosas noticias sobre la vida y la liturgia cristiana del siglo IV; para los últimos trae admirables lecciones que sirven para diferenciar ayer como hoy, el espíritu que separa el peregrinaje piadoso a los lugares sagrados, de la superficial curiosidad turística que vive nuestro tiempo.

14 de junio de 1982, Nº 1890, 573 p.

Breve Historia de la Argentina, por Julio Irazusta. Bs. As., Ed. Independencia, 1981, 303 páginas.

El 5 de junio de este año, cuando la lucha por Malvinas se hallaba en pleno desarrollo, fallecía en su pueblo, natal de Gualeguaychú, Julio Irazusta. Desde mucho tiempo atrás, Irazusta era el patriarca del nacionalismo republicano, el gran acusador del imperialismo británico en la Argentina, y conservaba a los 80 años la energía necesaria para redactar con lucidez esta *Breve historia de la Argentina*. La obra es una síntesis a la que pocos historiadores argentinos se han arriesgado en los últimos tiempos, y en la cual su autor muestra su sobria y decantada visión del proceso histórico argentino al tiempo que brinda un testimonio infrecuente de coraje intelectual.

Esta historia es fruto de una larga meditación sobre el país y sintetiza la rica producción que el autor iniciara en 1934. En el prólogo, fechado en enero de 1981, Irazusta se excusa de una posible improvisación en la forma, dictada por la prisa, pero advierte que el libro es deudor de abundantes lecturas y reflexiones publicadas a lo largo de más de 50 años.

El plan de la obra es claro, lineal y abarca desde el descubrimiento de América hasta la caída de Perón en 1955. “El criterio que me sirvió de guía -dice en el prólogo- es el que sostiene que la política exterior es la verdadera política”. A partir de ese punto de vista, expone en diez capítulos los tramos principales de la historia nacional. Él relato, ágil e incisivo, cobra mayor fuerza a medida que se acerca a nuestro tiempo, donde el testigo está ya próximo al historiador. En la obra campea un conocimiento detallado del proceso, enriquecido con referencias frecuentes a la situación mundial de cada época. Lejos de agotarse en la crónica política, el texto se apoya de manera creciente en la historia económica y financiera, donde el autor halla las claves del funcionamiento defectuoso del país. “El desarrollo argentino -dice- resulta desde el nacimiento de la república, permanentemente obstaculizado por las nacimientos de las naciones dominantes en Europa. La batalla final de la emancipación hispanoamericana se dio a poco de iniciarse el período de paz más dilatada de la historia conocida, un siglo entre 1814 y 1914, y en las etapas restantes no faltó jamás ese factor de perturbación que se tradujo en el establecimiento de una influencia extranjera que hizo del país una factoría, cuando tenía todas las condiciones necesarias para ser una gran nación”.

Esta es la tesis central del libro, explicada de modo persuasivo, sin acrimonia y con erudición. Podrá compartírsela, otorgarle un carácter menos absoluto e incluso desecharla, pero no hay duda que el razonamiento y los argumentos del autor poseen coherencia y trasuntan convicción. Trae citas oportunas que no abrumen y escribe en un estilo conciso y sin digresiones. Hay frases acuñadas con elocuencia oratoria, como aquella: “El progreso nacional incesante justificó el optimismo del Centenario, cuyo sol calentaba el alma de la nación que, entre su cenit y su ocaso, puso varios lustros en

llegar a la entrada de la noche, cuyo amanecer no se vislumbra”. U otras, que reflejan una aguda percepción de los sentimientos políticos argentinos: “Cuando el pueblo ha dado su corazón, rara vez lo retira, haga lo que haga el jefe que ama”.

Tal vez pueda reprochársele que no todos los temas han gozado de un tratamiento equivalente; que el capítulo inicial se remonta demasiado lejos; que algunos títulos son fuertes, e incluso agresivos. Pero no cabe duda que el libro expone el proceso argentino con la brevedad y la riqueza de una síntesis y desde la perspectiva croceana de “quien se interesó por el pasado argentino, para explicarse el presente” (p. 8).

Esta obra trasunta el saber de un historiador y la agudeza de un veterano observador de la vida política argentina. Editada poco antes de su fallecimiento, se ha convertido en un postrer testimonio de quién amó a su país de un modo entrañable.

28 de octubre de 1982, Nº 1891, 607 p.

El Catecismo del IIIº Concilio Provincial de Lima y sus complementos pastorales (1584-1585), por Jorge G. Durán. Estudio preliminar, textos y notas. Prólogo de Mons. Jorge Novak y presentación del P. Cayetano Bruno SDB, Bs. As., UCA, 1982, 532 páginas.

Es singularmente afortunado que en estos días en que se cumplen 400 años del IIIº Concilio provincial de Lima se publiquen en edición crítica los catecismos y los complementos pastorales que hizo redactar aquella asamblea episcopal. La presente obra, tesis doctoral presentada a la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina por el presbítero Jorge G. Durán, es en ese sentido, una obra bienvenida y oportuna. Ella continúa una línea de trabajo que hace honor a la historia eclesiástica argentina, tanto por su erudición como por su tema, y la coloca con holgura junto a la labor de autores como los padres Bruno, Presas, Dellaferrara, Arancibia y Tonda, entre otros, que con renovado rigor vienen trabajando en distintos temas de esta disciplina.

La obra, como su título lo indica, está dedicada a estudiar los textos del concilio. En la primera parte, se presenta el contexto histórico de la Iglesia en la América meridional, la crónica del concilio, el proyecto sobre el catecismo, al tiempo que se analizan con detalle las fuentes, los autores y las versiones indígenas tanto de los catecismos como de otros textos de interés pastoral. La segunda parte de la obra incluye la rigurosa transcripción de los textos y sus anotaciones. La misma está enriquecida con varios índices y con la reproducción de numerosas páginas de los catecismos comentados.

Tal vez sea útil recordar aquí que este concilio (1582-1583) convocó a los diez obispos sufragáneos que abarcaba la arquidiócesis de Lima, extendida entonces desde Nicaragua hasta Buenos Aires y Santiago de Chile. La preocupación mayor del episcopado, presidido entonces por Toribio de Mogrovejo, era atender de manera eficaz a la evangelización de los pueblos americanos y dotar a los misioneros de textos catequísticos apropiados para difundir la fe en las lenguas autóctonas, con pureza doctrinaria y uniformidad de procedimientos y ritos. Conforme a un criterio didáctico que atendía a la diversidad de las culturas aborígenes, se dispuso la redacción y edición de tres catecismos: el "Breve, para los más rudos y ocupados"; el "Mayor, para los que son más capaces" y por fin, el "tercero" o sermonario, con lecciones extensas sobre los temas de predicación. Estos textos se editaron en Lima entre 1584 y 1585, en cuidadosas versiones trilingües (Castellano, quechua y aymara) y se complementaron con otras obras, que completaban y perfeccionaban esa labor pastoral. Cabe agregar que esa vasta tarea del Concilio se amplió y profundizó luego en cada una de las diócesis. Así, por ejemplo, en el Río de la Plata, se tradujeron esos catecismos al guaraní, por Fray Luis de Bolaños y el Padre Roque González de Santa Cruz, hasta llegar al texto completo editado por el Padre Antonio Ruíz de Montoya en Madrid, en 1640.

El libro del Padre Jorge Durán, erudito y bien documentado, permite conocer con detalle esa historia y sobre todo, los textos aludidos. Creemos que su difusión servirá hoy no solo para examinarlos mejor, sino también para advertir el profundo esfuerzo de adaptación que realizaron los evangelizadores del siglo XVI, a fin de transmitir con fidelidad y eficacia el tesoro doctrinal de la Iglesia en las lenguas aborígenes. En el respeto de aquellas culturas y en esa actitud misionera del siglo XVI debe encontrar la Iglesia hispanoamericana de hoy sus mejores estímulos para proseguir y ampliar su labor evangelizados en las últimas décadas del siglo XX.

12 de marzo de 1987, N° 1981, 68 p.

Historia de la Inquisición en España y América. 1º El conocimiento y el proceso histórico de la institución (1478-1834), por Joaquín Pérez Villanueva y Bartolomé Escadell Bonet, Madrid, BAC y CEI, 1984, 1548 páginas.

El tema de la Inquisición, y muy particularmente de la inquisición española, ha experimentado en los últimos tiempos una singular renovación historiográfica. La multiplicación de obras, jornadas y simposios, la creación de centros de investigación especializada, y el aliento que Juan Pablo II ha dado recientemente al estudio abierto de este tema, sin duda ha contribuido a sacudir el inevitable carácter polémico y casi marginal que por mucho tiempo ha dominado este tema. Es posible que la polémica no desaparezca, ya que el Santo Oficio es en sí misma una institución controvertida, pero cabe esperar ahora estudios más serenos y mejor acotados, con amplia base documental, que permitan dilucidar y comprender mejor la historia inquisitorial, así como también las “tensiones, errores y excesos” a que el Papa aludió en 1982, al referirse a ella en España.

Este es precisamente el propósito de esta obra, dirigida por los presidentes del Centro de Estudios Inquisitoriales (CEI) y publicada por la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC) con apoyo del Ministerio de Educación y Ciencia de España. Redactada por un nutrido grupo de especialistas, este volumen es el primero de un plan muy ambicioso que se propone estudiar, en primer lugar la historia de la inquisición en España e Indias, luego las estructuras del Santo Oficio y finalmente, en un tercer volumen, cuestiones debatidas e incidencias históricas del citado tribunal.

El contenido del presente volumen, único publicado hasta hoy, está dividido en dos partes de desiguales dimensiones. En la primera (277 p.) se examina la historiografía sobre la inquisición hispanoamericana, las fuentes inéditas e impresas para su estudio, así como también los criterios aplicables en el método de trabajo. Un capítulo particularmente interesante es el dedicado al análisis de la naturaleza sociológica de la Inquisición y el momento histórico en que apareció.

La segunda parte de la obra, mucho más extensa (1300 p.) estudia la Inquisición en su proceso histórico en seis capítulos, combinando los hechos peninsulares con los indianos: el período fundacional (1478-1517); la consolidación (1517-1569); el apogeo (1569-1621); la crisis (1621-1700), el declive de la época borbónica (1700-1808) y la abolición del tribunal (1808-1834). Una actualizada bibliografía y nutridos índices y nóminas completan la cuidada edición.

A través de este esquema, casi siempre satisfactoriamente logrado, pese a la cantidad de autores que intervinieron en la redacción, es posible lograr una visión muy completa de las vicisitudes por las que atravesó el tribunal a lo largo de los tres siglos de su historia: períodos de rigor, de contemporalización o de negligencia, cambio de problemas según las épocas (protestantes, alumbrados, mahometanos o judaizantes en el siglo XVI;

superstición y criptojudíos en el XVII; ilustrados o masones en el XVIII); distribución geográfica y actividades de los tribunales, integración y procedimientos; procesos célebres y personajes influyentes en la gestión de la Inquisición.

Algunos temas merecen destacarse como ejemplo. Según el análisis y la cuantificación de las causas, el Santo Oficio parece haber actuado no solo como vigilante de la fe, sino también como medio de control social. Así el tribunal de Lima, de amplísima jurisdicción que incluyó el Río de la Plata, muestra que la tipología de los delitos juzgados entre 1570-1600 daba un 13% a las cuestiones de doctrina, mientras que un 62% se refería al comportamiento social (bigamia, solicitudes, blasfemias). En otros períodos, esas proporciones varían: entre 1600-1621, oscilan entre un 58% y 38% respectivamente, y entre 1621-1700, un 44% y 28%. En cambio, en ese último período aumentan las causas por prácticas supersticiosas en un 20%. Todo ello indica que la inquisición americana - cabe recordar que los indios estuvieron desde un principio exentos de su jurisdicción- fue en América predominantemente un tribunal de costumbres, de moralidad social, de vigilancia e imposición de un modelo ético de la sociedad tradicional, al que la distancia y libertad de conducta en estas tierras permitían transgredir fácilmente.

La obra es sólida, bien estructurada, abundante en fuentes y bibliografía. Campea en ella la libertad expositiva y el juicio ponderado, y por fortuna está bien lejos de las deformaciones ideológicamente interesadas o de las contrarréplicas apologéticas y complacientes. Podrá reprochársele, aquí y allá, algunas reiteraciones; que los datos cuantificados no siempre sean comparables; que algún capítulo haya sido tratado por dos autores diferentes con escasa ventaja (Palafox); el limitado relieve dado al proceso de Aguirre, o que el tema de la censura de libros merecía un mayor desarrollo en el siglo XVIII. Pero todo ello es poco significativo frente a las dimensiones y calidad de la obra examinada, verdadero esfuerzo historiográfico y editorial.

Los autores y sus colaboradores son historiadores, conocen su oficio y creen que aquellos “errores y excesos” deben ser “estudiados a la luz objetiva de la historia” a fin de que se advierta, precisamente, de dónde parten los errores y en qué consiste la esencia de los excesos. Los primeros, según Escandell Bonet, - arrancan del olvido de dos principios capitales del mensaje cristiano: la no diferenciación del poder espiritual respecto del secular, en un momento en que el peligro de las herejías tentó a la Iglesia a recurrir a la fuerza coercitiva del Estado y, junto con ello, el olvido del principio de la predicación como único procedimiento evangélico de actuación, ya que el conjurar la herejía y el natural deseo de seguridad no podían legítimamente conquistarse con otra espada “que la del espíritu, que es la palabra de Dios”. (p.277).

En una novela reciente, *Historia de Mayta*, Vargas Llosa reflexiona ante el Palacio de la Inquisición, en Lima, y se pregunta sobre los procedimientos actuales de los inquisidores laicos que sobreviven en los regímenes totalitarios. Tema hondo y doloroso, al que este libro sirve con honradez, para mejor comprender los caminos de la conducta humana, tentada siempre por la intolerancia, el orgullo y la crueldad.

23 de noviembre de 1995, N° 2166, 681-682 pp.

Guaraníes y jesuitas de la tierra sin mal al paraíso, Lucía Gálvez, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, 412 páginas.

Las Misiones Jesuíticas de guaraníes fueron una de las más acabadas expresiones del espíritu misional de la Iglesia en América. El prestigio alcanzado ya en el siglo XVIII por sus reducciones bien organizadas y autosuficientes, con sus tesoros artísticos y su fecunda vida religiosa, intrigaron siempre a ensayistas e historiadores, antropólogos y lingüistas. Si ello bastó para dar lugar a una caudalosa bibliografía, hay que añadir que el turismo masivo, que ahora permite conocer directamente las ruinas monumentales de sus pueblos, y el cine, que a su modo ha divulgado esa experiencia en *La Misión*, han acrecentado considerablemente ese interés por el tema.

Lucía Gálvez también se ha dejado seducir por las Misiones en este reciente libro. Ha abordado esta cuestión tratando de tomar en cuenta la visión de los jesuitas y de los indios, presentándolo como el encuentro de dos místicas, cristiana y guaraní; una que traía el mensaje de salvación en Cristo y otra que perseveraba en la búsqueda de la tierra sin mal, el paraíso guaraní. Y de dos culturas, la del indio seminómada, con su cosmovisión mítica, todavía cazador y guerrero, y reciente cultivador del maíz y la mandioca, y del sacerdote europeo, humanista y cristiano, apoyado en sus conocimientos técnicos y artísticos. La autora se plantea si fue posible esa fusión entre ellos o si esta experiencia, estaba condenada al fracaso, por la diferencia de cosmovisiones o por la dependencia de las misiones al régimen colonial. Y si esto fue así, cómo explicar el sorprendente florecimiento cultural de las Misiones, y desde luego, la perduración de esas tradiciones en el ámbito guaraní, mucho tiempo después de la expulsión de la Compañía.

La estructura del libro se despliega en cuatro etapas: el encuentro entre ambos mundos; los tiempos heroicos de la primera evangelización (1609- 1637); la irrupción de los paulistas y la ruina de las misiones (1628-1641), y luego un último tramo titulado consolidación y progreso (1641-1750). El libro se cierra, un poco rápidamente, con los sucesos posteriores a 1750, la guerra guaraníca y la expulsión de los Padres.

El planteo sigue con puntualidad el proceso histórico vivido por las Misiones, referido con inteligencia, amenidad y buena información. Esa crónica está acompañada por extensas notas que incluyen relatos coetáneos, comentarios modernos de distintos autores, y todavía aclaraciones diversas en cuerpo menor. Si el propósito de este heterodoxo procedimiento ha sido no interrumpir la lectura del relato principal, el objetivo se ha logrado. Pero de todos modos, la longitud de los textos y la diversidad de los contenidos, pueden inducir a confusión al público no iniciado en el tema, a quien precisamente se dirige la colección.

En la selección de los testimonios, la autora ha tenido verdaderos aciertos, como por ejemplo recordar que Antonio Ruiz de Montoya, fue un activo misionero, pero también un místico profundo, como lo ha revelado la reciente publicación de su obra inédita, *Sílex del Divino Amor*. Otro hallazgo, es el párrafo acerca de las desventuras de la mujer indígena en las sociedades primitivas, realidad generalmente omitida por los indigenistas a ultranza.

En definitiva, un libro atractivo, concebido con criterio moderno, abierto a la problemática actual de las Misiones que, sin pretender la erudición del especialista, ha superado con éxito la rutina de la crónica y la trivialidad de la apología.

Marzo de 2001, N° 2259, 122-123 pp.

Historia de la Iglesia argentina desde la conquista hasta fines del siglo XX, Roberto Di Stéfano y Loris Zanatta, Buenos Aires, Grijalbo-Mondadori, 2000, 604 páginas.

La presente obra constituye una incesante novedad en nuestra historiografía. Como reza su título, aborda la historia de la Iglesia en la Argentina desde sus Inicios hasta nuestros días. Su novedad consiste, por una parte, en el tratamiento integral de esta institución desde una perspectiva no comprometida ni con la historiografía católica ni anticatólica.

Esta novedad no es la única. La historia de la Iglesia y el catolicismo en nuestro territorio, en su dimensión cinco veces centenaria, ha sido pocas veces abordada entre nosotros. Los autores, especializados en historia eclesiástica, señalan esta llamativa ausencia en la historiografía argentina, máxime cuando advierten “la relevancia en la historia y en la actualidad argentina del catolicismo y de su Iglesia”. Las obras integrales, después del libro de Zuretti (1972), han sido muy pocas y no siempre afortunadas.

La periodización elegida también es original porque está pensada desde la interioridad de la vida eclesial argentina. La erección del arzobispado de Buenos Aires en 1865 ha sido elegida como la divisoria de aguas entre la iglesia colonial, diluida paulatinamente desde 1810, y la nueva Iglesia que trabajosamente se va constituyendo desde 1862 en el molde de la Nación unificada.

Estas dos etapas ocupan, cada una de ellas, la mitad del libro. Roberto Di Stéfano ha redactado la primera y Loris Zanatta, en traducción del italiano, la segunda. Un epílogo de Di Stéfano cierra la obra.

La época inicial ha sido dividida en dos partes: “La cristiandad colonial” (1530- 1830) y “El largo camino a la unidad” (1830-1865). La primera parte comprende a su vez siete capítulos cuyos títulos indican con claridad su contenido: “El Trasplante religioso y sus conflictos”, “El cuadro institucional” ;”El clero”; “La Compañía de Jesús y las Reducciones del Paraguay”; “La cultura eclesiástica”; “La vida devocional, prácticas religiosas y curas de almas y –por último- “La crisis de Iglesia colonial’. Se destaca en ellos la atención dada a la composición y características de los cuadros de la Iglesia en sus distintas dimensiones y etapas, incluso con datos cuantitativos y un buen seguimiento de sus actuaciones. Se ha tenido el acierto de explicar el origen y el funcionamiento de las instituciones y de cuestiones doctrinarias y canónicas que se tienen por sabidas y que no siempre se conocen adecuadamente. La inclusión de temas como la estructura del clero, la vida devocional y la cura de almas ha sido un acierto. El autor, especializado en la época virreinal, ha centrado la mayor parte de sus ejemplos en esta etapa; se aprecia por ello un vacío en buena parte del XVII y el XVIII.

A su vez, la segunda parte titulada: “El largo proceso a la unidad” (1830-1865), comprende otros dos capítulos dedicados a 'Las Iglesias' diocesanas durante el

regalismo rosista y su transición durante la organización nacional, y con ello el fin de la antigua cristiandad colonial y su trabajosa adecuación a los cambios del siglo XIX.

La tercera parte, dedicada a la Iglesia argentina contemporánea, comprende a su vez cuatro capítulos fundados en una periodización también ajustada a la vida eclesial: ‘Los primeros pasos de la Iglesia argentina contemporánea’ (1865-1899), ‘Las ideas y la maduración de la Iglesia argentina’ (1899-1934), ‘Entre Pío XII, Perón y el Concilio Vaticano II’ (1934-1961) y, finalmente, la etapa 1962-1983 que llamativamente se ha titulado ‘El infinito concilio de la Iglesia argentina’ y ‘Entre la dictadura y la democracia’.

El tratamiento de estos temas ha tenido como antecedente principal un reciente libro del autor, *‘Del Estado liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo’* (1996), cuyo planteo, el ‘mito’ de la Nación Católica, constituye el núcleo de su interpretación acerca del proceso seguido por esta institución en nuestro país.

Esta tercera parte, de complejo desarrollo y estrechamente ligada a los cambios ideológicos, sociales y políticos del país, contiene una exposición selectiva de los hechos y un examen crítico de las premisas historiográficas vigentes. Toda la vida eclesial de sus protagonistas, así como sus manifestaciones más variadas, ha sido analizada en cada una de las etapas aludidas. La densidad del tema ha determinado que la exposición del mismo dé por conocidos muchos hechos a los que se alude. A su vez, el discurso expone una multiplicidad de aspectos que revelan una variada información documental, conocimiento de la problemática teológica y pastoral de esos momentos y capacidad de síntesis para ordenar un discurso que por cierto, además de complejo se torna extremadamente denso. Es imposible dar aquí detalles de los temas abordados. El relato, como en las páginas anteriores, está expresado en términos precisos y profesionales, aunque en los dos últimos capítulos se percibe, a través de la adjetivación, un tono más comprometido.

El epílogo resume lo esencial del libro y completa, desde 1983 a la fecha, apreciaciones acerca de la religiosidad actual en la sociedad argentina y el importante papel que la Iglesia posee en ella. La extensa bibliografía está agrupada por temas y enriquecida por comentarios. Y si bien ofrece un variado repertorio de obras, se advierten omisiones que sugieren falta de contacto respecto de otras líneas de investigación en este terna. Algunas erratas empañan una edición de excelente factura.

El definitiva, este libro es un estudio integral de la historia eclesiástica argentina. Está escrito sobre la base de muy buena información; evidencia en los autores sentido crítico, lenguaje objetivo y una infrecuente comprensión de la importancia de la Iglesia en la Argentina, actitud que marca una etapa en nuestra historiografía. El enfoque de los diversos temas que se abordan en la obra y, sobre todo los que corresponden a las últimas décadas, es posible que no sean compartidos y requieran aclaraciones y matices, o que susciten abiertas discrepancias, como suele acontecer en la interpretación del pasado.

En ese sentido, esta obra es bienvenida ya que cabe esperar que estimule nuevos estudios, permita rectificar o confirmar sus apreciaciones y, además, abra nuevas perspectivas en el estudio de la Iglesia argentina, entendida casi siempre como una institución marginal de la historia nacional.

Finalmente conviene aclarar que esta historia no se ha propuesto explicar la esencia religiosa de nuestra Iglesia, sino sólo su tránsito temporal. El creyente debe recordar que la Iglesia es concebida no como una institución más sino como un cuerpo espiritual que, más allá de los accidentes temporales y las limitaciones humanas, está centrada en la fe y la misión evangelizadora que Cristo le asignó. Dimensión religiosa inescindible, pero cuya lectura corresponde pedir a la teología antes que a la historia.

Junio de 2011, N° 2371, 35 p.

Un perdurable homenaje. De la diferencia entre lo temporal y lo eterno, por Juan Eusebio Nieremberg SJ. Traducido en lengua guaraní por Joseph Serrano SJ.

La reciente publicación de uno de los primeros libros de la imprenta jesuítica de las misiones, en una edición facsimilar impecable, constituye uno de los mejores homenajes al Bicentenario de la Revolución de Mayo.

La obra de ascética *De la diferencia entre lo temporal y lo eterno*¹⁹, del padre Eusebio Nieremberg, fue publicada en España en el siglo XVI y traducida al guaraní en Misiones por el padre José Serrano, e impresa allí, en 1705. Si bien no fue el primero, sus dimensiones, sus ilustraciones y su texto en lengua guaraní lo convierten en un jalón de la cultura nacional: uno de los primeros impresos rioplatenses, cuando aún no había imprenta en la universitaria Córdoba ni en la mercantil Buenos Aires. Y que haya sido traducida y publicada en lengua guaraní indica con claridad la atención que merecía aquel gentío reunido en las pujantes reducciones, que para entonces contaban ya con 97.973 habitantes, todos ellos guaraní parlantes. Además, el traslado de una lengua oral a su uso escrito, en caracteres latinos y con signos fonéticos apropiados a su pronunciación, habla también de la comprensión y respeto con que los misioneros buscaron la integración cultural de sus neófitos a través de la escritura, como también supieron hacerlo por medio de la música y la escultura, como lo testimonia el archivo de partituras hallado en Chiquitos y las decenas de imágenes diseminadas en museos e iglesias del Cono Sur.

Se trata de una obra de gran magnitud, en tamaño folio menor, impresa en facsímil, a dos columnas, de 485 páginas divididas en 5 libros y 55 capítulos, con letras iniciales ornadas y acompañada por 42 láminas, alguna de las cuales está firmada por el indio Juan Yaparí. Respecto del contenido dice con acierto el padre doctor Fernando Cruz: *De la diferencia...* es una paráfrasis de los Ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola...en los cuales Nieremberg elige los grandes temas de la experiencia de los Ejercicios espirituales y los vuelca en una prosa muy al gusto de la época". El tema de fondo es la reforma de la vida, es decir, de la mala vida. No se trata de despreciar las cosas temporales, sino de servirse de ellas en cuanto nos ayuden a reverenciar y servir a Dios y con ello salvar el alma. Y apartarse de ellas despreciándolas, en tanto nos impidan alcanzar aquella finalidad.

¹⁹ *De la diferencia entre lo temporal y lo eterno. Traducido en lengua guaraní por el padre José Serrano SJ. Edición facsimilar en conmemoración del bicentenario de la revolución de Mayo. Con presentación de los presidentes de las Bolsas de Comercio de Rosario y Buenos Aires, señores Cristian I. Amuchástegui y Adelmo J.J. Gabbi, respectivamente.*

Reseñas biográficas

11 de julio de 1974, Nº 1695, 358-360 pp.

Guillermo Furlong: Una vida ejemplar

El padre Guillermo Furlong, que falleció en Buenos Aires el 21 de mayo de 1974, fue sorprendido por la muerte en plena labor. Su vida había transcurrido íntegramente entre el estudio y el sacerdocio. Nació en 1889 en Villa Constitución y estudió en Rosario y en el Colegio de la Inmaculada de Santa Fe. En 1903 ingresó en la Compañía de Jesús y desde 1905 completó su formación eclesiástica y humanística en España. En 1911 prosiguió en Estados Unidos sus estudios hasta 1913, en que regresó a la Argentina. Aquí terminó sus estudios teológicos y cuatro años después fue ordenado sacerdote jesuita. Para ese entonces ya había puesto de manifiesto su vocación y versación en cuestiones históricas. Desde 1922 a 1926 cumplió una vasta labor en los archivos y bibliotecas europeas. Más tarde, entre 1930 y 1935, fue destinado a Montevideo. A su regreso se desempeñó como bibliotecario y profesor del Colegio del Salvador en Buenos Aires. En 1938 fue elegido académico de número de la Academia Nacional de la Historia y en 1956 fue fundador y primer presidente de la Academia Nacional de Geografía. Su obra obtuvo premios y distinciones sobresalientes.

Pero su figura, que adquiere hoy relieve definitivo, excede con mucho el mero catálogo de su labor académica y científica, y lo muestra como un estupendo trabajador intelectual y un sacerdote ejemplar, cuya labor enriqueció a la cultura y a la Iglesia argentina. El privilegio de haberlo conocido y tratado con frecuencia, así como su condición de antiguo colaborador de *Criterio* me mueven a dedicarle estas páginas de recuerdo y gratitud en esta revista.

El investigador

La búsqueda documental, la información completa y de primera mano, la descripción y la síntesis del pasado constituyeron en Guillermo Furlong una verdadera pasión intelectual. Pocos hombres entre nosotros llegaron a conocer un número tan elevado de fuentes y recorrieron con tanto celo, paciencia y provecho, los más importantes archivos y bibliotecas de Europa, de América y de nuestro país. La preparación intelectual recibida, los conocimientos idiomáticos y paleográficos y la claridad de sus objetivos le permitió ir reuniendo y sistematizando información coleccionada en fichas y en apuntes, que con el correr del tiempo llegaron a cifras considerables. De esta experiencia surgieron trabajos que tuvieron por tema inicial la historia argentina, y de modo particular la actividad de los jesuitas en el Río de la Plata. A medida que sus conocimientos fueron creciendo, publicó el resultado de sus investigaciones en obras que, en algunos casos, marcaron ya entonces un hito en esa disciplina. Tal, por ejemplo, la *Bibliografía del deán Funes* (1930), *Los jesuitas y la cultura rioplatense* (1933) o la *Cartografía jesuítica* (1936). Al mismo tiempo, con una actividad y facundia inusual, continuó trabajando y publicando

un sinnúmero de monografías eruditas, artículos de crítica bibliográfica y aun de divulgación que para 1938, fecha de su incorporación como académico, eran ya cuantiosas y de probada calidad.

La laboriosidad del padre Furlong se hizo así proverbial. Con el tiempo, algunos de sus apuntes y ficheros, que generosamente ponía a disposición de quienes lo necesitaran, fueron publicados y constituyen hoy algunas de las mejores guías y repertorios de nuestros archivos y bibliotecas, tales como *Bibliografía de la Revolución de Mayo, 1810-1828* (1960) o *Cartografía histórica argentina* (1964) y otras que ha dejado inéditas. Esta actividad, unida a su saber, sencillez y sobriedad, hicieron de él un hombre de consulta, cuyo consejo fue solicitado por historiadores avezados y por principiantes. Una memoria formidable, que en los últimos años empezaba a declinar, le permitía citar sin esfuerzo obras, títulos y párrafos completos de documentos en su lengua original. Se lo podía hallar frecuentemente leyendo en archivos y bibliotecas, o en su pieza del Colegio del Salvador, donde residió sin interrupción desde 1935 hasta su deceso. Una habitación antigua y gris, sin adornos ni confort, donde con sencillez espartana se hallaban su mesa de trabajo, sus ficheros, una pequeña biblioteca con las obras de consulta indispensables, su ropero y su cama. Sólo un crucifijo colgaba de la pared. La vieja máquina de escribir y el reloj completaban ese ajuar. Una gran lupa apoyada sobre la mesa ayudaba a su avanzada miopía en la lectura de documentos, mapas y libros.

Pudiera creerse que se trataba de un erudito caviloso y distante, atrapado por una visión del pasado, inocua y convencional. Todo lo contrario. La historia, y sobre todo la historia nacional, era para él una indagación fecunda sobre la índole de los argentinos y una reflexión constante y sabia sobre la naturaleza humana. No solía ser complaciente con la primera, ni se ilusionaba demasiado con la segunda. Su culto por la verdad sin disimulos, le llevó en más de una ocasión no sólo a corregirse a sí mismo, oralmente y por escrito, sino también a refutar y rectificar juicios equivocados. Incluso llegó en 1961 a plantear su renuncia a la Academia Nacional de la Historia cuando creyó que una decisión de este cuerpo podía limitar la libertad necesaria en la investigación. “En materia histórica —dijo entonces— ninguna persona ni institución, por sabia que sea, puede vanagloriarse de ser dueña de la verdad y, por ende, no puede atribuirse ninguna especie de infalibilidad. Si a algún historiador o grupo de historiadores algo les parece erróneo, su deber no es, en mi sentir, dar un pronunciamiento, sino refutar en forma objetiva y serena los argumentos de la obra incriminada.” Esta actitud le permitió siempre una gran libertad y autoridad, que afirmaba gozosamente, citando a Newman: “Jamás he pecado contra la luz”.

El escritor

Guillermo Furlong fue un escritor prolífico.

El repertorio de sus obras fue recogido en 1957 por Abel R. Goeghegan y en esa fecha el número de libros, artículos, traducciones, reseñas bibliográficas, prólogos y obras inéditas alcanzaba a la cifra sorprendente de 1.019 títulos. Con elegancia, Furlong tuvo ocasión de señalarle todavía algunos títulos omitidos y concluir con una advertencia

plena de sabiduría: “No lamente usted estas omisiones de su laborioso elenco, ya que las obras de erudición nacen bajo el signo de la limitación y están llamadas siempre a ser superadas”.

A esa nómina, es necesario agregar una crecida cantidad de obras que continuó trabajando y cuya *addenda* puede alcanzar fácilmente a otros 200 títulos más. No todos éstos fueron trabajos enteramente nuevos, pero su capacidad de labor, su madurez y su visión de síntesis le permitió entre los 73 y los 80 años agregar obras fundamentales como *Misiones y sus pueblos de guaraníes* (1962) y su *Historia social y cultural del Río de la Plata, 1535-1810* (1969), libros en que condensó una verdadera biblioteca de anteriores trabajos suyos.

Los temas de sus obras cubren un espectro mucho más amplio que el inicialmente supuesto. Predominan, desde luego, los temas históricos bibliográficos y de geografía histórica. En esa producción monumental se hallan libros de gran importancia, tales como la serie de la *Cultura colonial argentina* (1944- 1948), *Entre los indios* (1938-1943), su *Historia y bibliografía de las primeras imprentas* (1953-1958), su serie de los *Escritores coloniales rioplatenses* (1953-1973), o su *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata* (1952). La enumeración, aun englobada en colecciones, es imposible de ser anotada aquí.

Pero junto con estos libros, aparece también un importante sector de su producción donde se ocupó de literatura argentina, española e inglesa. Incluso entre sus inéditos se cuentan algunas traducciones y notas de Julio César, Paciano, Cicerón, Esopo, que hablan de su formación clásica. No menos importante es su producción dedicada a la historia de la Iglesia, o de los jesuitas en particular, o a temas de ascética y pastoral juvenil, hagiografía, sin que falten importantes biografías como las de Rómulo Ayerza (1958) o de Ernesto Padilla (1959-1960) o las nutridas historias de los Colegios del Salvador (1944) o de la Inmaculada (1962).

Es verdaderamente sorprendente hallar entre sus escritos inéditos un capítulo entero dedicado a “obras abandonadas o perdidas”, donde se anota con humor un manual de historia argentina “que hace quince años obra en poder de un caballero de Buenos Aires”, o un manual de literatura argentina cuyo “manuscrito fue prestado a un maestro que lo solicitó por unos días”. Junto a éstos aparecen otros que fueron regalados o entregados para su publicación sin que hayan llegado a cumplir ese destino.

Otra sección está destinada a obras terminadas, “en espera de editor” donde sorprende hallar un *Martin Fierro*, que por otra parte conocía maravillosamente bien, anotado histórica y lexicográficamente. Junto a él hay también un Nuevo Testamento en versión directa del griego, con introducción y notas, que llegó a componerse, pero que no alcanzó a publicarse por el conflicto que se suscitó en 1955 con la editorial Difusión. Furlong tuvo al menos el consuelo de ver un ejemplar completo hecho a base de las últimas pruebas de página, que se conserva hoy en el Colegio del Salvador. El hombre de cultura universal, el humanista, se imponían por encima de su trabajo bibliográfico e histórico y hacían de él un verdadero sabio.

Su temperamento apasionado lo llevó en ocasiones a extremar juicios y escribir con dureza sobre sus interlocutores, sobre todo en la década del 50 al 60. Pero sabía reconocer esos extremos, y en él prólogo de la última de sus grandes obras, publicada cuando frisaba los 80 años, escribió: “Confesamos contritos que en la introducción a nuestro extenso estudio referente al nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata, y en otras no pocas ocasiones hemos sido duros y ásperos con algunos autores, en los que además de ignorancia verdadera o fingida, hemos advertido apasionamiento y sectarismo. En esas ocasiones, la indignación ha hecho hervir la tinta de nuestra pluma.” Y concluía ratificando su inalterable divisa: “Además de habernos siempre propuesto exclusivamente la verdad, hemos sentido siempre la mayor indignación hacia la mentira formal, esto es, hacia aquella buscada y pretendida, y es tal vez Carlyle quien en los días de nuestra juventud sembró en nosotros ese horror, ya que desde 1912 nunca hemos abandonado su doctrina y su orden: “Una mentira no puede durar siempre. Allí donde la encuentres, ahógala. La mentira no existe sino para ser aplastada.”

La preparación de sus conferencias, sus artículos y sus libros lo absorbía. Solía escribir en cuartillas siempre iguales, de formato apaisado con 15 o 17 líneas y con frecuentes correcciones manuscritas, hechas con una letra menuda y nerviosa. Los originales concluidos iban a parar a uno o varios cajones donde esperaban el momento de ser entregados a la imprenta. Solía trabajar en varias obras a la vez, y descansaba, según su expresión, variando de tema, pero sin permanecer jamás ocioso. Gran parte de sus obras fue objeto de conferencias, clases e informes, que siempre llevaba escritos. Si alguna vez se hallaba imposibilitado para leer, como le aconteció varias veces, era en esas ocasiones un orador brillante, que sabía dominar al auditorio y deleitarlo con su amenidad y sus conocimientos.

Es muy posible que buena parte de su labor edita se olvide con el tiempo. Pero no hay duda que dejó escrita una verdadera biblioteca que perdurará y que constituye un aporte concluyente a la cultura colonial argentina, que conoció tal vez como ninguno. Es al mismo tiempo un testimonio al servicio de la verdad que se propuso rescatar y un ejemplo de labor fecunda e incansable.

El sacerdote, el maestro y el hombre

Pero todo lo dicho necesita ser comparado con su calidad de sacerdote, de maestro y de hombre cabal. Lo más sorprendente es comprobar que en este caso Guillermo Furlong poseyó y cultivó un admirable equilibrio entre el erudito investigador y su ardiente vocación de maestro y sacerdote.

Sus tareas lo muestran precisamente en esa dimensión, que no fue ocasional ni esporádica, sino que ocupó una gran parte de su vida y que desempeñó con el celo y la eficacia de un apóstol convencido. Durante muchos años fue asesor de la Asociación Cristiana de Jóvenes, capellán honorario del Hospital Británico, asesor de la ACA y de otras múltiples asociaciones de piedad y servicio. De todas ellas, quizá convenga recordar que hasta su jubilación, dictó en el Colegio del Salvador sus clases de inglés y literatura y que allí atendía la dirección espiritual de los jóvenes. En uno de sus raros

testimonios autobiográficos, dijo alguna vez: “El hallarme en contacto con una juvenil y vigorosa vida humana abrió nuevos horizontes en mi vida. Mis clases no eran, tal vez, muy ordenadas, ni en ellas lucía la disciplina y armonía de que algunos gustan, pero nunca me fueron desagradables y estoy seguro de que mis alumnos no se aburrían jamás en ellas. No era mi principal preocupación la asignatura que enseñaba en sí misma, aunque estaba en la convicción de que uno de los mejores medios para tener autoridad... era dominar lo que enseñaba. Pero consideraba esa enseñanza como un simple medio para otra enseñanza superior y trascendental: la formación del carácter, del alma”. Esa relación estrecha con la juventud, sobre la que influía con su ejemplo y su saber, le significó una labor intensa como consejero y como guía. Tal vez sea en la dirección de ejercicios espirituales, cuyas tandas continuó dictando hasta en la ancianidad, donde mejor brillaba su espíritu y su ardor cristiano. En esas ocasiones, sus charlas se enriquecían con ejemplos, anécdotas y consejos que, sin perder el hilo conductor de las reflexiones, removían obstáculos, abrían conciencias y disponían el alma para la reconciliación. La tremenda seriedad que ponía para con las cosas divinas no le impedía desplegar, de tanto en tanto, su buen humor y jovialidad ante un auditorio que lo seguía atentamente en la penumbra del salón de la Villa San Ignacio.

Fue siempre un hombre ocupado y cargado de trabajo. No obstante, nunca perdía de vista al hombre, por enfrascado que se hallara en sus papeles. Jamás dejó de contestar una carta y en ella figuraba tanto la respuesta concisa como la preocupación amistosa por el interlocutor. Todos sus visitantes, numerosos y a veces inoportunos, eran recibidos y atendidos en su habitación con igual solicitud. Cuando el asunto había concluido y la conversación se demoraba sin objeto, no vacilaba en ponerse de pie, con su rostro sonrosado, y acompañaba a su visitante hasta la puerta, despidiéndolo con un cortés *good by*, para volver a sumergirse nuevamente en sus escritos.

Dotado de una gran sencillez, solía visitar a sus amigos enfermos. Solo, pese a su ancianidad y su miopía, viajaba en ómnibus o en subte y se llegaba así hasta el amigo o exalumno necesitado y lo confortaba con ejemplar caridad. Su solidaridad personal o epistolar, fue en este sentido de incontables proyecciones. Su sacerdocio, entendido como un servicio a la causa de la Iglesia y una entrega a los demás, lo vivió con una fe profunda y firme. Sus recuerdos autobiográficos fueron siempre sobrios, y sólo una que otra vez dejó entrever su vida interior, como cuando recordó en páginas conmovedoras su ordenación sacerdotal: “No tengo la capacidad ni la voluntad de detallar aquellas escenas de mi vida. Son además demasiado íntimas y sagradas”. La experiencia de la fe es siempre inexpresable. Pero el testimonio de una vida de fe, en cambio, es una muestra elocuente de la santidad.

El Padre Guillermo Furlong, historiador y sacerdote, fue una figura relevante de la Iglesia y de la cultura argentina. Poseyó calidad intelectual sobresaliente y vivió con santidad. Ambas condiciones lo muestran como un ejemplo enriquecedor para los argentinos, más allá de su actividad profesional, ya que su obra fue el fruto del trabajo, la fe, la entrega a los demás y el culto insobornable de la verdad. Su vida testimonió de un modo elocuente la robustez de esas virtudes que supieron elevarlo a un plano superior y que hicieron de

él un sabio y un santo, de que se enorgullece hoy esta Argentina que él tanto amó y sirvió.

13 de junio de 1985, N° 1945, 270-273 pp.

Antonio Ruiz de Montoya, apóstol de los guaraníes (1582-1652)

La evangelización de los guaraníes constituyó en la América meridional una de las empresas de mayor aliento que haya llevado a cabo la Iglesia en el recién constituido imperio español en las Indias. Esa tarea fue desempeñada por los misioneros jesuitas, a quienes les cupo una tarea fundacional que dio las bases de una de los más originales intentos de constituir una cristiandad americana modelo, capaz de vivir de acuerdo con los principios de su fe y en armonía con el resto de la sociedad colonial. Dentro de ese proyecto, que se fue elaborando gradualmente y cuya definición no parece lograda hasta la segunda mitad del siglo XVII, la figura de Antonio Ruiz de Montoya adquiere una dimensión propia, ya que su acción pastoral, su obra cultural y la defensa que hizo de los neófitos guaraníes entre 1613 y 1652, le otorgan las dimensiones de un verdadero apóstol de esos indios, en similar perspectiva al recuerdo que la Iglesia guarda por los grandes evangelizadores de los pueblos germanos y eslavos en la temprana edad media.

Es verdad que la obra de Montoya tuvo precursores insignes entre los franciscanos, como fray Luis de Bolaños (1550-1632) y fray Alonso de San Buenaventura (m. 1594) y entre los mismos jesuitas, como Diego de Torres (1551-1638), José Cataldini (1571-1653), Simón Masceta (1577-1658), Marciel de Lorenzana (1565-1632) y otros. Pero es en Montoya donde se percibe, tal vez con mayor claridad la conjunción de ese esfuerzo misional. Inteligencia despejada, celo ardiente por la difusión de la fe, amor y comprensión por el indio; valorización de su cultura a través del conocimiento y divulgación de su lengua; animador y conductor de la emigración del Guayrá y defensor de sus derechos ante la corte de Madrid, la Audiencia de Charcas y el virrey de Lima, la magnitud de su obra se impone hoy con caracteres tales que le otorgan una dimensión sobresaliente.

La oportunidad de recordarse en estos días el IV^o centenario de su nacimiento es una ocasión más que afortunada para recordar nuevamente a este gran americano, que vivió con integridad su fe cristiana y que no tuvo en su vida otro objetivo más alto que entregar la buena nueva de Jesucristo a sus hermanos guaraníes.

Misionero y superior de las reducciones del Guayrá

Cuando Antonio Ruiz de Montoya fue destinado a misionar entre los guaraníes tenía 27 años. Había nacido en Lima el 13 de junio de 1585 y era hijo natural de un caballero sevillano y de una mujer peruana. Quedó huérfano tempranamente, pero pudo realizar sus primeros estudios, que dejó sin terminar. Entre los 16 y los 21 años llevó una vida turbulenta, que abandonó luego de una profunda conversión interior, para ingresar al noviciado de la Compañía de Jesús en 1606. Al poco tiempo, tuvo la fortuna de ser incluido como apetecía, en el contingente de misioneros que el padre Diego de Torres reclutaba en el Perú para la recientemente creada provincia jesuítica del Paraguay. Continuó sus estudios en Córdoba en 1608 y fue ordenado sacerdote por el obispo Trejo

en 1611, en Santiago del Estero. Al año siguiente, ya se hallaba entre los guaraníes, en las misiones del Guayrá.²⁰

En aquella fecha y durante el provincialato del padre Diego de Torres (1607-1615), los jesuitas habían iniciado con singular empuje la evangelización y reducción de los guaraníes al sudeste del Tebicuarí (provincia del Paraná en la nomenclatura de la época) y en la confluencia del Paraná y Paranapanema (Guayrá). Esta política misional, que contó con el apoyo del gobernador Hernandarias y del visitador Francisco de Alfaro, se extendió más tarde a otras regiones, a las cuales no había llegado la conquista española a lo largo del Río Paraná, y en las riberas del Uruguay, y más tarde, el actual estado de Río Grande do Sul (Tape). En uno y otro ámbito se fundaron entre 1615 y 1630 más de 15 reducciones. Dos criollos, uno peruano y otro paraguayo, como Montoya y Roque González de Santa Cruz (1576-1628) fueron los líderes principales de esta expansión misionera.

Cuando Montoya llegó al Guayrá, todo el sistema reduccional se hallaba en sus inicios. Los pueblos de San Ignacio de Itumbuzú y Loreto del Pirapó estaban atendidos por dos jesuitas italianos, Simón Masceta y José Cataldini, a quienes Montoya halló "pobrísimos, pero ricos de contento. Los remiendos de sus vestidos no daban distinción a la materia principal, tenían zapatos remendados con pedazos de paño que cortaban de la orilla de sus sotanas... La choza, las alhajas y el sustento decían muy bien con los de los anacoretas" Y luego resume lo que fue su propia vida en los años iniciales del Guayrá: "pan, vino y sal no se gustó por muchos años; carne, alguna vez la veíamos de caza, que bien de tarde en tarde nos traían algún pedazuelo de limosna; el principal sustento eran patatas, plátanos, raíces de mandioca... Obligó la necesidad a sembrar por nuestras manos el trigo necesario para ostias. Durónos media arroba de vino (6 litros), casi cinco años, tomando de él lo preciso para consagrar, y por no ser cargosos a los indios teníamos nuestro huertecillo de las raíces comunes y legumbres con que sustentarnos".²¹

Ciertamente, eran tiempos heroicos que requerían de mucha fortaleza. Alguno de los primeros misioneros, como Martín de Urtasun, murió virtualmente de hambre en 1614; otro como Juan Vaisseau enfermó y falleció en 1623 y alguno como Antonio de Moranta debió regresar a Asunción. Había que construir iglesia, sufrir la desconfianza de los caciques y el odio de los hechiceros; organizar la escuela de primeras letras y de música, cuidar de los apestados de viruela y afirmar en definitiva la presencia de los misioneros hasta que la fe arraigara en los neófitos y permitiera la paulatina transformación de las costumbres y el abandono de la poligamia y el canibalismo. A estas penurias se añadía

²⁰ La más antigua biografía es la de Francisco Jarque, *Vida de V.P. Antonio Ruiz de Montoya*, Zaragoza, 1662 (2º ed. Madrid, 1900, en 4 volúmenes). Además de las referencias que brindan en sus obras Nicolás del Techo (1673), Pedro Lozano (1754-1755), las biografías más recientes son las de Blanco Villalta, *Montoya, apóstol de los guaraníes*, Bs. As., 1954; Guillermo Furlong, *Antonio Ruiz de Montoya y su carta a Comental (1645)*, Bs. As., 1964; y recientemente, Hugo Storni SJ, *Antonio Ruiz de Montoya (1585-1652)* en *Archivum Historicum Societatis Iesu*, vol. LIII (Roma, 1984) pp. 425-442, con un completo catálogo de sus escritos y de la bibliografía correspondiente.

²¹ Antonio Ruiz de Montoya, *La conquista espiritual*. Madrid, 1639. F.12.

la inquina de los vecinos de Villa Rica y Ciudad Real, que vieron en los padres jesuitas censores celosos de sus costumbres y opositores al bárbaro trato que daban al indio en la recolección de la yerba”.²²

Montoya se desempeñó como misionero en esa región entre 1612 y 1622. Luego fue designado Superior de las misiones del Guayrá entre 1622 y 1634, y finalmente, Superior de todas las reducciones desde 1637 a 1638. Para ese tiempo, los juicios que mereció de sus provinciales lo describían como “varón perfecto, de mucha oración; en la conversión de la gentilidad acomete muchos trabajos con riesgo de la vida; de muy buen gobierno, fue pecado quitarle los estudios, porque pudiera ser provincial; imita los pasos de nuestro San Francisco Xavier en ánimo, trabajo y discreción”.²³

Tal vez el testimonio más elocuente que se conserva de su vida misionera sea la carta del 2 de julio de 1628, en la cual informa acerca del estado de las misiones del Guayrá, que en ese momento sumaban ocho pueblos, así como también de las tensiones existentes con los encomenderos españoles y las violentas “malocas” que los bandeirantes portugueses y los indios tupíes comenzaban a dirigir sobre los poblados guaraníes.²⁴

Como consecuencia de los ataques y cautiverio masivo de los indios por los portugueses, y de la negligencia de los vecinos españoles para evitar esas depredaciones e incendios de pueblos, Montoya, a fines de 1631, tomó la decisión de evacuar el Guayrá y emigrar hacia el sur con todos los indios de Loreto y San Ignacio. Buscaba con ello tierras más seguras para recomenzar las reducciones. El sitio elegido, después de una penosa retirada, fue la actual provincia argentina de Misiones, donde se repoblaron con igual nombre los pueblos evacuados. Más de 10.000 guaraníes de distinto sexo y edad salieron del Guayrá en balsas, canoas y a pie, guiados por Montoya, quien debió superar todo tipo de dificultades para conducirlos a destino. Y además de ello, con la oposición armada de los vecinos de Villa Rica, los reproches y pleitos de los encomenderos y la tarea ímproba de reiniciar desde la base la edificación de los nuevos pueblos.

Procuración en España y la edición de sus libros

En los años siguientes, se repitieron las entradas de los bandeirantes sobre el Itatin en 1632, y sobre las reducciones del Tape en 1636. Esta situación hizo ver a la

²² Las observaciones al sistema de encomiendas y la negativa de los jesuitas a absolver a los incursos en abusos con los indios, constituyen uno de los motivos de la inicial tirantez con los encomenderos. Cfr. Magnus Mórner, *Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de la Plata*. Bs. As., Paidós, 1968, p. 23. Los jesuitas habían tomado medidas en ese sentido en 1601, 1608 en Chile y en 1609 en Santiago del Estero.

²³ Hugo Storni, *ob. cit.* p. 426. La alusión a quitarle los estudios parece indicar que Montoya no hizo la tercera probación o segundo noviciado en la forma habitual, sino que cumplió esa etapa como misionero en Loreto del Guayrá pronunciando sus votos allí el 2 de febrero de 1620. Cfr. Guillermo Furlong *ob. cit.* pp. 11-12.

²⁴ Este es el único texto completo de una Carta anua que se conserva de Montoya como Superior del Guayrá. Fue publicada por Jaime Cortezao en *Manuscritos da Colecao De Angelis. I. Jesuitas e bandeirantes no Guayrá (1594-1640)*. Río de Janeiro, Biblioteca Nacional, 1951, pp. 259-293.

congregación de la provincia jesuítica, reunida en Córdoba en 1637, la necesidad de arbitrar recursos para defender las misiones y obtener en Roma y en Madrid la condena de esos hechos así como la adecuada protección de los indios. Para este cometido se eligieron a los padres Francisco Díaz Taño (1593-1677) y Antonio Ruiz de Montoya como procuradores ante ambas cortes.²⁵

Montoya emprendió su viaje desde Buenos Aires el 15 de octubre de 1637 y se presentó en Madrid el 22 de setiembre de 1638, permaneciendo allí y en otras ciudades españolas hasta 1643 en que emprendió el regreso. Durante esa larga estancia, que tuvo dos momentos políticos diferentes, marcados por el alzamiento portugués de 1640, Montoya no tuvo momento de reposo. Por una parte lo absorbió la gestión oficial, la presentación de los memoriales y las entrevistas con los personajes de la corte. Por otra, la edición una serie de obras fundamentales para la catequesis de los guaraníes.

La tarea de presentar el problema de las misiones y las implicancias que ello poseía con Portugal, así como a interesar a los consejeros y obtener la solución del caso demandó tiempo, largas gestiones, paciencia y persuasión, así como la ayuda de valimientos adecuados. Tuvo oportunidad de entrevistar a Felipe IV, quien se interesó vivamente por el problema, y como consecuencia de ello, el Consejo de Indias estudió el problema de las invasiones paulistas y propuso al rey en 1639 un conjunto de medidas e instrucciones para las autoridades locales respecto de las bandeiras y la protección debida a los indios.

Otras disposiciones reales para el ámbito del Brasil, tales como el castigo de los responsables y el retorno de los indios cautivados, se frustró a último momento al producirse el 1 de diciembre de 1640 el que puso término al reinado de Felipe IV en Portugal y que enfrentó por largos años a las dos naciones. Este hecho obligó a Montoya a permanecer más tiempo en España y reorientar las gestiones que tenía a su cargo en beneficio de las misiones guaraníes. Pero si bien ese fue el aspecto más importante y urgente de su cometido, otros afanes como la edición de sus libros ocuparon también su tiempo.

El conjunto de las obras que llevaba en su equipaje en su a nutrido y de considerable interés. Al margen de la *Conquista espiritual*, que redactó en España por motivos circunstanciales, el bagaje se componía de un grupo de libros de carácter lingüístico que el mismo describe así: "Tres cuerpos ofrezco impresos. El primero es un *Arte y vocabulario* de un tomo. El segundo intitulé Tesoro (de la lengua guaraní) porque procuré vestirle con algo de su riqueza, que mi corto caudal ha podido sacar de su mineral rico). El tercero es un Catecismo, que será de alguna ayuda a los que tienen obligación de

²⁵ El padre Díaz Taño tenía también experiencia misionera entre los guaraníes del Tape. Su gestión en Roma le permitió obtener del Papa Urbano VIII la bula *Commisum Nobis*, el 22.4.1639, que confirmaba y ampliaba las anteriores declaraciones de Paulo III en 1537, Pío V en 1568 y de Clemente VIII. Cir. Lewis Hanke, *La lucha por la justicia en la conquista de América*. Bs.As., 1949, pp.103-121.

enseñar hallarán materia para las ordinarias doctrinas; y si la vida diere lugar ofrezco los sermones de las domínicas del año y fiestas de los indios.”²⁶

Este grupo de obras estaba elaborado en gran le mucho tiempo atrás. En la carta anua de 1616 e dice que “El padre Antonio ha hecho un arte y vocabulario en la lengua guaraní y según me escriben los padres –dice el provincial Pedro de Oñate- parece que Nuestro Señor le ha comunicado don de lenguas, según es la facilidad, brevedad y excelencia con que habla”.²⁷

La Congregación general de 1620 dio su aprobación para que se imprimiera, pedido que se reiteró en 1625 y 1630.²⁸ Tal como sus títulos lo indican, el *Tesoro de la lengua guaraní* (1639), el *Arte y vocabulario* (1640), y el *Catecismo* (1640) constituyen un compendio de aquel idioma, y eran por su naturaleza, la llave para la comunicación adecuada de la fe cristiana a ese pueblo. No debe creerse que se tratara de obras breves: eran volúmenes de 408, 234 y 336 páginas respectivamente, que requirieron de su autor una atención muy especial de las peculiaridades ortográficas y fonéticas de dicha lengua, así como un cuidadoso control de su factura tipográfica.

Estos libros, no solo aprobados sino elogiados por los censores eclesiásticos en 1637 y 1639, son quizá el fruto más decantado de la labor de Montoya entre los guaraníes. De ellos aprendió su lengua y con ella toda la riqueza de su cultura, codificada en las páginas del *Tesoro*, sistematizada en la gramática y expuesta literariamente en el *Catecismo* editados entre 1639 y 1640, esos libros son hoy una verdadera joya de la cultura guaraní y la obra acabada de su más calificado interlocutor. Tuvo la desventura que una buena parte de la edición se perdiera en Lisboa después del alzamiento, razón por la cual se convirtieron hoy en una rareza bibliográfica.²⁹

Cronista y abogado de las Misiones

Otra obra importante que Montoya redactó e imprimió en Madrid fue la *Conquista Espiritual* hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape (1639). Es esta una crónica, con mucho de alegato, que buscaba exponer la labor realizada por los misioneros entre los guaraníes, y sobre

²⁶ Prefacio “A los padres etc...” del *Tesoro de la lengua guaraní* Madrid, 1639; en el Museo Mitre de Buenos Aires se conservan ejemplares de estas obras en su edición original.

²⁷ Guillermo Furlong, ob.cit... pp.129-130. Jaime Corteção en *Manuscritos sic*.

²⁸ Carlos Leonhardt, *Cartas Anuas de la provincia jesuítica del Paraguay, de la Compañía de Jesús*. Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1929. 197 (Colección de documentos para la historia argentina. vol. XX).

²⁹ Montoya, en su carta al P. Pedro Comental, fechada en Lima el 16-XII-1645, le refiere que «los libros de la lengua... fue ventura haber dejado en Madrid la mitad de 2400 cuerpos que imprimí, porque la otra mitad con todo, cuanto tenía, lo envié a Lisboa, donde queda todo sin haber podido sacarlo...» en Guillermo Furlong, ob. cit. p.158. Juicios sobre su labor lingüística en Bartolomé Mitre, *Obras completas, Catálogo razonado de la sección de lenguas americanas*, Bs. As., 1968, vol. XIV, pp. 470-492, entre los clásicos y recientemente, en los trabajos de Bartómeu Melia, *Fuentes documentales para el estudio de la lengua guaraní de los siglos X VII y X VIII*, en *Suplemento de antropología* de la Universidad Católica de N. Sra. de Asunción vol. 5 (Asunción, 1970) pp. 113-161.

todo, poner de manifiesto la gravedad de los abusos cometidos contra ellos por los bandeirantes.

A esta crónica se le ha reprochado tono hagiográfico, falta de orden en la exposición, e incluso la improvisación con que fue escrita. En cierta medida, ello es verdad. Montoya redactó una primera versión de la *Conquista espiritual* durante el viaje, y luego la retocó a instancias de otros padres en Madrid, ganados por el interés del tema. Es también verdad que buena parte del libro posee una estructura más parecida a una Carta Anua que a una crónica. Pero su calidad de testigo y protagonista de los sucesos narrados y su conocimiento directo de los guaraníes, suple la falta de documentos escritos, al tiempo que la vivacidad de sus páginas compensa con creces la monótona relación que trae de casos edificantes, en beneficio de su contenido etnográfico y vivencial.

Esta obra, a diferencia de sus libros lingüísticos, forma parte de su labor de procurador y abogado de las Misiones y sus indios. Esa tarea, que tanto le mortificó en Madrid, debió ser reanudada a su regreso. Montoya no volvió a las reducciones, sino que fue destinado a Lima, capital del virreinato en cuya jurisdicción se hallaban las provincias rioplatenses. Si bien no se conocen las razones que llevaron a sus superiores a darle ese destino, es posible conjeturar que su experiencia debía ser aprovechada en un centro de decisión como Lima, y ahorrarle con ello las fatigas de la vida misionera. El regreso a su ciudad natal le brindaría además el sosiego necesario para un hombre que ya se acercaba a la ancianidad (Montoya alcanzaba los 60 años en 1645) y evitarle nuevas amarguras con los vecinos del Paraguay, a quienes retrató duramente en sus memoriales y libros.

Esta etapa limeña de la vida de Montoya, que abarca desde 1644 hasta su fallecimiento en 1652, es la menos conocida de su biografía. Consta que escribió ocuparse de reclamar ante el virrey en 1644 y 1646 las armas de fuego para que los guaraníes pudieran defenderse con eficacia de sus atacantes, tal como lo autorizaba una real cédula del 21 de mayo de 1640; de igual modo insistió en 1647 para que, conforme a las disposiciones reales se declarara a los guaraníes exentos de servicios personales, de acuerdo a las prerrogativas conferidas a quienes defendían las fronteras del virreinato, y que se los visitara y empadronara, para así pagar el tributo correspondiente a vasallos del rey. Y todavía en 1652, tenía a su cargo informar sobre aspectos del enojoso pleito entre el ex obispo de Asunción, Bernardino de Cárdenas y los jesuitas de esa provincia.³⁰

No parece sin embargo, que aquella ciudad y su mundo conformasen el espíritu de Montoya. Aunque poseía allí parientes y era apreciado por muchos, sentía aquel destino como un destierro: “Con vergüenza acudo a palacio y tribunales, aunque hallo en todos demasía en los agasajos y favores; todos me hacen muchas honras; pero como no las he menester, ni las apetezco, me enfadan”.³¹

³⁰ Pablo Hernández, *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús*. Barcelona, 1913, tomo I, pp. 526-528 y 531-532, y Hugo Storni, *ob. cit.* pp. 435-436.

³¹ Francisco Jarque, *ob. cit.* vol. IV, p. 141.

En verdad, su pensamiento y sus afectos estaban lejos, en las Misiones. En 1645 alude a su condición de desterrado y envía saludos cariñosos a varios guaraníes que menciona por sus nombres. Ese mismo año, escribe en otra carta: “Tenemos dos mártires nuevos: el P. Pedro Romero, mi connovicio, mi condiscípulo y mi deudo cercano. Dióle Dios lo que a mí me ha negado tantas veces por mi indignidad. Matáronle en los Itatines, conquista nueva que empecé antes de ir a España”. Y agrega: “Las demás reducciones perseveran con muchos aumentos, así me lo escriben, y aunque desean mucho verme por allá, deseo yo más verlos y morir entre ellos, porque deseo que mis huesos resuciten en medio de los suyos”.³²

Durante esos últimos años de su vida, fatigado y con la nostalgia de Misiones, Montoya halló consuelo en la oración y la meditación. Redactó una obra de mística, y también memorias y confidencias espirituales que recogieron en parte el P. Francisco del Castillo y su biógrafo Francisco Jarque, ya que los textos originales parecen haberse perdido.³³

Su vida se apagó en Lima, el 11 de abril de 1652, en fama de santidad. Sus restos fueron reclamados desde las Misiones, y un contingente de indios fue a buscarlos a Potosí, para desde allí conducirlos a la reducción de Loreto, donde quedaron enterrados. Con este gesto póstumo se cumplía el deseo de quedar para siempre entre sus hermanos de religión en las Misiones, y sobre todo, entre sus indios, a quienes amó entrañablemente, con el fervor y la entereza de un apóstol.

El IV^o centenario de su natalicio, que se conmemora este año, obliga a nuestro reconocimiento hacia este insigne americano, y su obra civilizadora en nuestra patria. Su labor lingüística e histórica es un testimonio indeleble de su talento y del esfuerzo realizado para llevar el mensaje evangélico con integridad, y sobre todo, con respeto por la cultura aborígen que lo recibía.

³² Jaime Corteção, en *Manuscritos da Coleção de Angelis*, II, *Jesuítas e bandeirantes no Itatim (1596-1760)*, Río de Janeiro, Biblioteca Nacional, 1952, p. 69, da el texto de la carta al hermano Diego de Chávez, fechada en Lima el 17-XI-1645. La carta anterior es la ya citada al P. Comental (nota 10). El P. Pedro Romero (1585-1645) se ordenó con Montoya en Santiago del Estero y fue un notable y animoso misionero de los guaraníes, de cuyas reducciones fue superior entre 1631-1636.

³³ Su título era *Sílex del divino amor...* manuscrito de más de 200 páginas; su descripción en Guillermo Furlong, ob. cit. pp. 142-149. Las referencias de sus interlocutores, en Rubén Vargas Ugarte, *Un místico del siglo XVII, Autobiografía del V.P. Francisco del Castillo* Lima, 1960, y Francisco Jarque, ob. cit. vol. IV, pp. 157-168.

26 de noviembre de 1987, N° 1998, 660-664 pp.

Evangelización y lengua aborígen en Alonso de Barzana (1530-1592)

Uno de los primeros problemas que afrontó la Iglesia en América fue la dificultad idiomática para difundir el evangelio y la práctica sacramental entre las naciones aborígenes. El obstáculo principal consistía en la diversidad de lenguas existentes entre los indios, que impedía una comunicación general y fluida entre los pueblos y sus misioneros.

No sólo hubo que familiarizarse con las lenguas nativas, sino también preparar gramáticas y recoger vocabularios, para fijarlos, aprenderlos y enseñarlos. Con estos elementos se redactaron los primeros catecismos, oraciones y sermonarios, para transmitir a los pueblos americanos sus contenidos en sus propias lenguas.

Desde el principio, la Iglesia vio con claridad este problema y procuró resolverlo, tal como la experiencia histórica se lo había aconsejado en otros tiempos con los germanos y los eslavos, entre otros. Un rico y variado conjunto de escritos pastorales, iniciado en las Antillas y continuado en México que pasó de la catequesis pictográfica a la predicación en lengua vernácula, da testimonio de ese esfuerzo.³⁴ A su vez, los concilios arquidiocesanos de Lima (1551-1601) y de México (1555-1585), así como los numerosos sínodos diocesanos (más de 30, 1539 y 1620), procuraron crear y aplicar normas pastorales claras para los misioneros y ordenaron además la obligación de aprender las lenguas de mayor difusión en América. En el ámbito de nuestro país, ello ocurrió con los sínodos del Tucumán (1597) y de Asunción (1603).

Pero aún antes que esa labor se hiciera sistemática, el trabajo de algunos misioneros había abierto rumbos con iniciativas personales de gran valor. Un hombre ejemplar por sus virtudes y especialmente dotado para el conocimiento de las lenguas aborígenes, se destacó pronto en el Alto Perú y luego en el Chaco. Ese hombre, que se refería a los aborígenes como "mis señores los indios", a quienes trataba con afecto no exento de ternura, cumplió en esa etapa de tanteos y ensayos, una labor precursora e importante. Alonso de Barzana fue, para esas naciones, un misionero cautivado por su tarea y un gran compilador del patrimonio lingüístico de la región chaqueña. Por esa labor, pastoral y cultural, merece ser llamado el primer apóstol del Chaco, así como Montoya lo fue de los guaraníes y Anchieta de los tupíes del Brasil. Los tres hicieron de las lenguas aborígenes, que compilaron y conocieron como pocos, el principal instrumento evangelizador y la vía apropiada para entrar en la cultura y el alma de sus pueblos.³⁵

³⁴ Este material aun insuficientemente conocido, ha ido estudiado últimamente, por Juan Guillermo Durán, en su magna obra *Cathequetica Hispanoamericana*, Bs. As. UCA, 1984.

³⁵ Antonio Ruiz de Montoya (1585-1652) publicó su *Arte y vocabulario de la lengua guaraní*, el *Tesoro de la lengua guaraní* y el *Catecismo*, en la misma lengua, todos en 1639-40; José de Anchieta (1534-1597), *Arte da gramatica la lingua mais usada na costa do Brasil* (1595) y *Doutrina Cistá e misterios da fe dispostos a modo de dialogo em beneficio dos indios catecúmenos* (1618).

La vida de Barzana

La vida de Alonso de Barzana transcurrió entre 1530 y 1597. No posee relieves excepcionales, si se atiende a lo que era la trayectoria habitual de un sacerdote misionero en la América del siglo XVI. Pero su correspondencia, sus obras y el juicio elogioso de sus contemporáneos habla de una vida interior y una sensibilidad manifiesta para con los indios.

Su biografía puede ser dividida en tres etapas. La primera abarca desde su nacimiento en Cuenca y se extiende hasta 1568, cuando es enviado a las misiones del Perú. Alguno de sus biógrafos señala que posiblemente tuvo ascendientes judíos.³⁶ Durante su juventud se inclinó a diversiones y frivolidades: era elegante, buen mozo y simpático. Pero bruscamente, a los 18 años, cambió su actitud frente a la vida y se entregó a los estudios eclesiásticos: latinidad, filosofía y teología. Al mismo tiempo, su conducta se hizo austera y piadosa. A los 25 años fue ordenado sacerdote. Aunque tenía buena disposición intelectual, su aplicación casi completa a la tarea pastoral le impidió proseguir estudios más amplios.

Su labor y su conducta fueron ejemplares; predicaba con elocuencia, manifestándose siempre afectuoso y sencillo. En 1565 y a fin de perfeccionar su estado, ingresó en Sevilla en la Compañía de Jesús. Su propósito eran las misiones de Oriente, la China o Jerusalem. Un pedido del virrey del Perú en demanda de misioneros, determinó que sus superiores lo destinaran al Colegio de Lima, recientemente creado.

Ya en América, y más recientemente en el Alto Perú, transcurre otra etapa de su vida, entre 1569 y 1585. Tan preocupado iba Barzana por la catequesis de los indios, que durante el viaje por mar estudió el quechua. Y una vez en el virreinato, se entregó por entero a las misiones aborígenes. No parece que sus superiores hayan hecho gran aprecio de sus méritos, porque en 1572, aunque advierten que es muy buen teólogo y que no está totalmente amoldado a las reglas de la Compañía “no sirve más que para predicar y confesar”, Eso sí: agregan que “sabe muy bien la lengua de los indios”.³⁷

Cuando la Compañía de Jesús tomó a su cargo las doctrinas de indios en Julio en 1577-1578, junto al lago Titicaca Barzana fue destinado a esa tarea. Esa experiencia misional en Juli sirvió luego a los jesuitas para aplicar sus principios de organización en las reducciones de los guaraníes, en el siglo XVII.

Su conocimiento lingüístico le valió a Barzana ser designado por el III^o Concilio de Lima, en 1583, traductor de los textos redactados por el P. José de Acosta, a las lenguas quechua y aymará, labor en la que colaboraron también otros sacerdotes. La tercera y

³⁶ De modo particular Guillermo Furlong SJ, *Alonso Barzana SJ y su carta a Juan Sebastián* (1594). Bs. As., Theoria, 1968, pp. 21 y 57.

³⁷ Antonio de Egaña. *Monumenta Peruana*. Roma, IHSI, 1954, 1, p. 514. Sin duda la calificación aludía a su falta de condiciones para el gobierno. Ciertamente, no desempeñó Barzana funciones de superior en ninguna de las misiones en que le tocó actuar.

última etapa de su vida se desarrolló en nuestro país. Luego de haber trabajado en el Cuzco y Potosí con los pueblos del altiplano, así como en Juli y en Lima, Barzana fue enviado al Tucumán. El obispo Vitoria en 1585 había pedido el apoyo de los jesuitas para su diócesis y hacia allí fue enviado Barzana junto con el P. Angulo y el hermano Villegas.

Desde Jujuy viajó a Santiago del Estero y desde allí se encargó de misionar a los sanavirones, los calchaquíes de las sierras subandinas, a los mataraes y guaycurúes de Esteco y de Concepción del Bermejo, para después pasar al Paraguay en 1594.

En Asunción aprovecharon sus servicios para enseñar gramática y aún tuvo energías y humor para componer un drama representado, a lo que era muy afecto. En 1596 quedó paralítico, y en silla de manos. Para su retiro definitivo se le destinó el Colegio del Cuzco, al que llegó luego de un largo y sin duda penoso viaje. Murió al poco tiempo, en olor de santidad y venerado como un apóstol. La VI Congregación de la Compañía, en 1637, inició las informaciones necesarias para pedir su beatificación, junto con otros varones ejemplares de su tiempo.³⁸

Barzana, compilador de las lenguas indígenas

La labor de Barzana en el ámbito lingüístico americano ha sido muy vasta. Sin embargo, hoy apenas se conservan testimonios de sus escritos en ese tema.

Llegó al Perú, como queda dicho, conociendo los elementos del quechua; los perfeccionó en el Cuzco y fue el primero en enseñar esta lengua en el Colegio de la Compañía en Lima, en 1574. Esos conocimientos le valieron para que, en 1576, se le encomendara la redacción de dos catecismos, en lengua quechua y aymará. Uno de ellos, breve, para ser aprendido de memoria, y otro mayor y más extenso, para uso de quienes enseñaban la doctrina. Se le encargó también concluir un arte y vocabulario en ambas lenguas.

Esos trabajos se concluyeron, pero no llegaron a editarse. Seguramente fueron tenidos en cuenta en 1583, cuando el III^o Concilio de Lima hizo redactar y editar su *Doctrina cristiana y catecismo* (1584), el *Arte y vocabulario* (1586) y el *Confesonario* (1585), todos ellos en Lima.³⁹

Pero Barzana, más que a enseñar se dedicó a aprender y predicar incansablemente en las lenguas que fue conociendo, desde el Titicaca hasta el Chaco. En 1591, desde el pueblo de Mataba, cercano a Concepción del Bermejo, le escribe a su provincial los problemas lingüísticos con los que tropezaba: “No será tan fácil esta cosecha, como la de otras regiones, aunque más necesitada que todas, por la gran variedad de lenguas, no reducibles a una ni a tres”. Y agrega: “Con todo eso no sólo no perdemos el ánimo ... y ... vamos el P. Añasco y yo, no con poco trabajo y cuidado, componiendo un vocabulario

³⁸ Guillermo Furlong *ob. cit.*, p.55-56.

³⁹ Guillermo Furlong, *ob.cit.* p.62-65, atribuye a Barzana la traducción del *Catecismo*, junto con los padres Bme. de Santiago y Blas Valera, así como la autoría del *Arte y Confesonario*. Juan G. Durán, en *El Catecismo del III^o Concilio limense y sus complementos pastorales (1584-1585)*. Bs. As. , UCA, 1982, pp. 255-268 establece que la labor de Barzana en estos textos fue limitada.

copioso, el cual hemos comenzado en cinco lenguas: la primera es la *Puquina* [grupo uro, del área del lago Titicaca al Salado y de Arequipa a Cobija]; la segunda lengua es la *tonocoté* [del Chaco occidental], la cual, como es general en este pueblo [Mataba] así también lo es en caso todos los indios que sirven a Esteco, y en todos los más cercanos a Tucumán... casi en todo el río Salado y en cinco o seis pueblos del río del Estero (Dulce). La tercera lengua deste vocabulario es aún más general que esta porque la habla la mayor parte de la gente que sirve a Santiago y todo el valle de Catamarca (lengua *Diaguíta*). La cuarta lengua de este vocabulario es la *guaraní*, que es tan general o más que la del Cuzco...”. Ciertamente, eran las notas de un verdadero políglota, de un pionero en la compilación de las principales lenguas aborígenes del país.

En esa misma carta, indica asimismo el medio de que se valía para aprenderlos, en medio de los montes del Chaco. “De las lenguas particulares desta conquista (el Chaco Austral) que son cuatro o cinco diversas más de otros, sólo en dos he probado la mano, por haber tenido dos indios ladinos que me han sabido decir algo dellos; y es harto trabajo a mi vejez no tener luz debajo del cielo de las lenguas que voy aprendiendo, de la que me da una india que no sabe mucho de otras. Con todo esto, aunque borrando muchas veces, he reducido a preceptos la lengua que llaman *Natija* y hay escritos 5 cuadernos de vocabulario desta, con los otros cuatro que quedan referidos”.⁴⁰

Aunque las citas son largas, hablan con elocuencia de su labor. En otra carta del 13.11.1593, resume su compilación de las lenguas del Chaco. Señala que, además del tonocoté, otros pueblos tributarios de Concepción del Bermejo “todos infieles, hablan *Natija*, de la cual tengo hecho arte, vocabulario, doctrina y muchos sermones...” y que otros “veinte pueblos hablan la *quiroyquí* de la cual hay arte y vocabulario, y el P. Añasco que la tiene a cargo va componiendo con ella doctrina y sermones... Otra gente hay más cercana de Mataba, donde estamos, que habla la lengua *abipona*. Esta había comenzado a reducir a preceptos y vocabulario, y por no tener buena lengua (buen lenguaraz), con quien trabajar, no lo acabé. Cuando viniere el apóstol abipón, yo lo ayudaré a ella”. Y en páginas más adelante, todavía se comprometía estudiar la lengua lule y “tomar a pecho la lengua guaraní”.⁴¹

Ciertamente, era una labor incansable, de compilador de primera mano. Los vocabularios daban el repertorio de voces, y el arte, la estructura gramatical de la lengua. Con esos elementos Barzana acometía la traducción del catecismo breve de Lima, y la elaboración de sermones, que le servían para la predicación y la administración de los sacramentos. De modo particular, la confesión, que requería del sacerdote escuchar, comprender y responder en la lengua aborígen, trabajo éste que ponía a prueba el talento que el buen viejo iba desplegando en su labor misional.

En resumen, conoció y habló los idiomas del Perú, quechua y aymará; las lenguas puquina y cacana del Tucumán; el tonocoté, natija (o mogosna), abipón y quiroyqui del

⁴⁰ Antonio de Egaña, en *Monumenta cit.* V, pp. 384-389.

⁴¹ Antonio de Egaña. *Monumenta cit.*, V, pp. 398-405.

Chaco. Y luego el guaraní del Paraguay. Sin embargo, nada ha quedado de sus manuscritos, sino el testimonio de sus cartas, y el eco de su extraordinario don de lenguas.⁴²

El misionero del Chaco

En verdad, Barzana no aprendía estas lenguas con otro fin que el de llevar su mensaje evangélico y su afecto hacia los indios. El motivo de su vasta labor lingüística no hay que buscarlo en una curiosidad científica, sino en las demandas de un alma abrasada de celo apostólico. Aun hallándose tan bien dotado para ese conocimiento, asombra su desapego por el brillo o la fama que podían darle sus escritos; el destino de los mismos no era el libro, sino dotar a los que le sucedieran de medios para comunicarse eficazmente con los pueblos aborígenes de cada región.

Algunas crónicas de su tiempo aluden a su temperamento y sus talentos. El autor anónimo de la Historia general de la Compañía de Jesús en el Perú se refiere a su notable memoria “tal que sabía de coro la Biblia”; a sus conocimientos humanísticos y disposición para la poesía “que era extremado” y que ya había cultivado de joven. En repetidas ocasiones en el Perú, lo sorprendieron contemplando las flores, la belleza de los jardines, la maravilla de las abejas, que muestran un Barzana de espíritu delicado y sensible capaz de extasiarse ante la naturaleza.⁴³

Como hombre religioso, formado en la ascesis y disciplina jesuítica, se destacó por su obediencia, afabilidad y don de consejo. De la primera, los testimonios son muy frecuentes y se condensan en sus propias palabras: “Hágase en mí la voluntad del Señor, y vamos adonde nos enviaren, que allí hallaremos a Dios”. De esa disponibilidad plena, dicen sus biógrafos, “nacía aquella composición, sinceridad y llaneza columbina, con prudencia y discreción necesaria de aquí agrega el mismo autor – la afabilidad que tenía y buen trato con todos, de suerte que a ricos y pobres, grandes y pequeños quería meter en sus entrañas”. Su don de consejo a su vez, derivaba de estas condiciones del carácter, y la disponibilidad para el servicio a los demás, así como la experiencia y vida ejemplar que llevaba. Él, que nunca fue superior, ni provincial, ni ejerció mando alguno, era buscado para el consejo oportuno, y “así los virreyes, como las demás personas graves de este reino, tenían grande estima de su voto y parecer, en cualquier cosa... y los padres antiguos y superiores de nuestra Compañía lo consultaban por cartas, aunque estuviese lejos particularmente en cosas tocantes a misiones y gentilidad”.⁴⁴

Pero sin duda el rasgo sobresaliente de Barzana fue su dedicación casi exclusiva a los indios. “Estoy ya muy viejo y muy sin dientes y sin ninguna gana de predicar a españoles”,

⁴² Samuel Lafone Quevedo publicó y estudió un *Arte de la lengua toba por el P. Alonso Barzana*, La Plata, 1893, según un manuscrito que se conserva en el Museo Mitre, en 20 págs. y que atribuye a este misionero. Guillermo Furlong, con buenas razones, cree que la paternidad de esta obra no corresponde a Barzana, *ob.cit.*, 67-68.

⁴³ Anónimo. *Historia general de la Compañía de Jesús en la Provincia del Perú*. Prólogo y anotaciones del P. Francisco Mateos S.J. Madrid, 1984, cit. por Guillermo Furlong, *ob. cit.*, pp. 59- 60.

⁴⁴ *Ibidem*. pp.56-59.

escribía desde Santiago del Estero.⁴⁵ Esta vocación sorprendió incluso a sus propios compañeros de la orden, pues, como decía uno de ellos “era cosa de admiración ver que un hombre tan apto para todo, y en particular para cosas de ingenio, estaba ocupado siempre con gente bárbara, con un oficio tan seco que provoca melancolía, o a lo menos, sequedad exterior, por no haber en este género de trato cosa de humano gusto ni deleite; con todo el anduviese tan alegre y risueño que parecía un jeroglífico (signo) del regocijo”.

Tal vez la descripción pueda parecer excesiva. Pero el trato con los indios del Chaco no era fácil y la rudeza de sus costumbres debía chocar con un hombre de sensibilidad superior como Barzana. El mismo, que convivió con ellos, describe sin eufemismos a esos indios tributarios de la ciudad de Concepción del Bermejo y objeto de su particular afecto. Estaba ésta fundada entre “una grandísima suma de infieles, bárbaros y desnudos, de diversas lenguas. Un solo pueblo de los que sirven a esta ciudad [Matara, asiento de los misioneros] tiene casas y sementeras muy grandes, donde cogen cada año 30.000 hanegas de maíz” y continúa: “Los demás pueblos que pertenecen a la conquista desta ciudad, ni tienen casas sino unas esterillas que llevan a cuestras, ni hacen sementeras; todos viven de la algarroba, con que se emborrachan mucho y de pescado de grandes lagunas y de caza. Es gente toda desnuda, soberbia y cruel, que cada día se matan unos a otros y nunca acaban de estar del todo sujetos. Por lo cual –concluye– muy contra mis deseos me he estado a la misa casi dos años, sin comenzar a bautizar a ninguno, sino algunos niños...”⁴⁶

Y si estos eran los indios objeto de su dedicación, hay que añadir a ello el medio inhóspito, la comida mala e insuficiente, el aislamiento que tornaba aún más dura la faena. Sin embargo, en ese medio Barzana daba un ejemplo conmovedor, que su propio compañero describe con admiración: “aunque no vi al santo padre Francisco Xavier en la India Oriental -escribe el P. Añasco- , vi al Padre Alonso de Barzana, con suma pobreza, con profundísima humildad... haciéndose viejo con el indio viejo, y con la vieja hecho tierra, sentándose por esos suelos para ganarlos para Cristo, y con los caciques en indios particulares, muchachos y niños, con tantas ansias de llevarlos al Señor, que parece le revienta el corazón”.⁴⁷

Pudiera creerse que aquella pobreza y rusticidad era sólo de los indios. Pero la miseria era compartida por el vecindario de Concepción: “Toda esta tierra es muy miserable y pobre, y muchos de los españoles no tienen una capa que ponerse, a veces no se halla ni aun maíz para comer... y cuando no se halla maíz se sustentan de ciertas raíces de cardos, y a sus tiempos del año se comen hormigas...”⁴⁸

⁴⁵ Carta de Barzana a su ex superior P. Luis López, del 8.IX. 1588. En Antonio de Egaña, *Monumenta cit.*, IV, p. 419, p. 401.

⁴⁶ Antonio de Egaña. *Monumenta cit.*, V, p. 401.

⁴⁷ Pedro Lozano. Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay. Madrid 1754, vol. I, pp. 105.

⁴⁸ Antonio de Egaña, *Monumenta cit.*; V.pp.479-483. Carta del P. Juan de Viana desde Matará escrita el 28.IX.1595.

Y no se trataba sólo de miserias naturales, de carencias, sino también del embrutecimiento a que llevaba el aislamiento y las duras condiciones de subsistencia. En 1591, Barzana alude a los vecinos de Concepción -criollos, españoles y mestizo- “como la gente más dura y más llena de pecados”. Y haber logrado que todos hicieran penitencia para la Navidad de aquel año “le pareció al capitán desta conquista, como hombre que los conoce bien, una grandísima hazaña”. Y agregaba: “si pudiera para la cuaresma saber para confesar en la lengua guaraní, todo el servicio de aquella ciudad, sería remediar la gente más perdida que he encontrado desde que vine de España”⁴⁹.

Así pasó Barzana por estas tierras inhóspitas, y así vivió entre aquellas gentes abandonadas. Todos le pedían que volviera, como remedio insustituible, y tironeado por esas demandas, escribía exponiéndoles sus limitaciones físicas y su corazón abierto. “Bien sabe N. Señor -le decía a Alonso de Vera- que si yo pudiera partirme en dos, el uno estuviera con V.M. en Matara, con mis hijos e hijas amados. Y si pudiera partirme en tres, anduviera en todas esas frontonerías, y si en cuatro, tomara a pecho toda la nación diaguita. Y si en mil me pudiera partir, no dejaría nación infiel donde no anduviera...”⁵⁰

Es conmovedor advertir como, - al final de su vida, físicamente limitado, su pensamiento se dirige exclusivamente a los indios infieles. En compañía de ellos “mis señores los indios” fue que halló consuelo e incentivo para desplegar su afecto y su capacidad prodigiosa de lingüística. Su obra de apóstol del Chaco y su compilación de lenguas indígenas aguardan todavía la difusión y el reconocimiento que haga justicia a un hombre sobresaliente que muchos argentinos no conocen.

⁴⁹ Antonio de Egaña, *Monumenta cit.*, V, p. 391.

⁵⁰ Carta del 10.V. 1594 fechada en Asunción, en *Monumenta cit.*, V, pp. 514-515. Por frontonerías, alude a los indios *frentones*, como los llamaban los españoles por raparse la parte anterior de la cabeza.

14 de julio de 1988, 332-337 pp.

Un evangelizador criollo: Roque González de Santa Cruz (1576 -1628)

En su reciente visita al Paraguay, el papa Juan Pablo II proclamó la santidad del sacerdote jesuita Roque González de Santa Cruz. Este notable paraguayo, nacido en Asunción en 1576 y asesinado en la misión del Caaró (rio Grande do sul) en 1628, junto con sus compañeros Alonso Rodríguez y Juan del Castillo, es aún poco conocido entre nosotros pese a sus innegables méritos. Fue un gran evangelizador de los guaraníes y fundador de más de una docena de pueblos en la cuenca del río Uruguay.

Si su beatificación en 1934 significó un acto público por el cual la Iglesia reconoció sus virtudes eximias y su vida ejemplar, esta declaración de 1988 confirma y amplía la anterior, ya que ahora se lo propone como un modelo para toda la cristiandad. Por otra parte, es hasta hoy la única figura criolla de la Iglesia rioplatense elevada a esa dignidad.

¿Quién fue este hombre? ¿Qué obras realizó en aquellos duros tiempos que siguieron a la conquista? ¿Qué méritos adquirió para alcanzar esta singular estatura de santidad? Para comprenderlo y valorar su actuación, es necesario considerar la situación de la iglesia rioplatense y las necesidades pastorales que entonces prevalecían entre españoles y criollos, y sobre todo, en la gran masa aborígen, cuya evangelización recién había comenzado. Roque González será precisamente uno de los grandes ejecutores de esa obra, a la cual se entregó con vocación indeclinable, hasta dar la vida por ella en las tierras del Caaró.⁵¹

La Iglesia rioplatense a principios del siglo XVII

La cuenca del Plata, descubierta por Caboto y parcialmente conquistada por los primeros adelantados tuvo su asiento principal en Asunción. Allí residieron las autoridades y desde aquella ciudad partieron las expediciones que en territorio argentino fundaron Santa Fe (1573), Buenos Aires (1580), Concepción del Bermejo (1585) y Corrientes (1588). Otro tanto ocurrió con Villa Rica del Espíritu Santo (1554) y Santiago de Jerez (1593) en tierra paraguaya.

⁵¹ De su biografía se han ocupado el P. José María Blanco, *Historia documentada de la vida y gloriosa muerte de los padres Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo, de la Compañía de Jesús, mártires del Caaró e Yjuhí*. Pról. Rómulo D. Carbia. Bs. As. 1929. Obra voluminosa y bien documentada. Referencias a su vida pueden hallarse en Guillermo Furlong, *Misiones y sus pueblos de guaraníes*, Bs. As. 1962 y Cayetano Bruno, *Historia de la Iglesia en la Argentina*. Bs. As. 196b, vol. II. El P. Hugo Storni ha publicado una completa *Documentación y bibliografía sobre los beatos mártires rioplatenses*, en *Archivum Historicum Societatis Iesu*, vol. XLV (Roma, 1976) 318-348. Además el volumen colectivo *Roque González de Santa Cruz. Colonia y reducciones en el Paraguay de 1600*, Asunción, 1975. con varias colaboraciones importantes. En *Criterio*, escribieron Jerónimo del Rey (Seud. Leonardo Castellani), *Roque González*, (Bs. As. 1928) 3: 214-215 y más tarde Alberto Ibáñez, *Los mártires rioplatenses: tres modelos postconciliares* (Bs. As. 1972) 45: 616-618.

El obispado, tempranamente erigido en Asunción (1547), abarca, al igual que la provincia, una extensión amplísima. El aislamiento, la precariedad de medios y la complejidad de las tareas pastorales que tenían por delante sus obispos hacían difícil obrar con eficacia y rapidez. Entre 1547 y 1609, fecha en que Roque González ingresa en la Compañía de Jesús, cinco obispos habían residido en la ciudad. Sin embargo, en los 62 años de existencia de la diócesis, la sede había estado vacante más de la mitad de ese tiempo, ya por fallecimiento prematuro de los preladados, como por las demoras en cubrir un obispado mediterráneo y distante como aquel.⁵²

El clero secular era escaso y hacia fines del siglo XVI, había envejecido. La renovación criolla aún no se hacía sentir. Buena parte de los servicios estaban atendidos por religiosos. Los franciscanos, que habían traído al Río de la Plata varios contingentes de frailes, lograron fundar pequeños conventos en varias ciudades y erigir su custodia en 1613. Mercedarios y dominicos, en menor escala, también habían hecho lo propio en 1593 y 1586. Los jesuitas, a su vez, crearon su provincia eclesiástica en 1607.

A la escasez de personal se añadía la diversidad de la grey sujeta a su jurisdicción pastoral. En las ciudades se celebraban regularmente los oficios y se administraban los sacramentos para españoles y mestizos. La evangelización de los indios ya sometidos ofrecía todavía muchas dificultades. La dispersión de los caseríos, la prestación de la mita a sus encomenderos, los traslados a otras regiones y la barrera lingüística constituían problemas de difícil solución.

Los franciscanos, merced a la iniciativa y el celo puesto de manifiesto por algunos frailes como Alonso de San Buenaventura y Luis de Bolaños, entre otros, comenzaron la organización de las primeras reducciones conforme a lo dispuesto por las reales ordenanzas. Estos pueblos paraguayos, como Altos (1580), Itá (1585), Yaguarón (1587) y los que le siguieron en otros distritos, permitieron una reubicación de la población guaraní y también una evangelización permanente y más eficaz. Ello fue posible porque los frailes franciscanos que se encargaron de esa labor se quedaron a vivir en los mismos pueblos indígenas como sus curas y administradores temporales. En ese mismo período, Bolaños redactó el primer catecismo guaraní, utilizado desde entonces para la catequesis de los indios. Un testimonio de 1610 recuerda que “fray Luis de Bolaños trabajó en todas aquellas provincias con grande estima de santidad que todos tienen de él, y ha sido el maestro de todos en la lengua guaraní”.⁵³

Ese período fundacional hallará su culminación en el sínodo de Asunción de 1603. Esta asamblea del clero rioplatense, convocada por el obispo fray Martín Ignacio de Loyola OFM, permitirá trasladar a esa diócesis las grandes líneas pastorales que ya se habían trazado en el III^o Concilio arquidiocesano de Lima de 1585. En esa oportunidad, el sínodo

⁵² Los obispos del Río de la Plata fueron: fray Pedro Fernández de la Torre OFM (1556-1583); fray Alonso Guerra OP (1585- 1590); Tomás Vázquez de Liaño (1599); fray Martín Ignacio de Loyola OFM (1603-1605); fray Reginaldo de Lizárraga OP (1608- 1809) y Lorenzo Pérez de Grado (1618-1619).

⁵³ Certificación del P. Juan Romero SJ, dada en Buenos Aires el 16.VI. 1610. En Pablo Pastells, *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay, etc.* Madrid, 1912, t. I, 181.

asunceño reunió en torno del obispo a los representantes del clero regular y secular de la diócesis. Entre sus figuras más sobresalientes se destacaban fray Luis de Bolaños y Roque González de Santa Cruz.

También estuvieron allí, conforme a lo establecido en el derecho de patronato, el gobernador Hernandarias y los procuradores de las ocho ciudades de la provincia.

Como resultado de esas deliberaciones, se redactaron las constituciones sinodales. Divididas en tres grandes temas, comprendían, en primer lugar, “La doctrina de los indios y el modo de proponerla” (13 artículos); luego seguía lo relativo a la administración de los sacramentos (15 artículos) y finalmente, aspectos referidos a la reforma de costumbres (15 artículos). En conjunto, dichas normas brindan, indirectamente, un cuadro descriptivo muy interesante de los usos y abusos existentes en la sociedad rioplatense, y en la vida religiosa de españoles y de aborígenes.⁵⁴

El afán por organizar la evangelización y corregir esas situaciones en el ámbito eclesiástico, tuvo su correlato en las ordenanzas que en ese mismo año dictó Hernandarias. Ellas se coordinaban con las normas anteriores, en lo que a la organización de las reducciones y derechos y deberes de la población indígena encomendada se refiere. Ambos documentos, las constituciones sinodales y las ordenanzas de indios, introdujeron así, en la provincia del Río de la Plata criterios y normas aplicables a una acción mancomunada, en la cual Iglesia y Estado se apoyaban mutuamente.⁵⁵

La obra misional de los jesuitas entre los guaraníes se basó inicialmente en esos principios, y también en la búsqueda de nuevos pueblos, más lejanos y no sometidos a los españoles, a quienes llevar su mensaje evangelizador en lengua guaraní.

La vocación de Roque y su experiencia en la misión de guaycurúes

Roque González pertenecía a una familia destacada de Asunción. Sus padres, Bartolomé González y María de Santa Cruz eran españoles y vecinos de la ciudad. De sus siete hijos, dos fueron sacerdotes (Roque y Pedro), mientras que otros dos (Francisco y Mateo) tuvieron elevado rango político en la provincia.

Desde temprano, Roque manifestó vocación por la vida religiosa. Quienes le conocieron, refieren anécdotas de su niñez en búsqueda del aislamiento y la oración.⁵⁶ Sus primeros estudios regulares los realizó con los jesuitas, en el Colegio de Asunción, tarde, a

⁵⁴ Francisco Mateos SJ. El primer concilio del Río de la Plata en Asunción. En *Misionalia Hispánica* t. XXVI (Madrid, 1969) 257-359.

⁵⁵ Ricardo Zorraquin Becú. La reglamentación de las encomiendas en el territorio argentino. En *Revista de la Facultad de Derecho de la UBA*.t1 (Bs.As.1946)129-151.

⁵⁶ A los 14 años se retiró con varios amigos Almonte para hacer penitencia, “no sin haber consultado primero el dicho padre Roque y todos los demás con una persona religiosa “. Declaración de Gabriel de Isaurralde, que compartió con él aquella experiencia juvenil, en José M. Blanco, *ob.cit.*41.

instancias del obispo Trejo, se ordenó sacerdote en su ciudad natal, en 1598. Tenía entonces 23 años.⁵⁷

Poco después, su ministerio lo llevó a la región de los yerbales de Maracayú, donde vivía una densa población indígena. En 1603 se desempeñaba como cura párroco de la catedral de Asunción. En ese carácter participó del sínodo convocado por el obispo Loyola. Su celo sacerdotal y el predicamento social de su familia hicieron que el nuevo obispo Lizárraga, aun sin conocerlo personalmente, lo propusiera como su vicario y provisor de la diócesis.⁵⁸

Este gesto, que significaba un acto de confianza en quien se había desempeñado tan eficaz y dignamente en su ministerio, provocó una reacción imprevista en Roque: renunció al ofrecimiento del obispo y acto seguido, ingresó en la Compañía de Jesús el 9 de mayo de 1609. No parece que esta actitud deba ser interpretada como una fuga de las responsabilidades del gobierno eclesiástico o excesiva humildad de espíritu, sino más bien como una afirmación de la vocación misionera que Roque sentía profundamente. Su ingreso en la Compañía suponía incluso, un régimen de vida más austero y también responsabilidades exigentes, pero en otro campo de actividad pastoral.⁵⁹

Por otra parte, los jesuitas del Paraguay iniciaban por aquel entonces una vigorosa acción evangelizadora, cuestionando con toda severidad los abusos del régimen de encomiendas, e internándose en regiones adonde aún no habían llegado ni los conquistadores ni la predicación de la fe cristiana. Será precisamente el P. Marciel de Lorenzana, antiguo misionero y consejero espiritual de Roque, el primero en marchar hacia los guaraníes del Paraná. Allí, y tras no pocas dificultades, pudo fundar la reducción de San Ignacio Guazú, en 1610.⁶⁰

Esta actitud y aquella abierta disponibilidad para con los indios, seguramente debieron seducir al espíritu generoso de Roque. Pero la primera labor que le correspondió cumplir como novel jesuita no fue entre los guaraníes, sino entre los temidos guaycurúes. En 1610 acompañó al P. Vicente Griffi a la costa del Chaco paraguayo para instalar en ese sitio la misión de Santa María de los Reyes.

De estos indios guaycurúes decía el P. Provincial, en su carta anua, que “aunque pocos y totalmente desnudos los varones... son tan belicosos y temibles que nunca han podido ser conquistados, y hacen guerra a los españoles y han muerto muchos y destruido

⁵⁷ La ordenación sacerdotal la obtuvo el obispo luego de vencer los escrúpulos de Roque, quien se sentía indigno de ese ministerio. Declaración del P. Diego Bordón, En José M. Blanco, *ob. cit.* 53-55.

⁵⁸ Su hermano Francisco era yerno de Hernandarias y teniente de la gobernación. La propuesta del obispo Lizárraga estuvo despachada desde Santa Fe. José M. Blanco, *ob. cit.* 61-65.

⁵⁹ Roque González hizo donación de sus bienes a la Compañía: el 24.XI.1609, luego de su ingreso, cedió una chacra de su propiedad. Storni, *ob.cit.*326.

⁶⁰ Decía el P. Diego de Boroa en 1633 que Roque González era “discípulo en letras y en espíritu del P. Marciel (de Lorenzana) digno de tan gran maestro, quien movido por el ejemplo de su santidad entro en la Compañía...” Storni, *ob. cit.* 329.

muchas haciendas suyas y tiene a la ciudad [de Asunción] siempre en armas, con notable temor, y han asolado otras naciones de indios vecinos suyos...”.⁶¹

Los mayores problemas de los misioneros consistieron en la localización de un sitio que no fuera anegadizo, la edificación de sus chozas y ganar la confianza de los indios. El aprendizaje de su lengua, “la más dificultosa que hasta hoy se sabe”, y la paciencia para tolerar sus costumbres brutales, constituyeron otra prueba difícil de superar. Los mismos vecinos de Asunción habían mirado con sorpresa y escepticismo esta arriesgada aventura.

Cuando el P. Provincial Diego de Torres visitó la misión algunos meses después, quedó sorprendido por los progresos. Al parecer, el tiempo haría también su obra y ya aprenderían hábitos agrícolas del ejemplo del P. Vicente Griffi y de Roque González. Pero era solo una ilusión.⁶² Las condiciones no estaban dadas. La primera inundación anegó las tierras bajas del Chaco y los guaycurúes abandonaron el sitio en busca de caza y algarroba. Las costumbres de los cazadores nómadas no variaban tan rápidamente como la buena voluntad de los misioneros lo esperaba.

Un testigo declaraba a principios de 1613, que ambos sacerdotes habían permanecido en la reducción más de dos años, ausentándose de ella sólo cuarenta días por enfermedad del P. Griffi. Agregaba que los indios volvieron al lugar, pero que luego “se levantaron contra dichos padres y se fueron al monte”.⁶³

El abandono de la misión aparece algo confuso. Según testimonio del P. Provincial Torres, corrió el rumor en Asunción de una conjura de los indios contra sus misioneros. A ellos se sumó la necesidad de acudir a otras misiones de guaraníes que requerían sacerdotes y que prometían mayores frutos que los duros guaycurúes.⁶⁴ Lo cierto fue que la misión se levantó en 1612 y que no volvió a restablecerse hasta 1613.⁶⁵ Para esa fecha, Roque González ya estaba a cargo de la reducción de San Ignacio Guazú, entre los guaraníes del Paraná. El fracaso con los guaycurúes templó su carácter y lo preparó para una empresa de mayor alcance.

⁶¹ *Cartas Anuas de la provincia Jesuítica del Paraguay* etc. Adv. De Emilio Ravignani e introducción del P. Carlos Leonhardt SJ. Buenos Aires IIH, 1927, t. XIX, 48-49.

⁶² *Cartas Anuas cit.* XIX, 131-132, y Cayetano Bruno, *Historia cit.* t. II, 228.

⁶³ Pablo Pastells, *ob. cit.* t. I 163-167 y Storni, *ob. cit.* 321. La peste que molestó a muchos no molestó a Roque, pues de él se dice: “Solo al P. Roque ha guardado Dios para mucho servicio suyo (ya) que ha acudido con gran paciencia, caridad y obediencia a todas horas a los enfermos siempre”. Pastells, *ob. cit.* t. I, 181, nota 1.

⁶⁴ *Cartas Anuas cit.* XIX, 161-162.

⁶⁵ La misión de Santa María de los Reyes se restableció en 1613 y perseveró con escaso resultado hasta que abandona definitivamente en 1626. En el ínterin los conflictos de los guaycurúes y payaguaes con los vecinos de Asunción y sus guaraníes fueron en aumento y la corona autorizó la guerra contra ellos, por Real Cédula de 1618.

Fundador de pueblos guaraníes en el Paraná y el Uruguay

Roque González inició sus labores como misionero de los guaraníes en reemplazo de su maestro Lorenzana. Aquella misión, todavía incipiente, fue consolidada merced a su labor. Para ello tuvo que vencer muchas dificultades. El mismo Roque lo refiere en su correspondencia: “Fue necesario —escribe en 1613— construir este pueblo desde sus fundamentos. Para cortar la acostumbrada ocasión de pecado [alude a la promiscuidad] me resolví a construirlo a la manera de los pueblos españoles, para que cada uno tenga su casa con sus límites determinados y su cerca...”.⁶⁶

Para lograrlo fue necesario trabajar de sol a sol. Su compañero, el P. Francisco del Valle escribía al P. Provincial en 1614: “todo esto se ha levantado mediante los increíbles trabajos del P. Roque González. El mismo en persona es carpintero, arquitecto y albañil. Maneja el hacha y labra la madera, y la acarrea al sitio de construcción, engancho el mismo, por falta de otro capaz, la yunta de bueyes. El solo hace todo”.⁶⁷

Estas tareas abrumadoras iban acompañadas de la vigilancia de los sembrados, la atención de la escuela, la catequesis de los adultos, la administración de los sacramentos a medida que su iniciación lo permitía, y otros afanes similares. Debieron ser años de fatiga y de paciencia. Pero a la alegría que significaba izar las vigas de cedro para la estructura de la iglesia, se sucedían también las dudas, las tribulaciones, las enfermedades y la pesadumbre de la soledad. Así lo confesaba Roque a su provincial, en uno de sus raros testimonios de su vida interior: “Vivo muriendo aquí, y temo perder el juicio, según tengo la cabeza cansada y quebrada con la continua guerra que siempre tengo con tantos escrúpulos, y tanta soledad y melancolía. Con todo -agregaba- digo estar resuelto a estarme aquí, aunque muera mil muertes...”.⁶⁸

La labor de Roque mereció por aquellos años los elogios de sus superiores y aun del propio P. General de la Compañía. Este último escribió desde Roma: “Nos holgamos mucho que el P. Roque González se señale tanto y atienda con tal fervor a los indios”. Tiempo después junto con los elogios, llegaron también advertencias respecto de su carácter exigente, pidiéndole que al enseñar la lengua guaraní “tratara con más suavidad y afabilidad a los suyos”. Es muy probable que por aquella época, Roque preparara la traducción del Catecismo mayor en lengua guaraní, obra a la que se aludirá en el sínodo asunceño de 1631.⁶⁹

⁶⁶ Cartas Anuas cit. XIX, 343-351.

⁶⁷ Cartas Anuas cit. XIX, 467 y José M. Blanco, *ob. cit.* 110-111.

⁶⁸ La carta está fechada en San Ignacio, 26.XI.1614 y concluye con un acto de rendir obediencia: “Y así, mi P. Provincial, disponga V.R. como viere más convenir al servicio de Nuestro Señor, que yo no quiero otra cosa sino lo que V. R. quisiera, ni pido estar aquí, ni allá, sino V. R. haga y disponga de mi a su voluntad y gusto, ad maiorem gloriam Dei”. Storni, *ob. cit.* 323.

⁶⁹ La primera es del P. Claudio Aquaviva, del 25.II.1614 y la segunda del P. Mucio Vitelleschi, del 20.IV.1620. Ambas en Storni, *ob. cit.* 322 y 325. Lo referente a su traducción del catecismo en Manuel R. Trelles *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, t. IV (Bs. As. 1882), 13.

Al poco tiempo ya era un veterano en el ámbito guaraní. Buen conocedor de la lengua que hablaba desde la niñez, dotado de prestigio por su labor en San Ignacio Guazú, y audaz en la búsqueda de otros neófitos en distantes aldeas, Roque procuró ensanchar su campo de acción evangelizadora. Fue así como convencido de que “el Paraná era la puerta por donde se llega a aquellas gentes tremendas y belicosas”, ubicadas allende la frontera conocida, obtuvo permiso eclesiástico y civil para fundar nuevas reducciones hacia el sudeste.⁷⁰ En virtud de ello, cruzó el Paraná y fundó el 25 de marzo de 1615 la reducción de Itapúa.⁷¹

El P. Diego de Boroa, recordaba más tarde aquella empresa: “Fue el P. Roque...al Itapúa de la otra banda del Paraná, no sin peligro de la vida y trató con los indios de reducción... y comprando una choza a un indio, se metió en ella y levantó una cruz el aquel puesto, en que había tres o cuatro cásas... con solo un niño que le ayudaba a misa”. Recuerda también que al tiempo llegó a Itapúa el gobernador Hernandarias [el 4.XII. 1615], cuando “estaba ya la reducción con iglesia y muchas casas de indios puesto en forma de pueblo, y el gobernador llegó a tiempo de oír misa, y después della, dijo a los soldados: caballeros, recemos un Padre Nuestro y un Ave María en acción de gracias, de que oímos misa con tanta paz adonde hasta agora nunca español puso el pie”.⁷²

A Encarnación de Itapúa siguió poco después la misión de Yaguapoha (1616), y más tarde, las de Concepción (1619) y Corpus Christi (1622), en el actual territorio de Misiones. En ese entonces, Roque González pronunciaba en Itapúa su tercer voto como jesuita.⁷³ Confirmado en su vocación, se sentía duro para emprender una nueva hazaña: la evangelización de los guaraníes del río Uruguay.⁷⁴

En breve plazo, se sucedieron así las fundaciones de San Nicolás del Piratiní (1626) y San Javier (1626), Los Reyes de Yapeyú (1627), Candelaria de Caazapamini (1628), Asunción del Yjuhí (1628) y finalmente, Todos los Santos del Caaró (1628), en donde Roque halló la muerte. En todas ellas estuvo presente como fundador o inspirador de las mismas.⁷⁵ Fue una obra titánica en la costa del Uruguay y en el sur de Rio grande do sul,

⁷⁰ El texto citado en *Cartas Anuas cit.* XIX, 343. La misión fue encomendada por el P. Rector del Colegio, Marciel de Lorenzana y por el teniente general de la gobernación, su hermano Francisco González de Santa Cruz, quien 23.II.1615 le confirió facultad para que “pueble y haga en nombre de S. M. tres o cuatro reducciones en las partes y lugares que mejor le parecieren, y en particular enfrente de Itapúa, de la otra banda del Río Paraná”. José M. Blanco *ob. cit.* 333-334.

⁷¹ Dicho pueblo se trasladó más tarde a la costa paraguaya, con el nombre de Encarnación de Itapúa. Fue en esta ciudad donde el 16.V.1988, Juan Pablo II proclamó la santidad de Roque González.

⁷² Declaración del P. Diego de Boroa en Asunción el 26.VIII.1634, en *Manuscritos da Coleção de Angelis. IV, Jesuitas e bandeirantes no Uruguai (1611-1758)*. Intr. Elio Dianna. Rio de Janeiro, BN, 1970. 15-16.

⁷³ La profesión se realizó en 20.X.1619. Storni, *ob. cit.* 324.

⁷⁴ Respondía también a un exhorto del 4.VIII.1626 del gobernador de Buenos Aires, Francisco de Céspedes al rector del colegio bonaerense, P. Juan Bautista Ferrufino para que los jesuitas se encargaran de hacer reducciones en la provincia de Uruguay, las que fueron confirmadas el 22.VI.1627. José M. Blanco *ob. cit.* 705-711 y Cayetano Bruno, *Historia cit.* t. II, 220, nota 16.

⁷⁵ Según Furlong, la fundación de Yapeyú que comúnmente se le atribuye es lamas dudosa. Esta reducción se estableció el 4.II.1627 y en ese acto estuvieron presentes el P. Provincial Nicolás Mastrilli Durán, Roque González y el P. Romero quien quedó allí como cura. Es difícil saber quién fue el fundador

cumplida en el lapso de tres años, en medio de pueblos nuevos, y animado sólo por su fe, su palabra inflamada y su temple admirable.

La conjura de Ñezú martirio de los misioneros

La labor misional y fundadora de Roque González entre los guaraníes del Uruguay parece, a primera vista, un paseo apostólico antes que una hazaña. La realidad que enfrentó, sin embargo, fue difícil y compleja. No se trataba de vencer sólo las fatigas físicas, de vencer ríos o selvas, de padecer hambre o frío. Era necesario también comprender y superar el ambiente nuevo, las creencias y suspicacias, y saber oponerse a la resistencia que ofrecían los jefes guerreros (mrubichá) o los hechiceros (payés o shamanes) de las aldeas guaraníes.

En la etapa anterior, Roque había contado con apoyos inestimables, como el brindado por el cacique Ñeenguirú, de Concepción. La intrepidez de los misioneros, que llegaban inermes con sus grandes cruces en la mano, su palabra persuasiva, la seductora distribución de hachas de hierro y la promesa de no servir en encomienda a los españoles, auguraban éxito y prometían cambios ventajosos a los indios. Pero en el ámbito del Uruguay la situación era algo distinta.

La población no era homogéneamente guaraní, sino que subsistían allí enclaves de pueblos más primitivos, como los caingúas, los guayaquíes, los yaros y otros. Yapeyú constituyó un raro ejemplo de una reducción étnicamente mixta.

En camino hacia el este, donde esperaba hallar una población más densa, Roque llegó a las tierras del Caaró, entonces bajo el dominio de Ñezú. Éste, expandía su territorio a expensas de otros jefes de aldeas más débiles, y al mismo tiempo mantenía relaciones con los belicosos yaros. Quizá él mismo fuera un mestizo yaro guaraní, como sugiere Susnik. Por otra parte, era un mruvichá capaz de reunir bajo su mando un número considerable de indios.⁷⁶

La conjura se precipitó el 15 de noviembre de 1628 en la aldea de Caaró. El drama en un principio, Ñezú aceptó a los misioneros, pero pronto cambió de actitud. No solo veía amenazado su poder y sus intereses, sino que optó por acaudillar una intensa agitación shamánica que se extendía por las aldeas. Esta prédica de los payés alertaba a los indios sobre el peligro que significaban los misioneros, ya que estos combatían la poligamia y destruían las tradiciones religiosas y mágicas del mundo guaraní. que allí se vivió es conocido con todos sus detalles, gracias a que las informaciones de los testigos y los

de la misma. Guillermo Furlong, *Nuestra Señora de los tres reyes de Yapeyú*. Instituto Nacional Sanmartiniano, Bs. As. 1978, 43-52.

⁷⁶ Branislava Susnik. *Etnohistoria de los guaraníes (Época colonial)* Asunción, Museo Andrés Barbero, 1979-1980, 122-162.

documentos complementarios que se incorporaron al expediente de beatificación han llegado íntegros hasta nosotros.⁷⁷

Los hechos son conocidos. Roque estaba en el pueblo, iniciando la construcción de la iglesia, acompañado del P. Alonso Rodríguez. Cuando se aprestaban a izar la campana, fue sorprendido por los conjurados quienes lo asesinaron a golpes. El P. Alonso murió pocos instantes después, herido de la misma manera. El P. Juan del Castillo, que se hallaba en Asunción del Yuhí, fue sorprendido y también asesinado, dos días después.⁷⁸

En los tres casos, los cuerpos fueron destrozados y quemados; los libros y vasos sagrados rotos, y las imágenes rasgadas y tiradas. La furia de los conjurados se acentuó cuando creyeron oír una voz que partía del cadáver de Roque, que les aseguraba que vivía y que ellos pronto recibirían castigo por su crimen.⁷⁹

La acción se dirigió luego a los pueblos de San Nicolás y Candelaria. Pero algunos testigos de la matanza huyeron y dieron aviso a las reducciones. Desde Concepción partió de inmediato el cacique Nicolás Ñeenguirú con su gente, dispuesto a vengar la muerte de su amigo. A él se unieron los indios de Santiago Tacambí, del pueblo de Itapúa; los indios Yutí y Caazapá, ambas reducciones franciscanas, e incluso los de Irati, acaudillados por Manuel Cabral de Alpoim y siete vecinos de Corrientes, que acudieron desde aquella ciudad a sofocar la rebelión.⁸⁰

Las reducciones amenazadas pudieron defenderse y el 20 de diciembre de 1628 los agresores fueron derrotados y dispersados. Ñezú huyó y los cabecillas del movimiento fueron ajusticiados. Allí se recogieron los despojos de los mártires y particularmente, el corazón chamuscado y flechado de Roque, guardado desde entonces como una reliquia.⁸¹

La sacudida provocada por estos sucesos conmovió a toda la provincia. Los mártires del Caaró, si bien no fueron los únicos misioneros muertos por la fe, eran sí los primeros de las reducciones de guaraníes. Después del Caaró, la obra evangelizadora prosiguió con mayor confianza que antes.

⁷⁷ Los procesos diocesanos de beatificación y canonización comenzaron en Buenos Aires en 1629 y se completaron en Asunción, Corrientes y las Misiones y 1631. Toda la documentación se envió a Roma y ha sido publicada en el citado libro de Blanco.

⁷⁸ Alonso Rodríguez y Juan del Castillo eran españoles y habían completado sus estudios en Córdoba. Tenían 30 y 32 años respectivamente.

⁷⁹ Entre ellas figuraba una imagen de la Virgen que Roque llevaba siempre consigo. El la llamaba "La conquistadora", atribuyéndole el éxito de sus misiones. Los restos de esa tela fueron llevados a Itatí por los indios que condujo Cabral de Alpoim. Cayetano Bruno, *Historia cit.* t. II.242 y Raúl de Labougle, *Litigios de antaño*. Bs. As. 1941.

⁸⁰ La vida de este noble portugués está referida por Raúl de la Bougle en *Litigios cit.*

⁸¹ El corazón de Roque se remitió también a Roma, seco y parcialmente quemado, dentro de un relicario. Desde allí se lo envió a Buenos Aires en 1934 cuando se beatificó a los mártires del Caaró y estuvo en la Iglesia del Salvador. En 1960 se lo entregó a los jesuitas del Paraguay y se guarda hoy en la Parroquia de Cristo Rey en Asunción. En el Caaró, Río Grande do sul se ha erigido una capilla y es centro de peregrinación.

Roque González, un santo criollo

Al recordar hoy la figura de Roque González se imponen varias consideraciones. La muerte violenta que le aconteció junto con sus compañeros, constituye quizá el hecho dominante de su biografía, ya que quebró dramáticamente su vida, cuando cumplía un acto de caridad y de servicio," como cuadra a los mártires.

Sin embargo hay en la vida de Roque otros rasgos igualmente valiosos, que lo muestran como misionero ejemplar: fe sólida, celo ardiente, coraje y exigencia para consigo mismo. A estas prendas morales se añaden ciertas aptitudes que desarrolló con la experiencia y el trabajo asiduo: buen conocimiento de la lengua, don singularmente apreciado por los guaraníes: capacidad de organización, al fundar pueblo tras pueblo; oportuna introducción de tecnología sencilla, como las hachas, capaces de ganar la voluntad de los caciques y simplificar el trabajo de desmonte.

Todo ello muestra en Roque González un hombre sobresaliente por su carácter, por la obra realizada y por su martirio. Su vida fue un testimonio de servicio hacia los indios, sellado con sangre. Su obra contribuyó, como pocas, a la evangelización de nuestra sociedad hispano indígena. Para orgullo de paraguayos, y para ejemplo de rioplatenses es, además, el primer santo de la iglesia proclamado y venerado en esta tierra en que nació, vivió y murió gloriosamente.

Textos de opinión y cartas de lectores de su autoría

9 de junio de 1983, N° 1903, 255-257 pp.

Los inundados⁸²

Desde hace un tiempo, todo el país asiste expectante, a la inundación que soporta el litoral. La gran avenida de agua que se desplaza por el cauce del Paraná ha alcanzado extremos no conocidos y aún no se divisa con claridad la declinación del fenómeno.

Los medios de comunicación conceden espacios abundantes en las primeras planas de los diarios y en los informativos cotidianos de la televisión y de la radio, sobre el ritmo de avance de las aguas y los enormes daños que ha causado y continúa causando la inundación. Poblaciones enteras han quedado aisladas y otras cubiertas por el desborde. Algunas capitales de provincia continúan gravemente amenazadas. Los campos anegados han ocasionado pérdidas inmensas en la agricultura y la ganadería. Los trastornos económicos y sus secuelas sociales son innumerables y no siempre de rápido remedio.

A esta altura de los hechos, muchos se han preguntado por las causas de esta inundación. Algunos buscan y señalan culpables internos y externos, a quienes responsabilizan por los estragos. Otros cuantifican pérdidas o reclaman auxilios sectoriales.

Los más asisten perplejos a un hecho que parecía fuera de las probabilidades. Muchos en fin, trabajan para enfrentar la crisis y organizar la defensa de cada lugar.

Dada la magnitud de la inundación y la gravedad de las consecuencias que ha provocado, es necesario examinar el problema y reflexionar sobre él. No se trata de un accidente local, sino que afecta a toda la nación, cuya asistencia y solidaridad compromete.

La magnitud de la inundación

Una mirada sobre estos hechos requiere describir la dimensión espacial y temporal de la inundación. La región más afectada es, en primer lugar, la cuenca del Paraná, desde Misiones hasta Santa Fe. A ello se añade la creciente simultánea del río Paraguay, que afecta todo el litoral de Formosa y el Chaco. En el Este, el río Uruguay también se ha hecho sentir, sobre todo en el Sur, cuyo delta entrerriano y bonaerense fue cubierto por la convergencia de las aguas de ambos ríos. El fenómeno en definitiva, abarca seis provincias en un área sustancial. Pero no sería acertado detenerse sólo en el mapa

⁸² Esta nota llevó por título original "La inundación del Litoral" de acuerdo al texto en papel copia perteneciente al archivo personal del doctor Ernesto J. A. Maeder, quien escribió en forma manuscrita: "Se publicó en *Criterio* como Editorial sin firma" (1983).

político del país. La creciente ha hecho estragos también en el Chaco paraguayo y en la región del Ñeembucú, así como ha afectado igualmente a muchas poblaciones de los estados brasileños de Paraná, Santa Catarina y Rio Grande do Sul, bañados por la alta cuenca del Paraná.

Tampoco la inundación se ha limitado al litoral de los grandes ríos. La magnitud, frecuencia e intensidad de las lluvias torrenciales que han caído sobre esta región han provocado el anegamiento de los campos, el desborde de los ríos y el acoso de los pueblos por inmensas avenidas de agua, frente a las cuales poco podía hacerse. En algunos lugares como Resistencia, esas inundaciones llegadas desde el interior, se han sumado a las crecientes del Paraná y la han colocado en graves aprietos para sobrevivir.

De manera tal que el área inundada es mucho más extensa que la del litoral fluvial. Provincias como Corrientes, Formosa y el Chaco tienen entre el 65% y el 40% de su superficie anegada y un número de evacuados urbanos y rurales que se estiman en más de 120.000 personas. El resto de la región padece similares perjuicios, en escala decreciente.

A esta circunstancia debe añadirse que la inundación se ha prolongado mucho tiempo. No se trata de un pico excepcional que aparece y se retira. Desde que se produjo la rotura del dique regulador del río Negro en Resistencia en junio de 1982, la región ha experimentado tres grandes momentos de creciente (junio y diciembre de 1982 y mayo de 1983), mientras que el nivel de las aguas durante los meses restantes se mantuvo considerablemente elevado en toda la cuenca. Un año de inundación es un lapso muy largo y significa un deterioro grande en los inmuebles, bienes y servicios, un estado permanente de zozobra, una alteración del ritmo de los trabajos y considerables gastos adicionales. Los picos de creciente han sido así, un agravamiento de una situación ya comprometida; momentos de alarma extrema que han llamado la atención nacional y requerido medidas excepcionales para paliar la crisis.

Por su magnitud, su duración y los registros de altura de las aguas, el fenómeno se presenta como un hecho excepcional. Nadie recuerda algo igual, ya que, de las marcas de 1905, sólo se conserva una memoria histórica. Por ello, en distintos ámbitos se han esbozado explicaciones de esta creciente. Artículos periodísticos, mesas redondas y debates han colocado sobre el tapete la crisis y el origen de la misma.

Los catastrofistas no han vacilado en recordar que ya habían pronosticado crecientes como la actual y no vacilan en vaticinar que puede haberlas aún mayores. Muchos se han inclinado a culpar a las nuevas represas brasileñas (sobre todo a Itaipú) construidas en la alta cuenca; a la deforestación de los bosques e incluso a malignas conjuras internacionales, de ser los causantes de la calamidad. Desde luego estos voceros, que apetecen siempre un chivo expiatorio, parecen no haber tomado en cuenta que, si bien se han producido modificaciones sustanciales en esa alta cuenca (más de treinta presas en los últimos treinta años), y extensas regiones deforestadas y libradas a la agricultura, la magnitud del fenómeno es al menos similar al de 1905, en cuya oportunidad dichas presas no existían y la deforestación era incipiente. Otros, los menos, han llamado la

atención sobre la necesidad de consultar los registros anteriores y ubicar estos hechos excepcionales dentro de una escala de tiempos más largos, en cuyos ritmos cabe la posibilidad de crecientes que cubran, como hoy, el valle de los ríos Paraná y Paraguay.

Las opiniones más sensatas apuntan así, con razones y datos objetivos en la mano, a señalar que estamos ante un hecho natural, no frecuente, pero de todos modos posible, que ocurre en una región densamente poblada y en plena producción, y cuyas consecuencias son, por ello mismo, gravísimas. Cuando se produjeron las crecientes de 1905, o las anteriores de 1878, 1867, 1858, y aun las de 1825 y, 1812 cuyos registros no se conocen con igual precisión, la misma región no ofrecía el panorama de 1966 y 1982-1983. Pocas ciudades y pueblos, escasa población y una actividad productiva limitada y extensiva que, por fortuna, contribuyó a mitigar los perjuicios de aquellas crecientes. Hoy, las concentraciones urbanas, así como el equipamiento y la infraestructura que las acompaña, son muchos mayores y acusan una vulnerabilidad extrema que requiere medidas de defensa impostergables que preserven la vida de sus pobladores y las inversiones realizadas.

Los daños causados

Los daños causados por este ciclo de inundaciones son realmente cuantiosos. Por su misma concentración, éstos son más perceptibles, y aún impresionantes en los centros urbanos. La gran mayoría de las poblaciones ubicadas en las riberas han sufrido la invasión de las aguas. Pueblos enteros como Clorinda, Bermejo, Paso de la Patria o Iguazú han sido cubiertos por los ríos y obligados a una evacuación total. Centros urbanos como Formosa y el gran Resistencia tienen barriadas populosas enteramente bajo las aguas, mientras el casco urbano se mantiene aún protegido. Poblaciones como Goya, Concordia, Itatí, los barrios bajos de Posadas o Santa Fe han sufrido la inundación. Pueblos como San Martín, El Colorado, Plaza, Quitilipi, Colonia Villafañe padecen inundaciones por las grandes lluvias. Otro tanto puede decirse de las poblaciones paraguayas de Pilar, Alberdi, Falcón, y desde luego, los innumerables centros urbanos brasileños de la alta cuenca. La extensión del fenómeno abarca una dimensión considerable.

El espectáculo que ofrecen todas estas poblaciones es penoso. Las casas cubiertas de agua hasta las ventanas o los techos; los árboles muertos; los camalotes y restos de toda clase, flotando en las orillas. A veces la presencia solitaria de algún vecino aferrado al techo de su vivienda pone una nota patética. Aun en las zonas protegidas o que experimentaron inundaciones temporarias, la humedad avanza en las paredes; el deterioro se nota en la rotura de calles, veredas y alcantarillas, y en la elevación permanente de las napas freáticas que rezuman agua en todas partes. La presencia abigarrada y dolorosa de los albergues improvisados en escuelas, galpones y recintos públicos; el paso constante en las calles céntricas de hileras de camiones y máquinas viales que acumulan tierra en los terraplenes y defensas; todo, en fin, muestra las dimensiones de la grave emergencia que se vive y la tensión y angustia que la acompaña

cotidianamente. Durante semanas y meses, las poblaciones se han acostumbrado a convivir con esta dura realidad.

A su vez, la inundación de los campos posee para los ojos del observador urbano, un tono mayor de grandeza, de soledad y de silencio, que sobrecoge el ánimo. Campos anegados, isletas de árboles y animales arrinconados en los albardones, ranchos aislados, rutas y caminos vecinales cubiertos por la inundación. Apenas los postes telegráficos y en algunos sitios los alambrados marcan los rumbos en esa avenida de aguas que se desplaza, inconmensurable, en busca de los cauces desbordados.

Pero por encima del paisaje alterado hay que añadir los perjuicios ocasionados: las siembras perdidas o las cosechas a medio recoger; los campos lavados que requerirán tiempo y nutrientes; los animales perdidos o malvendidos; los gastos y pérdidas en materiales, semillas, máquinas y tiempo. En otros lugares, las vías férreas, los caminos y los puentes han sufrido los embates del agua embravecida. Entre Ríos ha quedado incomunicada por el Sur y otro tanto ha ocurrido entre Formosa y el Paraguay.

Y en ambos sectores, urbano y rural, a las pérdidas en el patrimonio familiar se han agregado las alteraciones del trabajo, los problemas sanitarios, los recesos escolares forzosos, que han contribuido a este clima de penuria y desconcierto, cuyo fin todavía no se divisa con seguridad. Aún hoy, hay quienes hablan de la creciente de junio, cuya llegada pronostican ineludible.

Las respuestas a la inundación

Sin embargo, un cuadro de esta naturaleza no se agota en los trazos sombríos. Hay también luces y zonas claras. La inundación ha golpeado fuerte, pero también ha provocado reacciones positivas y puesto en evidencia virtudes sociales de nuestro pueblo, que se destacan ahora con nitidez en medio de la crisis.

Por lo pronto, las autoridades han sabido conducir con acierto y tomar las medidas apropiadas. La información ha sido constante, veraz y serena; su presencia en los lugares más comprometidos por las aguas, no sólo ha confortado a las poblaciones, sino que ha servido para tomar decisiones urgentes en cada lugar. Se han organizado albergues y la atención sanitaria y alimenticia; se ha planificado la evacuación de poblaciones enteras; se han requerido y obtenido apoyos financieros del estado nacional, moratorias y exenciones tributarias para las poblaciones afectadas.

Tal vez uno de los hechos que mejor muestra la eficacia de esa labor ha sido la defensa del gran Resistencia. En esta ciudad de 250.000 habitantes, edificada como es sabido en una zona baja, rodeada de lagunas y cruzada por los innumerables meandros del río Negro, se ha construido en varios meses de labor un terraplén de 28 km. de longitud y varios metros de altura, que constituye la defensa actual de la ciudad. Ese terraplén, ensanchado y consolidado ante la inminencia de cada pico de creciente, ha impedido que la mayor parte de Resistencia se inundara, como ocurrió en 1966. Su construcción es el resultado de un esfuerzo extraordinario de técnicos y obreros, de choferes de

camiones y motopaldas, y de la celosa vigilancia ejercida por múltiples personas para evitar filtraciones y desmoronamientos. Del otro lado de ese muro, el agua está un metro o más por encima de la ciudad, según la cota de cada barrio. Esa obra que hace honor al nombre de la ciudad, prueba que estos problemas tienen remedio cuando se los encara a tiempo, con decisión y perseverancia.

Otros rasgos destacables han sido la disciplina social y la solidaridad que han prevalecido durante la crisis. No se ha producido pánico, ni desórdenes entre la población. Las noticias sobre delitos contra la propiedad no exceden las cifras corrientes. Antes, al contrario, lo que importa destacar es el comportamiento disciplinado y paciente de las numerosas víctimas de las inundaciones. Comportamiento que incluso merece resaltarse en las gentes de condición modesta, que han perdido bienes y han visto inundarse sus casas, y que soportan con callada y ejemplar fortaleza las penurias de estos meses durísimos. Muchos de ellos esperan, resignados en sus precarios alojamientos a la vera del río, que bajen las aguas para recomenzar su labor y rehacer la casa perdida.

La solidaridad también se ha manifestado frente a la crisis. Ésta se hace evidente en las zonas afectadas hacia donde convergen desde los cuatro puntos cardinales del país ayudas públicas y privadas. Aviones, trenes y convoyes de camiones llegan diariamente para traer ropa, medicinas, alimentos y expresiones de solidaridad. Los primeros y los más conmovedores han llegado de las provincias vecinas: Santiago del Estero, Salta y Santa Fe, o de pueblos como Orán, Reconquista u Olavarría. En cada lugar, la Iglesia, o las entidades de bien público, grupos de estudiantes o de vecinos, gentes de toda condición, han colaborado descargando camiones, reuniendo ropa y alimentos, vigilando las obras o atendiendo a los niños evacuados. A éstos últimos, una feliz iniciativa que pronto encontró eco en otras provincias, ha permitido su traslado a hoteles y colonias de vacaciones para aligerar las responsabilidades de sus padres y confortarlos en esta hora difícil. La magnitud y diversidad de estos gestos de solidaridad no sólo ha sido oportuna y eficaz, sino que también ha mostrado la generosa solidaridad de nuestro pueblo para socorrer a los atribulados pobladores del litoral.

Los daños causados por la gran inundación, sin duda han de dejar una huella indeleble y dolorosa. Pero al menos, ello ha servido para alertar nuevamente sobre la presencia del gran río y los riesgos que supone la desatención de esa vasta región.

Una primera observación que surge de ese cuadro es advertir que, pese a la antigüedad y variedad de los proyectos elaborados, es muy poco lo que se ha hecho para aprovechar los ríos de la cuenca a fin de brindar al litoral y al nordeste los servicios y la seguridad que justamente necesitan. Una vez más los hechos se han adelantado a las previsiones y han encontrado a la región desguarnecida.

En segundo lugar, esta gran inundación ha vuelto a poner en evidencia la importancia y al mismo tiempo, la fragilidad de esta parte del país. El nordeste es una región cuya ubicación geográfica requiere un sostenido apoyo de la Nación para que pueda emerger de sus limitaciones actuales y desarrollarse en consonancia con el país y los estados fronterizos con que limita.

Ojalá que estas lecciones de la naturaleza puedan ser aprovechadas de modo tal que en el futuro se atenúe el riesgo de calamidades semejantes. Y que así como hoy la solidaridad del país ha tendido su mano generosa, se advierta que la Nación sólo puede crecer y desarrollarse plenamente, cuando hay equidad y armonía entre las partes que la integran.

11 de junio de 1998, Nº 2218, 277 p.

Acerca de “No se olviden de los inundados”

He leído con mucho interés el editorial *No se olviden de los inundados*, publicado en el último número de *Criterio*. Sin perjuicio de compartir en sus líneas generales el contenido de dicho artículo, me veo en la necesidad de señalarle mi desacuerdo con el tercer párrafo del mismo, que por cierto no está debidamente informado.

Resido en el Chaco desde hace cuarenta años, y conozco bien los efectos de las inundaciones periódicas que padece la región.

Sobre la calamidad presente debo decir a usted que la provincia ha soportado dos inundaciones de diferente origen: una por efecto de las lluvias copiosas en el interior, sobre todo en el SO, y otra por creciente de los ríos Paraná y Paraguay. Dos frentes distintos geográficamente, y también simultáneos de inundación.

Frente a la inundación por lluvias, poco se puede hacer. Es verdad que faltaban completar los canales de los bajos submeridionales que aceleran el desagüe de los campos inundados y que arruinaron los algodones, justo en la época de cosecha, con pérdidas casi totales. Pero, aún con los canales, poco se puede hacer frente a lluvias copiosas, duraderas e inoportunas como las que cayeron en el interior de la provincia y norte de Santa Fe.

La segunda inundación, si bien afectó a los pobladores ribereños, no anegó a Resistencia. Esta ciudad, ubicada en el valle del Paraná, es vulnerable a cualquier creciente. Pero desde que se iniciaron las defensas en 1982, y se fueron perfeccionando y consolidando hasta hoy con otras complementarias y duraderas, la ciudad quedó a salvo. Los anegamientos parciales que divulgó la prensa televisiva, fueron el producto de lluvias, que al estar crecidos los ríos Negro y Paraná, debieron ser desagotados por bombas, que en esa oportunidad trabajaron a pleno para evacuar el agua. De hecho, la única buena noticia que no se divulgó en primera plana fue esa: la ciudad de Resistencia se preservó de la inundación gracias a la obra iniciada por un gobierno y continuada por otros, como correspondía a una cuestión de Estado.

De modo que en el caso de la creciente del Paraná, la única previsible, las medidas fueron acertadas y eficaces. No hubo improvisación ni desgracias mayores. Incluso el puerto de Barranqueras operó con normalidad en el pico de la creciente, gracias a las obras que lo defendían y que, con acierto, fueron completadas poco antes de la inundación.

Sé bien que otras localidades del litoral no tuvieron igual suerte. Pero creo que el caso de Resistencia puede servir de ejemplo acerca de cómo evitar el arrasamiento por las aguas desbordadas. Y por otra parte, es útil que el país conozca que dentro de esa calamidad hídrica, no todo ha sido improvisación y desacierto, sino que también se dieron

respuestas eficaces, surgidas de la racionalidad, la organización y la continuidad en las obras públicas por parte de los gobiernos

26 de diciembre de 1991, N° 2083/84, 690-696 pp.

La primera época de la iglesia rioplatense

La vida inicial de la iglesia rioplatense fue muy modesta pero supo sobreponerse a las dificultades, organizar su pastoral y enviar a figuras verdaderamente apostólicas a formar misiones que se constituyeron en ejemplos de los que se enorgullecerá la iglesia hispanoamericana al principio con muchas dificultades, propias de una región extensísima, donde todo estaba por hacerse, sin precedentes a la vista, con precariedad de recursos y escasez de hombres y de estímulos. La sociedad colonial, formada inicialmente por soldados y aventureros, fue cambiando la vida del campamento y el avío del guerrero, por la casa del vecino y la formación de las familias. Estos fundadores, y con ellos sus hijos criollos y mestizos, y los agregados a la casa en carácter de siervos o peones, requerían asistencia espiritual, y en muchos casos, protección y servicios. La Iglesia contaba para ello con escaso clero, y pocos medios, pero se apoyaba decididamente en la tradición religiosa de aquellos españoles, que, como decía fray Luis de León, estaban “muy enteros en la fe, pero muy rotos en la vida”.

La ciudad, contaba en todo caso, con servicios suficientes aunque elementales, y la ayuda suplementaria de los religiosos conventuales. En las pequeñas poblaciones que se habían fundado a lo largo del siglo XVI, se brindaba incluso una somera instrucción pública, se asistía a los enfermos y se vivían devociones y ritos que permitían al menos, el mantenimiento de la fe. Parroquias de españoles (es decir, de criollos y mestizos) y parroquias de indios, atendían en ellas las necesidades religiosas de unos y otros.

En cambio, la vida rural en donde residía la mayoría, se hallaba más desatendida. Estancias y chacras aisladas, sin pueblos ni iglesias cercanas, y sin asistencia espiritual, hacían que familias enteras vivieran al margen de la vida sacramental y de las celebraciones de la Iglesia, y a veces, proclives a un lento embrutecimiento nacido de la soledad y el aislamiento. Las misiones rurales, al principio esporádicas, vinieron a llenar esa necesidad, hasta que, aumentada la población y la seguridad, pudieron crearse las primeras parroquias rurales. Pero esto ocurrió bastante más tarde, ya a fines del siglo XVII o principios del XVIII.⁸³

El otro sector que requería la acción de la Iglesia era el mundo aborigen. Y dentro de éste, los que se hallaban más próximos, que habían sido conquistados y servían a los españoles en la vida doméstica como yanaconas, o que mitaban periódicamente para brindar sus brazos en las faenas agrícolas o en los trabajos públicos.⁸⁴ Todos estos

⁸³ Sobre las misiones rurales de los jesuitas, Joaquín Gracia SJ, *Los jesuitas en Córdoba*, prólogo de Rómulo Carbia. Bs. As. 1940, 244- 247.

⁸⁴ Los yanaconas eran aquellos indios que estaban adscriptos en forma permanente al servicio de los españoles, desarraigados de su comunidad de origen; los mitayos en cambio, eran indios de un pueblo de encomienda, que acudían por turnos a prestar su servicio al encomendero durante un cierto tiempo, y pagar con ello su tributo.

indios habían sido repartidos en encomienda y dependían de sus encomenderos. Esta situación, y los abusos que ella engendró sobre todo el pago del tributo en forma de servicio personal permanente, demandarán de la Iglesia una doble responsabilidad: velar por la justicia en las prestaciones de los indios y alcanzar su evangelización.

En el primer caso, y dadas las condiciones imperantes en la época, la demanda significaba buscar el cumplimiento de las leyes que regían el trabajo y establecían los derechos de los indios. En este campo, y sin apartarse del Río de la Plata, cabe decir que el papel cumplido por los obispos, provinciales religiosos y misioneros, fue activo, constante y eficaz. Por cierto que no lo remediaron todo, porque la lucha contra los prejuicios, la crueldad o la codicia requerían entonces (y siempre) una vigilancia constante, imposible de alcanzar en regiones tan extensas, silvestres y aisladas, donde no llegaba la presencia ni mucho menos, la acción punitiva del Estado. Sin embargo, los testimonios que se conservan hablan a las claras de una actitud solidaria para con los indios y sentido de la justicia. Los diecinueve artículos de la Ilustración para confesores, del obispo Loyola; las constituciones de los sínodos, o la Instrucción para componer las conciencias de los encomenderos, del provincial Diego de Torres, así como las múltiples denuncias e informes redactados por los misioneros, son más que elocuentes en la prestación de este servicio.⁸⁵

La evangelización y las misiones

El segundo aspecto a considerar por la Iglesia rioplatense, era la evangelización de los indios. No bastaban ya las acciones cumplidas por misioneros ocasionales, ni los bautismos generalizados sin preparación suficiente de quienes los recibían. Esta tarea, para ser eficaz, requería una catequesis sistemática en lengua aborígen, y una participación regular en la vida litúrgica y sacramental.

Para ello, nada más adecuado que aplicar las recomendaciones reales y episcopales, de reunir a los indios en pueblos, a fin de iniciarlos en la vida civil, concentrar el esfuerzo y utilizar mejor el escaso personal misionero disponible.⁸⁶

Las reducciones o misiones fueron pueblos grandes, formados por la unión de aldeas, generalmente pequeñas y dispersas, como fue el caso de los guaraníes, o por la agrupación de bandas de cazadores y recolectores nómades, como ocurrió con los indios bonaerenses y litoraleños. Las primeras se formaron y perseveraron bajo la tutela de los frailes franciscanos. Así se formaron las reducciones de Altos (1580), Itá (1585), Yaguarón (1587), y más tarde, las de Caazapá (1610) y Yutí (1611?) en el ámbito paraguayo, e Itatí (1616) y Santa Lucía, en el correntino, gracias al impulso y celo que en ello pusieron fray Luis de Bolaños OFM y sus hermanos de religión.⁸⁷

⁸⁵ Textos en *Rituale cit.* 412-414; y manuscrito, probablemente de Diego de Torres, en Colección Mata Linares, XI, 110-114, en Real Academia de la Historia, Madrid.

⁸⁶ Reales cédulas de 1551, 1560, 1565, 1568, 1573 y 1578, en Leyes de Indias, L. VI, tit. III, ley I.

⁸⁷ Cayetano Bruno SBD, *Ob. cit.* II, 180-187.

En cambio, las segundas, fundadas en Buenos Aires, Santa Fe, la Banda oriental y el mismo Chaco entre grupos indígenas inestables por las mismas condiciones de vida a que estaban acostumbrados, languidecieron o se extinguieron, pese a los esfuerzos que se dedicaron a ellas.⁸⁸

La acción de los franciscanos, aplicada a poblaciones indígenas que ya estaban encomendadas, tendió a brindarles junto con la instrucción religiosa, protección y cierto aislamiento que contribuía a su independencia dentro de la sociedad colonial. A su vez, los jesuitas ampliaron considerablemente esa labor, ganando espacios y gentíos nuevos, y mejorando aún más las condiciones de vida imperantes entre los indios reducidos. Para ello, los misioneros se dirigieron hacia las fronteras de la provincia del Paraguay, y desde 1609 hasta 1636, plantaron sus reducciones en el Guayrá y en el Itatín, y también en regiones donde no había llegado la conquista, como en el sur del Tebicuary, en las márgenes del alto Paraná y Uruguay, en la cuenca del Iyuhí y las sierras del Tape, comarcas en las que vivían decenas de miles de guaraníes. En el lapso de poco más de dos décadas, lograron erigir unas cuarenta reducciones, aprender la lengua y las costumbres de los guaraníes, ganar su confianza, y luego de muchos fracasos, expandir la fe cristiana en un amplio territorio.⁸⁹

En esa obra misional, de dimensiones extraordinarias, sobresalieron por su virtud y ardor apostólico los padres Juan Romero, Marciel de Lorenzana, José Cataldino, Antonio Ruiz de Montoya y San Roque González de Santa Cruz, entre un grupo ya de por sí excepcional de religiosos.

El segundo aspecto merced al cual los jesuitas perfeccionaron en sus reducciones la obra evangelizadora anterior, consistió en prometer a los indios que, una vez reducidos a pueblo, no serían encomendados a los españoles como ellos temían. Promesa que se cumplió no sin dificultades y pleitos, pero que abrió las puertas de la confianza a importantes núcleos indígenas que permanecían al margen de la sociedad colonial, temeroso y prevenido frente a los conquistadores.

Al finalizar el tercer tercio del siglo XVII, puede decirse que la Iglesia rioplatense ya estaba asentada, y en plena tarea de evangelización. Gracias a ello, pudo enfrentar con eficacia los nuevos acontecimientos que sobrevinieron en la región. La irrupción salvaje de los bandeirantes paulistas sobre las reducciones del Guayrá (1628-1631), y luego las del Tape (1634-1640); la retirada de las ciudades paraguayas de Villa Rica y Ciudad Real (1632) y de Santiago de Jerez al interior de la provincia; el alzamiento de los diaguitas

⁸⁸ En Buenos Aires se fundaron tres: la de San José de Areco, del cacique Bagual (1609-1610), de Santiago del Baradero, del cacique Bartolomé con guaraníes de las islas (1615) y la de San Juan Bautista, del cacique Tubichaminí (1615). En Santa Fe, se formaron las de San Lorenzo de mocoretaes, de San Miguel de calchines y de San Bartolomé de charrúas, entre 1615-1616. Y en la Banda oriental, las de Santo Domingo Soriano (1616), de San Francisco de Olivares, de charrúas y San Juan de Céspedes, en 1626.

⁸⁹ Uno de esos "fracasos" lo constituyó el martirio de Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo en 1628, en Caaró e Iyuhí, así como también las penurias referidas por Antonio Ruiz de Montoya en su *Conquista espiritual del Paraguay*, Madrid, 1639.

en el Tucumán (1630-1636) y de los guaycurúes en el Chaco austral (1631-1632), fueron hechos que indican un conflicto generalizado en ambas provincias y el inicio de una nueva época. Esta estará marcada por el repliegue de la sociedad colonial y la defensa de sus fronteras, la reubicación de las misiones de guaraníes, y la guerra intermitente con los indios de las regiones marginales.

Pero frente a los nuevos tiempos, la Iglesia contaba ya con algunos puntos de apoyo consolidados desde la época anterior. Dotada de una estructura eclesial elemental pero bien arraigada, con órdenes religiosas establecidas; un equipamiento edilicio pobre pero suficiente y algunos servicios pastorales en marcha, podía cumplir mejor con su misión. Y por sobre todo se habían desarrollado las misiones entre los indios, que constituían su logro más significativo. Después de los primeros tanteos, junto a errores y fracasos, se podía advertir que la obra de sus obispos, clérigos y misioneros estaba ya a la vista, y había dado los primeros frutos. Y que sobre ellos, como un pampero sobrenatural había soplado el Espíritu, completando de ese modo la obra siempre imperfecta de los hombres.

El autor es director del Instituto de Investigaciones Geohistóricas del CONICET. Resistencia, Chaco; miembro de la Academia Nacional de la Historia.

Textos unificados Cartas de Lectores

11 de junio de 1998, N° 2218, 277 p.

Acerca de “No se olviden de los inundados”

He leído con mucho interés el editorial *No se olviden de los inundados*, publicado en el último número de *Criterio*. Sin perjuicio de compartir en sus líneas generales el contenido de dicho artículo, me veo en la necesidad de señalarle mi desacuerdo con el tercer párrafo del mismo, que por cierto no está debidamente informado.

Resido en el Chaco desde hace cuarenta años, y conozco bien los efectos de las inundaciones periódicas que padece la región. Sobre la calamidad presente debo decir a usted que la provincia ha soportado dos inundaciones de diferente origen: una por efecto de las lluvias copiosas en el interior, sobre todo en el SO, y otra por creciente de los ríos Paraná y Paraguay. Dos frentes distintos geográficamente, y también simultáneos de inundación.

Frente a la inundación por lluvias, poco se puede hacer. Es verdad que faltaban completar los canales de los bajos submeridionales que aceleran el desagüe de los campos inundados y que arruinaron los algodinales, justo en la época de cosecha, con pérdidas casi totales. Pero, aún con los canales, poco se puede hacer frente a lluvias copiosas, duraderas e inoportunas como las que cayeron en el interior de la provincia y norte de Santa Fe.

La segunda inundación, si bien afectó a los pobladores ribereños, no anegó a Resistencia. Esta ciudad, ubicada en el valle del Paraná, es vulnerable a cualquier creciente. Pero desde que se iniciaron las defensas en 1982, y se fueron perfeccionando y consolidando hasta hoy con otras complementarias y duraderas, la ciudad quedó a salvo. Los anegamientos parciales que divulgó la prensa televisiva, fueron el producto de lluvias, que al estar crecidos los ríos Negro y Paraná, debieron ser desagotados por bombas, que en esa oportunidad trabajaron a pleno para evacuar el agua. De hecho, la única buena noticia que no se divulgó en primera plana fue esa: la ciudad de Resistencia se preservó de la inundación gracias a la obra iniciada por un gobierno y continuada por otros, como correspondía a una cuestión de Estado.

De modo que en el caso de la creciente del Paraná, la única previsible, las medidas fueron acertadas y eficaces. No hubo improvisación ni desgracias mayores. Incluso el puerto de Barranqueras operó con normalidad en el pico de la creciente, gracias a las obras que lo defendían y que, con acierto, fueron completadas poco antes de la inundación.

Sé bien que otras localidades del litoral no tuvieron igual suerte. Pero creo que el caso de Resistencia puede servir de ejemplo acerca de cómo evitar el arrasamiento por las

aguas desbordadas. Y por otra parte, es útil que el país conozca que dentro de esa calamidad hídrica, no todo ha sido improvisación y desacierto, sino que también se dieron respuestas eficaces, surgidas de la racionalidad, la organización y la continuidad en las obras públicas por parte de los gobiernos.

Noviembre de 2001, N° 2267, 658 p.

Acerca de “Herramientas tributarias...”

Con relación al excelente artículo de Juan G. Navarro Floria *Herramientas tributarias para la financiación de la Iglesia en la Argentina*, cuyo contenido suscribo totalmente, me parece necesario completar la información histórica sobre los diezmos. La supresión aludida sólo se llevó a cabo en Buenos Aires pero no tuvo efecto en el resto del país, donde, mal o bien, los diezmos siguieron recaudándose. Le cupo al Congreso de la Confederación dictar la ley del 9.XII.1853 que estableció en su artículo 1º que “Por ahora y hasta el arreglo general de las rentas de la Confederación, se asigna para el sostén del culto la misma suma que a este objeto sufragaban los diezmos”. Suprimidos los diezmos, le cupo al presidente Justo J. Urquiza asignar una partida en el presupuesto nacional para atender el culto de la Iglesia y el sostén a sus ministros. En estas medidas, cuyo detalle no cabe en esta breve nota, se halla el origen del presupuesto de culto de nuestro país.

Tampoco es completamente cierto que en los diezmos lucrara principalmente la Monarquía española. Entre 1622 y 1803 la suma recaudada se dividía anualmente en tres partes: la primera correspondía al obispo; la segunda al cabildo eclesiástico y la tercera se distribuía en distintas atenciones como hospital, seminario, etc. De este último tercio, la corona recibía dos novenas partes. De modo que el usufructo fiscal de esta contribución equivalía en aquellos tiempos al 7.5% aproximadamente del total de lo recaudado. En 1804, la Monarquía hizo agregar un noveno más para aliviar sus finanzas, pero a deducir del total de la masa recaudada. De modo que entre 1804 y 1810 la contribución fiscal equivalía, aproximadamente a un 20% del total diezclado. Y en la primera mitad del siglo en nuestro país, fueron las administraciones provinciales las que utilizaron en más de una ocasión los diezmos con iguales propósitos que la Monarquía española, desnaturalizando su sentido. En la mentalidad de la época, el presidente Justo J. Urquiza y su ministro Facundo Zuviría procuraron regularizar la responsabilidad del Estado conforme al artículo 2º de la Constitución nacional, con una medida que hoy es ya anacrónica y requiere una revisión como la que acertadamente se propone en el artículo citado.

Junio de 2004, N° 2294, 327 p.

LECTORES

Acerca de “Universidad, lo académico y lo político”

Señor Director:

En el último número de *Criterio* se ha publicado un oportuno editorial sobre la “Universidad, lo académico y lo político” que refleja distintas situaciones de conflicto en la Universidad de Buenos Aires. A fin de ampliar ese panorama a otras regiones del país, desearía referirme brevemente a los hechos ocurridos en la Facultad de Vivienda y Urbanismo (FVU) de la Universidad Nacional del Nordeste (UNNE) con sede en Resistencia, Chaco. Creo que estos hechos reflejan acabadamente la instalación de la violencia como procedimiento para obtener, por una vía no legítima, lo que no pudo lograrse a través del camino institucional de la vida universitaria.

En esa Facultad, luego de un largo trámite de consultas, se puso en vigencia un nuevo plan de estudios, que reemplazó el antiguo, vigente desde 1977. Ello fue aprobado por el Consejo Directivo de la Facultad; más tarde lo hizo el Consejo Superior de la Universidad y también la Comisión Nacional de acreditación universitaria (CONEAU).

Inopinadamente, una fracción de integrantes del Centro de estudiantes ocupó la sede de la Facultad, declaró su oposición a la aplicación del nuevo plan y reclamó el restablecimiento del anterior. La ocupación de la Facultad duró 17 días. Al cabo de los mismos, las autoridades obtuvieron el desalojo pacífico de la Facultad. Pero paralelamente, el mismo grupo de estudiantes solicitó y obtuvo de una jueza provincial un amparo, que suspendió la aplicación del nuevo plan. Dicha medida quedó firme, ínterin la Facultad y la UNNE desconocían la jurisdicción de esa jueza y acudían a la justicia federal. A todo esto, como el decano de la Facultad mantuvo la vigencia del nuevo plan, fue intimado por la jueza a suspenderlo, y hacerse cargo pecuniaria y penalmente por la desobediencia que implicaba no cumplir con el amparo interpuesto en su sede.

El resultado de esta cuestión, que lleva casi dos meses de duración, supone, por una parte, una querrela procesal entre la UNNE y el Centro de Estudiantes sobre la jurisdicción provincial o nacional que corresponde en esta cuestión. Pero también que las clases de primer año se hallan suspendidas; que no se sabe cuál plan de estudios tendrá vigencia; que las autoridades de la Facultad se han visto desconocidas y apremiadas judicialmente y que la derivación de un problema estrictamente académico ha derivado en un pleito judicial. Todo ello ha tenido origen en un acto de violencia, como fue la toma y cierre de la Facultad por un grupo de estudiantes y su negativa a discutir y aceptar un plan de estudios aprobado por los órganos de gobierno de la universidad, en los cuales ellos también tienen participación. El abandono de la vía legítima y el recurso a la violencia, además de judicializar una cuestión estrictamente académica, solo puede conducir a la arbitrariedad, la desvirtuación de las instituciones y la degradación del

estado de derecho. En suma, agravar aún más la decadencia educativa e institucional del país, tal como lo señalaba el editorial de *Criterio*.

Reseñas y comentarios acerca de su obra

27 de julio de 1972, N° 1648, 414 p.

Nómina de gobernadores civiles y eclesiásticos de la Argentina durante la época española (1500-1810), por Ernesto J. A. Maeder, Resistencia Universidad Nacional del Nordeste, 1972, 174 páginas.

Por Osvaldo D. Santagada

Con este volumen comienza la publicación de una “obra de referencia” muy necesaria para la investigación histórica de nuestro país: las cronologías de gobernadores. El trabajo es nuevo e interesante. No repite tablas conocidas, se dedica a recopilar nóminas con fechas y algunos datos escuetos sobre los cargos mencionados. Se han evitado las notas y comentarios. No se presentan las transformaciones de apellidos (p.e. Guajardo por Fajardo entre los obispos de B.A.) o los personajes inciertos (como Juan Bautista Sicardo, agustino en 1704 o Pedro Inocencio Bejarano en 1797, entre los obispos bonaerenses).

El conjunto nos presenta una excelente obra informativa breve y, en cuanto posible precisa. Esperamos que sigan apareciendo los otros tomos, haciendo un voto; que se continúe incorporando a las autoridades de Iglesia durante la época independiente hasta nuestros días.

14 de marzo de 1991, N° 2065, 69-70 p.

Historiografía argentina (1958-1988), una evaluación crítica de la producción histórica Argentina, Bs. As., Comité Internacional de Ciencias Históricas, Comité Argentino, 1990, 625 páginas.

Reseña de Patricia V. Mejalelaty

El presente trabajo es una compilación de las ponencias expuestas en las Segundas Jornadas celebradas en la Ciudad de Paraná en agosto de 1988 dedicadas a la Historiografía Argentina de los años 1958- 1988. La riqueza del encuentro se evidencia por el amplio espectro de los temas tratados: Historiografía del Derecho y de las Instituciones, Historiografía Colonial, del Arte y de la Arquitectura, de la Historia Regional, de la Historia Económica, Política, Social, de las Relaciones Internacionales, de las Ideas y de las Ciencias, de la Demografía, de la Historia Moderna y Medieval, de la Historia Agraria.

La autoría de cada uno de los trabajos corresponde a un especialista en la materia, lo cual es una garantía de su calidad y profesionalismo. De todas maneras, debe ser destacado que no todas las ponencias poseen la misma profundidad y dinamismo. Entre los oradores más destacados cabe mencionar a José María Mariluz Urquijo, Víctor Tau Anzoátegui, Carlos A. Mayo, Armando Raúl Bazán, Carlos Segreti, Roberto Cortés Conde, Nilda Guglielmi, Ezequiel Gallo, Carlos Floria, Luis Alberto Romero, Marcelo Montserrat, Carlos Escudé y Ernesto J. A. Maeder.

Si bien la consigna era la realización de una valoración crítica de la historiografía del período mencionado, algunas de las ponencias superan con creces dicho objetivo, al analizar distintos aspectos del quehacer histórico. De esta manera no sólo aparece dibujado con el correr de las páginas el perfil del historiador del mundo de hoy, sino que también se delinearán las técnicas y metodologías en boga así como las nuevas orientaciones temáticas.

El texto en cuestión no está dirigido al público general. Su grado de especialización lo convierte en una herramienta fundamental tanto para el estudiante de historia como para el investigador. En él se podrá hallar un *who is who* en la labor histórica, así como una expresa referencia a los centros de investigación existentes en el país, los organismos que otorgan becas y subvenciones y los centros universitarios de mayor prestigio. Son también mencionados los distintos congresos y jornadas efectuados en cada área así como las publicaciones oficiales existentes. La mayor parte de los artículos concluye con una extensa bibliografía sobre el tema tratado. Por todo lo dicho el presente trabajo es una obra de referencia de máxima utilidad, especialmente en los primeros momentos del proceso heurístico.

No sólo se hace hincapié en la labor realizada en cada área sino que varios autores también hacen referencia a los huecos existentes y a las nuevas líneas de análisis aún

no exploradas. El texto da una acabada síntesis del estado actual de la cuestión correspondiente a cada tema y de los puntos debatidos en la actualidad.

Si bien no dicho en forma expresa, la investigación histórica se perfila a través de estas páginas como una actividad en gran parte asistemática, producto de la desorganización de los centros de investigación universitarios y empobrecida por la falta de presupuesto y oportunidades de publicación propios de la realidad nacional. De todas formas se percibe un claro enriquecimiento y profesionalización de la historia como ciencia, de su proceso heurístico y metodológico, así como también una superación del enfoque estático, localista y una apertura en pos del trabajo interdisciplinario con el fin de lograr una visión menos parcializada de la realidad.

13 de noviembre de 1997, N° 2207, 655 p.

**Misiones Guaraníticas, Editorial Universidad Católica Argentina, Buenos Aires,
1996.**

Reseña de Pedro J. Frías

Maeder es un historiador afortunado. Vecindado en el Chaco, director del Instituto de Geohistoria, pudo documentare ilustrar la ocupación del territorio en el Nordeste en atlas de calidad sobresaliente. Las misiones guaraníticas le ofrecieron su pasado, fascinante desde que las viejas diatribas fueron desalojadas por la admiración a una transculturación tan respetuosa de la índole aborígen.

Entre el cielo y la tierra- pieza de teatro de un austríaco- ha quedado en mi memoria más que el filme *La Misión*: cuando el Superior es conminado a la Expulsión, sabe que tiene fuerzas disciplinadas que pueden resistir, pero lo asalta una duda: ¿es legítimo construir el Reino de Dios en la tierra? Y cede.

Este libro no pretende reivindicar el proyecto jesuítico entre los guaraníes. Ya no lo necesita. ¿Pone término a la historia de las Misiones? No propiamente, pero sí la hace accesible, la incorpora con creciente interés a la memoria del lector e ilustra todo: los pueblos, las autoridades, las creaciones, los conflictos que reflejan las relaciones entre España y Portugal y el dolor de la expulsión de los jesuitas.

El nuevo orden secularizado fue menos humano y preparó la dispersión. Hay descripciones de una elocuencia que merecerían transcripción: la música que acompañaba a las yuntas de bueyes que arrastraban los grandes árboles para la edificación de los pueblos (p. 50) o la falta de compromiso de las autoridades en la época de la secularización.

Una bibliografía sorprendente no perturba el texto. Es un libro para recordar.

Noviembre de 2010, N° 2365, 500 p.

Historia de la conquista de las provincias del Paraguay, Río de La Plata y Tucumán del Padre Pedro Lozano, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2010, 2 tomos, 1294 páginas.

Reseña de Marcelo Montserrat

Si por un ardid de la historia, el clérigo anglicano y genial satírico irlandés Jonathan Swift volviese a la vida desde la segunda mitad del siglo XVII y se colase de rondón en algunas librerías porteñas, estallarían seguramente un festival de sarcasmos e ironías. Allí encontraría vidas de ilustres deportistas que el tiempo borraría pronto marchitas, engendros destinados a eludir la vejez, aunque sea ortopédicamente, atroces pastiches de autoayuda urdidos por damas porteñas que ansían hallar un plus de alma -y de otras delicias- entre una trattoria del Trastevere y la isla de Bali. En suma, todo lo que merece un nombre que, curiosamente, no se pronuncia ya más, y que tanto preocupó antes a Thackeray, Flaubert, Bierce, Silveira y a nuestro Bioy Casares: la cursilería.

Sirva este proemio para contrastarlo con la aparición de una obra de notable envergadura, como es *Historia de la conquista de las provincias del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* del jesuita Pedro Lozano, escrita entre 1734 y 1739. Sería preciso contar con una pluma menos menguada que la mía -inclinada a otros ámbitos historiográficos-, para realizar un estudio minucioso de esta edición de la Academia Nacional de la Historia, pero más que un análisis ésta es una celebración.

Por otra parte, era lógico esperar que la excelencia académica de la obra -en versión completa de dos volúmenes que incluye dos capítulos que faltan en la edición de Andrés Lamas-, fuese tributaria de don Ernesto J. A. Maeder, uno de los historiadores más rigurosos y cultos de su generación, que la ha coordinado y dotado de un rico estudio preliminar. Los estudiosos de la historia colonial y el público curioso tienen ahora una edición definitiva de esta famosa obra del padre Lozano.

Cuenta Diógenes Laercio que Pitágoras urgió a Hermes para que le otorgase la memoria de cuanto sucediese: "Así fue que mientras vivió se acordó de todo". Ante el ilustre antecesor, pues, del memorioso Funes y del herido de Smolensk que describió Alexandr Luria, ahora debemos agradecer a don Ernesto J. A. Maeder y a su enjundioso equipo el haberse deslizado con tanta pericia en la azarosa estela de los memoristas.

Así bien vale la pena recordar.

Enero-febrero de 2015, N° 2411, 48-49 pp.

Misiones del Paraguay. Conflictos y disolución de la sociedad guaraní (1768-1850)

Reseña de Ángeles de Dios Martina

Recientemente se ha publicado *Misiones del Paraguay. Conflictos y disolución de la sociedad guaraní (1768-1850)*, cuya autoría pertenece al doctor Ernesto J. A. Maeder. Se trata de la segunda edición de esta obra dada a conocer en 1992. Su autor afirma, que el interés suscitado en los últimos años en torno a las Misiones Jesuíticas del Paraguay, como la atención que la historiografía está dedicando al pasado de los pueblos aborígenes en especial a los guaraníes, motivaron la reedición de la misma, agotada hace varios años.

Destacamos que esta obra coincide con la publicación del anterior libro, *Historia de las Misiones del Paraguay. Construcción jesuítica de una sociedad cristiana guaraní (1610-1768)*, publicada a principios de este año; de tal modo que ambas obras se complementan. Esta reedición comprende la evolución de aquella empresa misional, la trayectoria posterior del pueblo guaraní desde la expulsión de los jesuitas y la creación de la provincia en 1768, hasta su finalización a mediados del siglo XIX. Continúa con la fragmentación que sufrió aquel distrito repartido a su vez entre las nueve naciones surgidas en la cuenca del Plata. En esta segunda edición se ha mantenido el texto original y se ha incorporado un apéndice bibliográfico destinado a actualizar la información.

Es conocida en esta región la presencia importante o dominante en el decir del autor que tuvieron las misiones jesuíticas de guaraníes en el siglo XVII y buena parte del XVIII hasta la expulsión de la Compañía de Jesús en 1767 y la declinación de esta obra hasta su ruina total. Todo ello, un interrogante, que el investigador se planteó desde que comenzara a estudiar y profundizar estos temas como bien lo dijera desde que llegó al Chaco hace varias décadas.

Las misiones asentadas en el Paraguay, Corrientes, Río Grande y la Banda Oriental del Uruguay, invitaban – escribió - a buscar las causas de ese proceso asimétrico, con la expulsión de los jesuitas, la secularización de las misiones y sus resultados y los desaciertos con la administración de todo el legado jesuítico, brindaba la oportunidad para realizar una extensa serie de investigaciones en torno a este hecho histórico. El contenido de este libro trata de describir ese proceso hasta su etapa final. Es la historia de una época, de un sistema y de un pueblo que se extendió de 1767 a 1850. Los acontecimientos ocurridos en la región rioplatense dieron lugar a que su propia sociedad y territorio se constituyeran por la fuerza de los hechos históricos, en una realidad muy diferente en la región.

Estos hechos, han sido para el autor, largos años de investigación, fuente principal para la elaboración de este valioso trabajo de consulta para estudiosos, historiadores, y personas interesadas por el tema.

La obra comprende desde la organización política entre 1768 y 1810 y fue organizada en siete capítulos que incluyen, entre otros temas la estructura política de la época jesuítica, los sistemas de gobierno, los gobernantes y el sistema político; la creación del gobierno militar y político de las misiones de 1803 a 1810. Otros asuntos abordados son: La *sociedad Guaraní entre dos épocas*, que incluye las dimensiones de la población comprendida en sus distintos aspectos, tanto demográficos como la emigración y la estructura de la población misionera, edades y sexos y la crisis; la desintegración social y la ruralización. Más adelante, *La estructura productiva: ganadera, agricultura y tejidos*, refiere, que esta organización permitió a dichos pueblos auto abastecerse, cultivar la yerba mate, el algodón y la fabricación de tejidos. Otro capítulo trata la *Administración económica y financiera*; las normas que permitieron organizar este proyecto y diversas etapas de este proceso. Información de particular interés hace referencia a la vida en los pueblos y los intentos de reforma que incluyeron higiene, alimentación, vestido, vivienda, organización del trabajo entre otros aspectos.

Trata, además, la cuestión de límites, la libertad de los indios y las misiones, y la frontera portuguesa. Hace mención al posterior reparto del territorio misionero y a la dispersión de los guaraníes en las provincias argentinas y el éxodo guaraní hasta la Banda Oriental. El libro contiene un índice de mapas y gráficos, una amplia bibliografía y fuentes utilizadas, un índice onomástico y otro toponímico y siglas utilizadas. Instituto de Investigaciones Geohistóricas Conicet. Editorial Con Texto, 2014, 300 páginas.

Enero-febrero de 2016, N° 2422, 46-47 pp.

Recuerdos de la vida universitaria en la Facultad de Humanidades. Un centro de irradiación cultural.

Reseña de Ángeles de Dios Martina

De reciente publicación, la obra está precedida de emotivas palabras de su esposa e hijos, quienes manifiestan que el libro es editado a cinco meses del fallecimiento del autor, ocurrido el 10 de marzo de 2015, en la sede de la Academia Nacional de la Historia. En oportunidad de viajar a Buenos Aires para asistir a la reunión en este organismo, el doctor Ernesto Maeder entregó el original a la editorial y librería Con Texto de la ciudad de Resistencia para su impresión.

Esta gestión daría por finalizado su trabajo destinado a rescatar la historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste desde 1958 hasta la década de 1980. La obra constituye un valioso aporte que documenta la génesis de dicha Facultad de la que fueron protagonistas profesores y alumnos, las dificultades sobrellevadas en esos años. Señala el autor que comprendieron diferentes aspectos edificios, tanto para el funcionamiento de la institución como la falta de viviendas para los profesores provenientes de otras provincias e incluso del exterior. Cabe agregar la carencia de libros y de bibliotecas, la lejanía del centro de la ciudad y otros inconvenientes propios de una ciudad como Resistencia, en esos años “mercantil y populosa”, que aspiraba a contar con un centro de irradiación cultural imprescindible para la región.

Estas circunstancias no amedrentaron a quienes, convocados por el decano organizador profesor Oberdan Caletti, llegaron provenientes de Buenos Aires para la “Escuela de Humanidades”, como el doctor Maeder y Arthur J. Hand, Héctor E. Guillen y su esposa Clara Vedoya de Guillen, de La Plata; los hermanos Malvina y Eduardo Antonietta de Tucumán; Enrique D. Bruniard y Eldo Morresi de Paraná; además de Saúl Yurkievich, Delfor Candía Marc y el agrimensor Marcos Marangunic de Resistencia. Posteriormente, otros profesionales integraron el plantel de historiadores, geógrafos, profesores en letras, filosofía y ciencias de la educación para cumplimentar los programas curriculares.

A sus evocaciones personales, el autor añade el testimonio de profesores mediante el uso de la entrevista, como Elsa A. Dellatorre, quien recuerda a Hilda Torres Varela; Cristina Castillo de Cayré a Ana María Liotti y Mirtha Andreau de Bennato acerca del Departamento de Filosofía. Son recordados, entre otros, el poeta Alfredo Veiravé de Entre Ríos en la voz de María Luisa Acuña desde Jujuy, y esta docente, por la profesora Cilly Müller de Inda. Con los años, nuevos profesionales integraron sus planteles y aportaron iniciativas a fin de lograr el crecimiento de la Facultad, entre ellos el geógrafo Alfredo Bolsi de Tucumán y los arquitectos Ernesto I. Galdeano de Rosario y Ramón Gutiérrez de Buenos Aires. De aquellos años perdura el *Taller de Arte Regional* cuya dirección fue encomendada al escultor Carlos Schenone.

A estos recuerdos se añaden los de la antropóloga Susana Colazo, proveniente de Buenos Aires quien trabajó junto al profesor Eldo Morresi en el registro de los objetos de la colección del *Museo Regional de Antropología* y en la continuidad de los trabajos en el yacimiento de Km 75 de la primera ciudad española del Chaco. A las funciones de la profesora Colazo, es de agregar su dedicación al estudio de la cultura de los grupos etnográficos durante más de dos décadas. Estos testimonios son complementados con los pertenecientes a Norma C. Meichtry, doctora en geografía, ex alumna de la Facultad, investigadora del IIGHI-Conicet. Con posterioridad a su especialización en universidades nacionales y extranjeras, ingresó a la carrera de investigador del organismo mencionado y continuó con la cátedra de Geografía Argentina hasta su jubilación.

Menciona el autor a otros profesores llegados posteriormente, de paso fugaz por el Departamento de Historia como Alberto Vilanova Rodríguez exiliado republicano, Julius Kakarieka Silius de Chile y Enrique Dussel Morosini de la Universidad de Cuyo. A esta diversidad de estudiosos, la obra señala la destacada expansión de la Facultad durante esas décadas como sede de congresos, cursos, jornadas de estudio y visitas ilustres de distintas especialidades. La Facultad documentó su quehacer en la investigación y la docencia con publicaciones de *Boletines de Ciencias de la Educación y Filosóficos*, *Boletín Bibliográfico*, *Cuadernos de Estudios Estéticos y Literarios* y las revistas: *Nordeste* de periodicidad anual, y *Geográfica* y *Folia Histórica del Nordeste* ambas de vigencia actual. Promovió la traducción y edición de relevantes trabajos del griego, latín o alemán e incorporó cartografía de particular interés.

Ilustran este libro fotografías de profesores de la casa y visitantes, alumnos, reuniones, convenciones, actos académicos, festejos, y del quehacer diario de la docencia. Otras imágenes dan cuenta de los trabajos en el Km 75, los murales de Eddie Torre y Rodolfo Schenone, el campus y sus construcciones, la Biblioteca Central, el meteorito *Chaco* y portadas de publicaciones como *Las tribus indígenas del Gran Chaco hasta fines del siglo XVIII*, *Testimonios* crónica conmemorativa en homenaje a los XXV años de la Facultad y discursos de apertura de clases entre otros valiosos trabajos.

Mayo de 2015, N° 2414, 50 p.

Obituario de Ernesto J. A. Maeder, por Ángeles de Dios de Martina

El 10 de marzo falleció en Buenos Aires el doctor Ernesto J. A. Maeder en el recinto de la Academia Nacional de la Historia, después de dictar una conferencia acerca del historiador mexicano Silvio Zavala, fallecido a los 105 años en el mes de diciembre de 2014. Su quehacer se extiende a, entre otros campos, la investigación en el IIGHI Instituto de Investigaciones Geohistóricas del CONICET.

Nacido en la ciudad de Buenos Aires el 22 de junio de 1931, su extensa trayectoria como profesor, investigador del CONICET, académico, decano, rector, ministro y autor de relevantes publicaciones de temas de su especialidad en la historia argentina y regional, sus obras son conocidas en el país y en el exterior, en particular los trabajos relacionados a las Misiones Jesuíticas en el Río de la Plata a cuya obra evangélica y cultural dedicó varias décadas de estudio. Radicado en el Chaco desde 1957, contribuyó a la organización de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste juntamente con otros profesores procedentes de distintos lugares del país. Su quehacer se extiende a, entre otros campos, la investigación en el IIGHI Instituto de Investigaciones Geohistóricas del CONICET. Su participación en foros nacionales e internacionales con trabajos relacionados a dichas Misiones lo tiene como referente mundial en estos temas. Publicó entre otros títulos, *Evolución demográfica argentina desde 1810 hasta 1869*, en 1969; *Atlas Histórico del Nordeste Argentino* en 1995 en colaboración con Ramón Gutiérrez y otros; *Historia del Chaco* (1996); *Nómina de Gobernadores civiles y eclesiásticos de la Argentina durante la época española (1500- 1810)* en 1971. Otros títulos sobre su especialidad: *Los bienes de los Jesuitas. Destino y Administración de sus temporalidades en el Río de la Plata (1767-1813)*, en 2001; *Misiones del Paraguay. Conflicto y Disolución de la Sociedad Guaraní (1768- 1850)*, reeditado en 2014; *Atlas histórico y del desarrollo urbano del nordeste argentino. Pueblos de indios y misiones jesuíticas*, en 2009; *Evocaciones, recuerdos y confidencias*, en 2013; *Historia de la Universidad Nacional del Nordeste*, en 2007. Publicó además capítulos de libros, fuentes documentales y restituciones de textos.

A sus condiciones de investigador tenaz y riguroso, debe agregarse su hombría de bien, su don de gentes y compromiso como cristiano en difundir la labor pastoral jesuítica. El doctor Ernesto Maeder tenía además el don de la palabra; escucharlo en conferencias, exposiciones o temas donde se requería su opinión, era un privilegio. Más de medio siglo de amistad permiten expresar la admiración y reconocimiento por su persona y su obra en esta provincia y en el país. Que en paz descanse.

Índice biográfico institucional

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA –Argentina–

ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS –Buenos Aires–

ACCION CHAQUEÑA – partido político del Chaco- (1988)

ANCHORENA, Tomás de

ACUÑA, María Luisa

AGUIRRE, Francisco de

ALFARO, Francisco

ÁLVAREZ, Juan

AMARO DOMINGUEZ, Joaquín

AMUCHASTEGUI, Cristian I.

ANCHIETA, José de –SJ–

ANDREAU de BENNATO, Mirtha

ANGULO, Alejandro –SJ–

ANTONIETA, Eduardo

ANTONIETTA, Malvina

AÑASCO, Pedro de –SJ–

ARANCIBIA, José María

ARCE, Agustín

AUDIENCIA DE CHARCAS

AUZA, Néstor Tomás

BAC –editorial–

BAGÚ, Sergio

BARZANA, Alonso de –SJ–

BAUER, Arnold

BAZAN, Armando Raúl

BEJARANO, Pedro Inocencio – Obispo Buenos Aires–

BERENSON, Bernard

BIBLIOTECA – del IIGHI–

BIBLIOTECA CENTRAL – Universidad Nacional del Nordeste– UNNE

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS –Salamanca–

BIBLIOTECA NACIONAL –Río de Janeiro–

BLANCO VILLALTA, Jorge Gastón

BLISS, William

BOLAÑOS, Luis de

BOLSI, Alfredo

BURKE, Peter

BRUNIARD, Enrique

BRUNO, Cayetano

CAILLET BOIS, Julio

CAILLET BOIS, Ricardo

CALETTI, Oberdan

CAMAÑO, Joaquín –SJ–

CANDÍA MARC, Delfor

- CARBIA, Rómulo
- CÁRCANO, Miguel A.
- CARDENAS, Lázaro
- CARDOZO, Efraím
- CASTILLO de CAYRE, Cristina
- CATALDINI, José –SJ–
- CEDILLO, Jerónimo López de
- CEDILLO, Saturnino
- CENTRE NATIONAL DE
RECHERCHE SCIENTIFIQUE
- CENTRO DE ESTUDIANTES –
UNNE–
- CENTRO DE ESTUDIOS
INQUISITORIALES (CEI)
- CHAVEZ, Diego
- CELESIA, Ernesto
- CLEMENTE VIII –Papa–
- COLAZO, Susana
- COMENTAL, Pedro –SJ–
- COMITÉ INTERNACIONAL DE
CIENCIAS HISTORICAS –Argentina–
- COMPAÑIA DE JESUS
- CONEAU –Comisión Nacional de
acreditación universitaria–
- CONI, Emilio A.
- CONICET –Consejo Nacional de
Investigaciones Científicas y
Técnicas–
- CONSEJO DE INDIAS
- CORTEÇAO, Jaime
- CORTES CONDE, Roberto
- CRITERIO –revista– Buenos Aires,
Argentina
- CRUZ, Fernando
- DE ANGELIS, Pedro
- DE DIOS de MARTINA, Ángeles
- DEGOLLADO GUÍZAR, Jesús
- DEL CASTILLO, Francisco –SJ–
- DEL REY, Jerónimo (seudónimo de
Leonardo Luis Castellani –SJ–
- DELLAFERRARA, Nelson
- DELLATORRE, Elsa A.
- DEPARTAMENTO DE FILOSOFIA –
UNNE–
- DEPARTAMENTO DE HISTORIA –
UNNE–
- DI ESTEFANO, Roberto
- DÍAZ TAÑO, Francisco –SJ–
- DIRECCION BIBLIOTECAS –UNNE–
- DOELLO JURADO, Luis
- DURAN, Jorge G.
- DURAN, Juan Guillermo
- DUSSEL MOROSINI, Enrique
- EGAÑA, Antonio D.

EL LITORAL –diario - Corrientes–
EMECE –editorial–
ESCANDELL BONET, Bartolomé
ESCODÉ, Carlos
ESCUELA DE HUMANIDADES –
UNNE–
FACULTAD DE DERECHO –La
Plata–
FACULTAD DE HUMANIDADES Y
CIENCIAS DE LA EDUCACION –La
Plata–
FACULTAD DE FILOSOFIA Y
LETRAS – UBA–
FACULTAD DE TEOLOGIA –UCA–
FACULTAD DE VIVIENDA Y
URBANISMO –UNNE–
FAJARDO, Pedro de –Obispo–
FELIPE II –REY–
FELIPE IV –REY–
FERRER, Aldo
FLORIA, Carlos
FONCK, Francisco
FRIAS, Pedro
FUNDACION NUESTRA HISTORIA
FURLONG, Guillermo
GALDEANO, Ernesto
GALLO, Ezequiel
GALVEZ, Lucia
GARCIA VILLADA, Zacarías –SJ–
GARCIA, Juan Agustín
GARRIDO CANABAL, Tomás
GIBERTI, Horacio
GABBI, Adelmo J.J.
GONDRA, Luis R.
GONZÁLEZ de SANTA CRUZ,
Roque
GOROSTIETA, Enrique
GREEN, Graham
GUGLIELMI, Nilda
GUILLEN, Héctor
GUTIERREZ, Ramón
HAND, Arthur J.
HANKE, Lewis
HERNADARIAS, Hernando Arias de
Saavedra
HERNANDEZ, Pablo SJ
HUERGA, Álvaro
IIGHI- Instituto de Investigaciones
Geohistóricas, CONICET, Resistencia
INGENIEROS, José
IRAZUSTA, Julio
IRAZUSTA, Rodolfo
JARQUE, Francisco –SJ–

- JUAN PABLO II
- JUAN SEBASTIAN –destinatario carta *indipetae*– de Alonso de Barzana
- JUSTO, Juan B.
- KAKARIEKA SILIUS, Julius
- KROEBER, Clifton
- LA NUEVA REPUBLICA –periódico argentino–
- LASSO DE LA VEGA, Francisco de Paula
- LEONHARDT, Carlos
- LEVENE, Ricardo
- LIOTTI, Ana María
- LIVIO, Tito
- LORENZANA, Marciel de
- LUGONES, Leopoldo
- MAC CARTHY, Desmond
- MAEDER, Ernesto Antonio J.
- MAEDER, Ernesto J. A.
- MARANGUNIC, Marcos
- MARILUZ URQUIJO, José María
- MASCETA, Simón
- MAYO, Carlos A.
- MEICHTRY, Norma C.
- MEJALELATY, Patricia V.
- MELIÁ, Bartolomeu
- MEYER, Jean
- MINDSZENTY, Joseph
- MINISTERIO DE EDUCACION Y CIENCIA DE ESPAÑA
- MITRE, Bartolomé
- MOGROVEJO, Toribio de
- MOLINA, Raúl A.
- MOLINARI, Diego Luis
- MONTSERRAT, Marcelo
- MORANTA, Antonio de –SJ–
- MORRESI, Eldo
- MÜLLER de INDA, Cilly
- MUSEO REGIONLA DE ANTROPOLOGIA –UNNE–
- NAVARRO VIOLA Juan G.
- NIEREMBERG, Juan Eusebio –SJ–
- NORTE –diario– Resistencia, Chaco
- NOVAK, Jorge
- OÑATE, Pedro de –SJ–
- ORTIZ DE ZÁRATE, Juan
- ORTIZ, Ricardo M.
- PAGE, Carlos
- PALAFox, Juan
- PAULO III –Papa–
- PEARSALL SMITH, Logan

PEREZ AMUCHASTEGUI, Antonio J.
PEREZ VILLANUEVA, Joaquín
PERON, Juan Domingo
PIO V –Papa–
PIO XII –Papa–
PLA, Alberto
PRESAS, Juan Antonio Joaquín
PRIMERA LINEA –diario–
Resistencia, Chaco
RAVIGNANI, Emilio
REYES VEGA, José
RIPODAS ARDANAZ, Daisy
ROJAS, Ricardo
ROMERO, Luis Alberto
ROMERO, Pedro –SJ–
ROSAS, Juan Manuel de
RUIZ DE MONTOYA, Antonio
SABOR de CORTAZAR, Celina
SABOR RIERA, María Ángeles
SALINAS, María Laura
SAN BUENAVENTURA, Alonso de
SANTAGADA, Osvaldo D.
SANTAYANA, George
SANTO OFICIO
SAVONAROLA, Jerónimo
SCALABRINI ORTIZ, Raúl
SCHENONE, Carlos
SCHENONE. Rodolfo
SCOBIE, James R.
SEGRETI, Carlos
SERRANO, José –SJ–
SICARDO, Juan Bautista
SOMOZA, Manuel Benito
STORNI, Hugo –SJ–
STORNI, Jorge –SJ–
TALLER DE ARTE REGIONAL –
UNNE–
TANODI, Aurelio
TAU ANZOATEGUI, Víctor
TECHO, Nicolás del
TEODOSIO
TONDA, Américo
TORRE, Edie
TORRES VARELA, Hilda
TORRES, Diego –SJ–
TREJO, Hernando de
UBA –Universidad de Buenos Aires–
UNIVERSIDAD CATOLICA “Nuestra
Señora de Asunción”
UNIVERSIDAD CATÓLICA
ARGENTINA –UCA–

UNIVERSIDAD NACIONAL DE
CORDOBA –Argentina–

Universidad Nacional del Nordeste –
UNNE–

UNIVERSIDAD PONTIFICIA “Santo
Tomás de Aquino” –Roma–

URBANO VIII –Papa–

URQUIZA, Justo J.

URTAZUN, Martín de –SJ–

VAISSEAU, Juan –SJ–

VARGAS LLOSA, Mario

VARGAS UGARTE, Rubén –SJ–

VEDOYA de GUILLEN, Clara

VEIRAVE, Alfredo

VILANOVA RODRIGUEZ, Alberto

VILLALTA, Blanco

VILLEGAS, Juan de

VIRREY DE LIMA

VITORIA, Francisco de –Obispo–

XAVIER, Francisco de –SJ–

YAPARI, Juan

YURKEVICH, Saúl

ZANATTA, Loris

ZAVALA, Silvio

ZURETTI, Juan Carlos

ZUVIRIA, Facundo

Ángeles de Dios Martina (compiladora)

(Comodoro Rivadavia, Argentina, 1938). Procuradora Nacional. Egresada de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional del Nordeste. Miembro de Número Junta Estudios Históricos del Chaco (2007). Publicó: *Vascos en el Chaco. Historias de vida* (1999). *Mujeres Inmigrantes Historias de vida* (2001); *Andrea Moch. Andanzas de una artista* (2006); *Juan Ramón Lestani. Periodista. Crónicas de Estampa Chaqueña (1930-1940)*, (2012); *Nélida Sosio de Iturrioz. Vida y arte de una titiritera* (2013). *Carmen de Burgos Seguí. Réplica a sus Impresiones de la Argentina. 1913*; (2016). *Ernesto A. Maeder. Reseñas bibliográficas." El Litoral" (Corrientes), "Primera Línea" y "Norte"- Chaqueña. (Resistencia, Chaco) 1983-2015. Antología. Publicación digital* (2017). *Notas periodísticas de Ernesto J. A. Maeder - Acerca del poblamiento indígena del Chaco y las Misiones Jesuíticas.- Edición Conicet IIGHI* (2019). Premio "Andrés de Irujo" Gobierno Vasco (2003) por *Santiago Ibarra. Historia de un inmigrante vasco.*

Esta obra reúne 16 reseñas bibliográficas publicadas en la revista *Criterio* por el Dr. Ernesto J. A. Maeder entre 1967 y 2015. Los asuntos abordados son de carácter histórico argentino y de otros países; memorias; comentarios urbanísticos; conflictos religiosos; legislación de Indias y la Inquisición en España y América entre otros temas. Incluye reseñas biográficas de Guillermo Furlong, Antonio Ruiz de Montoya, Alonso de Barzana y Roque Gonzalez de Santa Cruz.

A estas crónicas fueron agregadas notas de opinión y cartas de lectores del historiador acerca de diversas temáticas nacionales y del Chaco; comentarios y reseñas de sus obras y obituario. Completa la obra, un Índice Biográfico e Institucional con nombres de protagonistas, autores e instituciones mencionadas en los escritos que permiten conocer sus vinculaciones con los diferentes organismos que directa o indirectamente y dieron marco a su trabajo.